

# JOSÉ LUIS PERALES AL OTRO LADO DEL MUNDO

*Novela*



PLAZA  JANÉS

JOSÉ LUIS PERALES

AL OTRO LADO  
DEL MUNDO

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A mis nietos Manuela, Guillermo, Noa y Zoe,  
cerca de los cuales me siento más joven*

*Hoy mancharé de tinta tu vestido,  
que tú, página en blanco, me das miedo.  
Esta noche me quedaré contigo.  
Déjame regalarte un verso.*

## El abuelo y el niño

**A**buelo, ¿qué es eso que tienes en la espalda? —preguntó el niño mientras José Pedraza, su abuelo, se disponía a tomar un baño en el río aquel día del mes de julio en el que la temperatura en Vallehondo rozaba los cuarenta grados centígrados.

Marcelo, su nieto, tomado de su mano, después de sentir la primera caricia del agua sorteaba con sus pies descalzos, en aquella corriente transparente, los cantos rodados del fondo pulidos durante siglos por el roce del agua y brillantes, mientras algunos peces tales como barbos, tencas, truchas moteadas y bancos de pececillos pequeños cruzaban la corriente a tal velocidad que para el niño resultaba imposible atraparlos.

—A esos los llamamos «cabezotas» —dijo el abuelo refiriéndose a esos pececillos que cruzaban entre sus piernas ignorando su presencia—. Cuando yo era pequeño, casi como tú, los chicos del pueblo bajábamos a pescarlos en un arroyo suficientemente caudaloso como para mover las piedras redondas de un molino de trigo, adonde los labradores bajaban después de haber terminado las labores del campo con sus mulas cargadas de grano, y subían de vuelta al pueblo con la harina molida con la que amasar el pan. Ya, ya sé que es un poco difícil de entender —dijo el abuelo—. El caso es que en ese arroyo pescábamos esos cabezotas que ahora ves burlándose de nosotros con sus idas y venidas por la corriente, seguros de que no podremos atraparlos. Un día iremos a ese molino. Queda muy cerca de aquí, y te enseñaré cómo funcionaba y cómo pescar a esos granujas.

Mientras hablaba, José Pedraza no soltaba de la mano a su nieto y, evitando la corriente más profunda del río, decidió llegar hasta donde el agua solo podía cubrirles el pecho una vez tendidos sobre las piedras, para después completar el baño dándose la vuelta y seguirle contando el método usado para la pesca de esos minúsculos peces, que tanto ardía en deseos de conocer, casi tanto como el motivo de aquella cicatriz que el abuelo ahora lucía con toda claridad al darse la vuelta de espaldas, frente al sol.

—Bueno, para acabar con el cuento de los cabezotas, el método que usábamos entonces era simplemente situarnos en la zona más estrecha del arroyo que alimentaba de agua el molino, y colocar una red cubriendo el espacio por donde pasaba el agua. Entonces, los pececillos quedaban atrapados sin remedio y sin el más mínimo esfuerzo por nuestra parte. Una vez llena la nasa...

—¿Qué es la nasa, abuelo?

—Pues es una cesta de boca estrecha de mimbre o red, donde los pescadores guardan los peces que van pescando.

—Vale —dijo Marcelo—. Y después de pescarlos ¿qué hacíais con ellos?

—Pues volvíamos al pueblo con la satisfacción de habernos ganado la comida, mientras el molinero se quedaba maldiciéndonos y blasfemando a voz en grito cuando nos veía huir, sabiendo que le habíamos robado su comida. Aquel hombre tenía muy malas pulgas, se enfadaba por cualquier cosa, aunque a veces llevaba razón, sobre todo cuando el agua que debería llegar al molino era escasa y no tenía suficiente fuerza como para mover las piedras de moler el grano, porque los dueños de los huertos situados en ambas orillas del caz...

—¿El caz? —preguntó Marcelo—, ¿y eso qué es, abuelo?

—Es el canal por donde transcurría el agua utilizada para mover las piedras del molino, y que los hortelanos desviaban para regar sus huertos. Como te decía, cuando el molinero iba siguiendo el trazado del caz, en busca de los hortelanos que habían robado el agua al molino, descubría que los huertos ya estaban regados, y el agua estaba de nuevo dirigida al molino ya que los hortelanos, sabiendo del mal genio del molinero, y para evitar discusiones violentas, habían desaparecido como alma que lleva el diablo camino del pueblo, como si nada hubiera pasado. Después de un largo camino por un campo solitario y con el calor sofocante del verano a esas horas próximas al mediodía, solo se escuchaban, junto con el canto moribundo de las cigarras, los gritos del molinero maldiciendo a los cuatro vientos a la madre que parió a los que le habían robado el agua.

—Abuelo... ¿y esa palabrota?

—Ya, ya lo sé —contestó el abuelo—, pero es lo que decía el molinero, ya que el agua tardaría horas en volver a mover las ruedas de su molino que molían el trigo de los campesinos, que haciendo cola en la puerta esperaban ser atendidos, con sus mulas cargadas de grano, bajo la sombra de los tamarindos que crecían al borde del caz. ¿No te parece que el pobre molinero tenía suficientes motivos para el enfado?

—Sí —dijo Marcelo sin estar muy convencido.

El sonido del cascabel en la caña de pescar, situada a unos cuantos pasos del lugar en donde tomaban el baño, anunciaba que algún pez había mordido el anzuelo y doblaba la caña hasta tocar la orilla del río. Entonces, José Pedraza y su nieto salieron del agua bailando inseguros sobre los cantos rodados del río, hasta llegar al lugar donde la caña estaba a punto de ser arrancada del suelo debido a la fuerza de un pez, uno que desde la orilla veían debatirse corriente arriba corriente abajo enganchado en el anzuelo tratando de liberarse, cosa que no conseguiría, ya que, José Pedraza, a pesar de sus más de setenta años, aún conservaba fuerzas para sacar aquel «lucio» grande «como una ballena», según el niño, y de un peso aproximado de diez kilos, según el abuelo. Una vez liberado del anzuelo, lo ataron con una cuerda a unos juncos en la orilla, acotando

su libertad a unos metros de espacio, para que pudiera nadar y permanecer vivo hasta el momento de regresar al pueblo.

El pequeño Toyota, bajo la sombra de un álamo, esperaba que el abuelo decidiera regresar al pueblo, pero aún quedaba día, y ahora era el momento de almorzar. Sacó del maletero del coche una bolsa con la comida, una botella de agua para el niño y una de vino tinto de escasa calidad, de su propia cosecha, para él. De postre, unas mandarinas para Marcelo y para él, un tomate «Rosa» de los que cultivaba en su huerto, motivo de orgullo ante la gente del pueblo, ya que nadie había cosechado nunca nada más hermoso que aquellos tomates.

Una vez terminaron de comer, era el momento de dormir una pequeña siesta a la sombra de los tamarindos que crecían junto al río, y esperando que los despertara el cascabel de la caña, síntoma inequívoco de que algún pez había picado de nuevo el anzuelo. Muy pronto, el silencio quedó roto con el primer ronquido del abuelo, uno de los muchos que emitiría después. Algunos gorriones, resguardados del calor entre las ramas de los árboles cercanos, salieron en estampida confundiendo aquellos ronquidos con los truenos de una de esas tormentas de verano que sin esperarlas irrumpían sobre los campos y los pequeños pueblos de la comarca de Vallehondo. Marcelo, arrullado por el compás monocorde de los ronquidos, y el rumor del agua en la orilla del río donde se habían instalado para hacer su siesta, terminó por dormirse.

De pronto, despertaron sobresaltados por los ladridos de unos perros y la voz aguda de un pastor gritando «riiita, riiita» al tiempo que dirigía su rebaño al río para que calmaran su sed, justo en esa orilla en donde José Pedraza y su nieto tenían puestas sus cañas de pescar.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —gritó el abuelo, mientras el pastor, impávido, obviando los gritos de aquel hombre, animaba a los perros a cumplir su misión de dirigir a las ovejas hasta su abrevadero.

A continuación, en un ataque de rabia, el abuelo aún soñoliento, se fue hacia el pequeño Toyota y se puso a tocar el claxon sin descanso, mientras las ovejas, despavoridas y sin rumbo, desaparecían de aquel lugar. El pequeño Marcelo, orgulloso del abuelo, aplaudía su triunfo frente al pastor, que, vencido y pronunciando entre dientes algunos exabruptos, abandonaba aquella orilla del río en busca de otro lugar donde abrevar su rebaño.

La tarde declinaba. El sol empezaba a dibujar sombras alargadas de los árboles en la orilla y ya era hora de volver. Recogieron las cañas de pescar, sin la más mínima actividad desde la llegada de las ovejas, y el lucio, tan vivo como si estuviera libre, fue sacado del agua y guardado en la nasa. Entonces comprendieron que, de haber en espacio tan limitado, ni el pez era tan grande como una ballena, tal como opinaba el niño, ni pesaba más de diez kilos, como apostaba el



abuelo. Pero sí era cierto que tanto el abuelo como el niño habían pasado un hermoso día de pesca.

—Por cierto, abuelo, no me contestaste esta mañana a la pregunta que te hice mientras nos íbamos a bañar —comentó Marcelo.

—¿Qué pregunta? —dijo el abuelo.

—Eso que tienes en la espalda... ¿qué es?

—Bueno, este será un secreto que debemos guardar entre tú y yo —dijo José, y guardó silencio pensando cómo evitar contarle la verdad de aquella operación, cuyos detalles omitiría para no herir la sensibilidad de su nieto—. Pues verás —prosiguió por fin el abuelo mientras el niño, con los ojos abiertos como platos, esperaba su respuesta después de la espera, durante la cual el abuelo intentó improvisar un guion suficientemente creíble, y con un punto de emoción, que despertara la imaginación del niño que, acomodado en el asiento trasero del Toyota, estaba más que dispuesto a escuchar—. Como tú sabes, en ocasiones he viajado por cuestiones de trabajo a muchos países de América. En uno de esos viajes, me tomé un tiempo libre para visitar un lugar en el que, según me habían contado, existía un poblado indígena cuyos habitantes, indios, conservaban sus costumbres aprendidas de sus antepasados, alimentándose de la caza de ñandúes, una especie de avestruz; allí los hombres andaban desnudos, bueno, más bien andaban con taparrabos.

—Claro —dijo el niño con una sonrisa pícaro.

—Claro —dijo el abuelo sin entrar en detalles.

—¿Y las mujeres?, ¿también iban desnudas? —preguntó el niño, entrando en un terreno pantanoso.

—Bueno, supongo que sí —contestó José Pedraza—, pero yo no las vi.

—Ya, ya —repuso Marcelo, provocando la sonrisa cómplice de su abuelo—. Pero eso no tiene nada que ver con lo de mi espalda. ¿No querías saber qué era eso?

—Sí, abuelo, sí —contestó Marcelo.

—Pues lo que tengo en la espalda es la herida de una flecha.

—Venga, abuelo, que ya tengo siete años —protestó incrédulo el nieto.

—Como ya te he dicho, esos indios se alimentaban de los animales que cazaban usando flechas. Yo, que tenía curiosidad por conocer aquella civilización, me acerqué demasiado al poblado en donde vivían sus habitantes, y mientras cazaban un ñandú, que proliferaban por aquel territorio y cuya carne era su alimento habitual, una de sus flechas hizo blanco en mi espalda y esta es la cicatriz que me quedó.

—Abuelo, ¿y quedan todavía en ese territorio ñandúes? —preguntó el niño con cara de no haberse tragado el anzuelo de la historia que acababa de inventarse el abuelo, que continuó, no sin antes contestar a la pregunta de su nieto.

—Pues muy pocos, los ñandúes han sido casi exterminados por el exceso de cazadores.

—Y ahora, ¿de qué viven? —preguntó Marcelo sin dar respiro al narrador, a la vez que se interesaba por el nombre de ese lugar, cuyo poblado un día visitó el abuelo.

—Sí, te lo contaré. Pues parece ser que, exterminados los avestruces, la última vez que visité ese poblado, la forma de vida de aquella pequeña comunidad se la proporcionaban las visitas turísticas, que frecuentemente y por curiosidad los visitaban; se fotografiaban con ellos con los vestidos que usaban antiguamente los pobladores de su tribu y cobraban un dólar por cada uno de los visitantes que apareciera en la fotografía.

—Pues sí que eran listos, sí, esos indígenas. Y tú, abuelo, ¿te hiciste alguna fotografía con ellos?

—Claro que sí —contestó el abuelo—. ¿No la has visto nunca?

—No —dijo Marcelo.

—Pues recuérdame que te la enseñe.

—¿Y estás vestido de indio?

—Bueno, parcialmente sí. Para la foto me pusieron un sombrero de plumas de colores que me cubría hasta la cintura, y salía sonriente. Como un turista, ya sabes.

—Y ¿cuántos dólares les pagaste por hacer de indio?

—Seis dólares —respondió el abuelo, avergonzado de ese derroche—. Cinco por los cinco indios que me acompañaban en la foto y uno por mí.

—Ese negocio de los indígenas no está nada mal —dijo el niño.

—Y con respecto al lugar en donde los conocí —continuó el abuelo—, te diré que era uno precioso al otro lado del río Paraguay, adonde he vuelto a visitarlos en otra ocasión. —Y continuó improvisando sobre la marcha aquella historia que nunca fue—. Después de que aquella gente me encontrara herido, me llevaron en caballo a una de las cabañas del poblado, y me desinfectaron la herida con uno de esos remedios naturales que los indígenas extraen de las plantas.

—¿Y te escoció? —preguntó el niño.

—No, no me escoció nada. Una vez curado, me devolvieron a esta civilización nuestra, por cierto, menos solidaria que la suya, menos libre y, desde luego, menos feliz. Regresé de aquel viaje convencido de que hay lugares y civilizaciones en el mundo que merece la pena conocer.

—Claro, abuelo —dijo el niño con una sonrisa de incredulidad volviendo a la carga—. Y cuando vas a la playa, ¿te mira la gente esa herida de flecha?

—Sí —contestó el abuelo—, pero ya me he acostumbrado —añadió, poniendo punto final a su historia.

En el cielo empezaban a brillar tímidamente las primeras estrellas y en el horizonte se dibujaban los colores rojos, violetas y azules, en una mezcla que ni el mejor de los pintores habría sabido reflejar en el más bello de sus cuadros. El aroma dulzón de los árboles del paraíso

tapizando el cerro sobre el que se asentaba el pueblo perfumaba la tarde tenuemente iluminada por los faroles de la calle, cuando el todoterreno aparcaba junto a la puerta de entrada a la casa.

Al llegar a la casa, Valentina Delgado estaba esperando a los dos pescadores, que, como trofeo, le mostraron orgullosos aquel hermoso lucio. Al ver semejante pez, Valentina se negaba a creer que hubieran sido ellos los artífices de tal hazaña.

—Que sí, abuela, que sí, que lo hemos pescado nosotros —aseguraba Marcelo—, y hubiéramos pescado más de no haber sido por un rebaño de ovejas, que llegaron a beber agua en el río, justo en el sitio en donde teníamos echadas las cañas, y, claro, nos espantaron los peces, que si no...

Mientras escuchaba al niño, el abuelo asentía con la cabeza cada uno de sus razonamientos. Ese verano, Marcelo pasaría parte de sus vacaciones en El Castro, compartiendo esa forma de vida rural con sus abuelos, adonde, esporádicamente, se sumaba la visita de su hermana Leonor y de sus primas Norma, de tres años, lista y guapísima, y Elena, la más pequeña de la familia, con poco más de dos meses, cuyo lenguaje se reducía a intentar pronunciar la palabra «ta, ta», las tres acompañadas de sus padres.

Después de haber recibido como caídos del cielo a cuatro nietos, José Pedraza y Valentina Delgado siempre se sintieron orgullosos de ellos. Y así como algunos gestos del niño eran a menudo capitalizados por el abuelo como heredados de él, las niñas, para la abuela, eran su vivo retrato cuando ella era pequeña. Tan guapas, tan listas ¡y tan inteligentes!

Marcelo, a sus siete años, era inquieto como un rabo de lagartija, incansable en sus tiros a puerta frente a un portero, el abuelo, derrotado en cada uno de sus lanzamientos por la vitalidad sin límites de su nieto, que, triunfante, después de cada gol marcado en la portería, miraba al cielo con los brazos abiertos, dibujando con sus dedos la V de la victoria, emulando la superioridad de los futbolistas profesionales, y se lo brindaba a su grada imaginaria como un ganador. «Golaaazo, golaaazo», decía en un grito triunfal que podían escuchar los vecinos, mientras el abuelo esperaba nervioso el siguiente ataque tratando de cubrir su portería convertida sin remedio en un coladero; esos partidillos improvisados acababan casi siempre en goleada. La palabra «perder» no figuraba en su vocabulario, aunque en algunas ocasiones —qué digo en algunas, en muchas ocasiones— mereció perder, de no ser por la generosidad del abuelo, que prefería ver a su nieto celebrar su inventado éxito, a verle hundido en su clara derrota. En su forma de hablar, de una madurez sorprendente a pesar de su edad, elegía siempre la palabra exacta para expresarse de forma natural, con una voz pausada, hilvanando con todo detalle cualquier conversación como si se tratara de un adulto.

Los abuelos pasaban como mínimo el verano en El Castro para recuperar la calma que durante el resto del año les robaba la ciudad en donde habitualmente vivían. Aunque el pueblo no era ya tan tranquilo como en otros tiempos; un lugar casi olvidado del mundo en el que muy de cuando en cuando, alguien cruzaba frente a la ventana del cuarto de estar. Esa noche los abuelos y Marcelo compartieron la cena. Y como todas las noches, mientras conversaban, se mezclaba el murmullo de los veraneantes inundando la calle con sus conversaciones pendientes durante un año de ausencia, los gritos de los niños que nunca dormían porque era verano, y los jóvenes, inyectándose el reguetón en sus auriculares, ajenos al resto del mundo.

Los comentarios después de la cena, mientras tomaban el fresco en la terraza bajo un cielo de estrellas, versaron sobre el día pasado en el río, mientras la música monótona emitida por el autillo, apostado como cada noche en el olmo del mirador cercano a la casa, servía de fondo a sus conversaciones, en las que participaba activamente Marcelo, ansioso por conocer la forma de vida del pueblo en el que había nacido y crecido su abuelo.

—¿Cuántos habitantes tiene El Castro, abuelo? —preguntó el niño.

—¿En invierno o en verano? —se adelantó a la respuesta la abuela Valentina, con una cierta ironía—. Pues aun en el verano, en la fiesta de agosto, que es su máxima ocupación, no sobrepasa los mil habitantes.

—Y en el invierno, cien —apuntó con exactitud matemática el abuelo—, y algunos que se arriesgan a venir algún fin de semana desafiando el mal tiempo. En Vallehondo hace tanto frío que hay que sembrar de sal la carretera de acceso para poder subir la cuesta cubierta de hielo y de nieve, y tener la chimenea encendida, que, como dicen por aquí, «se traga lo que le echas», aunque ya quedan en el campo pocas encinas y robles de tanto talarlos para hacer leña, lo que ha convertido el campo de Vallehondo en un desierto, en otro tiempo salpicado de todo tipo de árboles.

—¿Y vosotros nacisteis aquí? —preguntó el niño mientras la abuela ponía sobre la mesa de la terraza un juego endiablado de bolas de mármol traído de América por el abuelo imposible de resolver, excepto para la abuela, que lo tenía ya dominado de tanto usarlo, con el que entretener el tiempo con su nieto, mientras el abuelo apuraba su copa de rioja.

—Yo soy de la capital, o sea, de Madrid —dijo la abuela, con un soniquete castizo que la identificaba con el barrio de La Prospe, en donde había nacido.

—¿Y tú, abuelo? ¿Naciste en El Castro?

—Sí. Yo nací aquí. Y, más concretamente, al final de esta misma calle, en la única casa con dos balcones y un ventanuco a la calle, que todavía existe, y que iluminaba una alcoba en donde mi madre, tu bisabuela, un dieciocho de enero me trajo al mundo.

—¿Y de qué año, abuelo? —preguntó el niño con su mirada pícaro.

—Pues, la verdad, ya casi ni me acuerdo. Solo sé que ese invierno, según me contaron, el

pueblo estaba cubierto de nieve, que nací larguirucho y feo, pero bien dotado.

—¿Y eso qué es?

—¿El qué? —dijo el abuelo, tomándose unos segundos durante los que improvisar una respuesta que dar a su nieto.

—Eso de bien dotado, ¿qué quiere decir?

—Pues que tenía largo el pito. Mi madre lo decía siempre cuando hablaba del día en que nací.

—O sea, abuelo, ¿que tenías largo el pito?

—Bueno... —siguió el abuelo—, pues cuando yo llegué, me esperaban dos hermanas, Julia, la mayor, y Victoria, la segunda, y al nacer varón, yo me convertí en el rey de la casa rodeado de mujeres. La verdad es que me gustaría haber tenido un hermano, pero cuando tenía siete años, y para formar el cuarteto y sin que nadie la esperara, llegó Pilar, una niña de pelo rubio, que me arrebató el reinado, convirtiéndome en el gallo de aquel gallinero; en esa época había comenzado a ir a la escuela. Hasta esa edad viví en un limbo, de cuyo período de mi vida no recuerdo nada.

—¿Un limbo? —intervino Marcelo, interesándose por el significado de esa palabra.

—Pues un limbo —dijo el abuelo— es algo así como una burbuja en donde ni sientes ni padeces, esperando crecer y desarrollar las funciones para las que el cuerpo todavía no está preparado. Algo como un pan sin sal, o sea, una sosería, una pérdida de tiempo hasta que te haces mayor y vas al colegio. Y entretanto llega eso, tu dependencia de la madre es absoluta a la hora de darte de comer, cambiarte los pañales cuando...

—Te cagas, y te meas —aportó Marcelo, muerto de la risa.

—Pues sí —intervino su abuela sonriéndole—. ¿O crees que tú no lo hiciste cuando eras un bebé?

—Pues no lo recuerdo, abuela.

—Claro que no lo recuerdas, porque a esa edad tú estabas todavía...

—En el limbo —contestó el niño, demostrando haber entendido el significado de esa palabra—. Abuelo, y cuando terminó tu período del limbo y comenzó tu vida de niño, ¿cuál es el primer recuerdo que tienes grabado? —preguntó lleno de curiosidad por conocer esa primera imagen que el abuelo debería guardar de sus primeros pasos en El Castro. Y mientras José Pedraza deshilaba una madeja de recuerdos, su nieto lo escuchaba con verdadera atención.

—Recuerdo que acababa de cumplir siete años. La nieve cubría las calles del pueblo y todavía quedaba en el aire el olor de la recién pasada Navidad y el cielo estaba cubierto por el humo de las chimeneas, único medio de calefacción en aquellos pueblos de la comarca de Vallehondo. Los Reyes Magos habían dejado en el balcón de nuestra casa unas almendras, unas pinturas, cuadernos y una despedida en forma de carta, deseándonos a los niños un feliz año nuevo y la promesa de volver el próximo año.

—¿Y viste a los Reyes Magos dejar vuestros regalos en el balcón?

—No, nunca se dejaban ver. Lo único que hacían era dar de comer a los camellos el cesto con avena que habíamos puesto mis hermanas y yo en la puerta de nuestra casa.

—¿De verdad?

—Claro que sí —contestó el abuelo—, pero siempre que venían nos encontraban durmiendo.

—Y ¿qué más recuerdas?

—El olor de la brillantina que todas las madres de El Castro usaban al peinarnos y que hacía las veces de fijador.

—Y ¿qué recuerdo tienes de aquel primer día después del limbo? —preguntó de nuevo Marcelo mientras luchaba por mantenerse despierto en un reto con el autillo, que, monótono, como cada noche, acunaba ya el sueño de algunos de los habitantes de El Castro.

—En aquella época —prosiguió el abuelo—, el pueblo disponía de cuatro escuelas, dos de niños y dos de niñas, según sus edades. Recuerdo que una mañana de octubre, las escuelas del pueblo abrieron sus puertas y comenzaba así un nuevo curso escolar. Mi madre y mis dos hermanas mayores me acompañaron a la escuela de los pequeños.

—Qué pasa, abuelo, ¿no sabías ir tú solo? —le preguntó el niño.

—Bueno, como no había ido nunca... Recuerdo que me colgaron a la espalda una cartera marrón de cartón, con tirantes de tela, y dentro de ella, un cuaderno con pastas azules con el interior rayado; una caja de pinturas Alpino, un lapicero y una goma de borrar. Me pusieron un pantalón corto con tirantes, una camisa blanca y un jersey de lana con dibujo de ochos que mi madre me había tejido por las noches. Recuerdo aquel peinado con la raya recta al lado izquierdo, y en el pelo, esa brillantina de la que ya te he hablado; un pequeño tronco de leña en la mano para la estufa de la escuela y un miedo a enfrentarme a ese lugar lleno de niños a los que no conocía. El maestro, al llegar yo de la mano de mi madre, me preguntó mi nombre, y con un golpecito amistoso en la espalda me indicó un pupitre en donde sentarme junto a otro niño de edad parecida a la mía. Al despedirse del maestro, mi madre me dio un beso y me dijo al oído: «Pórtate bien, hijo», después se fue y yo me quedé llorando y me meé... ¿Qué pasa?

—Nada, que te measte —contestó el niño, riéndose.

—Y, además, sin que mi compañero de pupitre me dijera una sola palabra de consuelo.

Marcelo escuchó emocionado el relato de José Pedraza, y sus ojos brillaban como cuando se llora, aunque él, con el pretexto de tener mucho sueño, se despidió de sus abuelos con un beso, tomando las escaleras que conducían a su dormitorio.

—Buenas noches, abuelo. —Y su abrazo esa noche fue más fuerte que de costumbre—. Buenas noches, abuela.

—Es un buen chico —dijo Valentina después de oír cerrarse la puerta del dormitorio.

—Sí. Se parece a mí —contestó José, con una mirada pícaro dirigida a su esposa—. Vamos a dormir, que ya es tarde.

Esa noche, a pesar del sueño que le llevó a la cama, Marcelo no consiguió dormir con la placidez de otros días. Las historias de su abuelo le transportaron a un mundo totalmente desconocido para él, un chico de ciudad, alejado del mundo rural en el que había crecido el abuelo en su infancia, así como su forma de volver a vivirlo mientras lo contaba. El tiempo, mientras lo escuchaba, se le quedó tan corto que se pasó la noche mirando a la ventana por ver si amanecía para reanudar su conversación. La leve claridad del sol a punto de nacer fue dibujando a contraluz la silueta de las montañas azules para, unos minutos después, ascender iluminando los campos de Vallehondo, y los primeros cantos de los gorriones que llenaban la higuera del pequeño jardín. Un sonido de tazas y el roce de alguna silla sobre el suelo, procedentes de la cocina, le hizo pensar que el abuelo, más madrugador que la abuela, ya estaba levantado y preparando el desayuno para los más perezosos.



**P**ara Marcelo el día anterior había sido muy intenso. La imagen de la pesca, el rebaño de ovejas tratando de usurpar el sitio en donde ellos tenían colocadas sus cañas y el enfrentamiento del abuelo con aquel pastor ante la mirada infantil, no acostumbrada a la violencia, de aquel niño educado en el respeto a los otros y el pez tan grande que en su sueño parecía enorme. Y para terminar el día, la conversación con el abuelo después de la cena, a través de la que pudo visualizar algunas escenas de su vida en el pueblo, le tuvo subyugado; tal era el modo en que se explicaba José Pedraza que transportó a su nieto a un mundo para él desconocido y mágico. A pesar del sueño que todavía le quedó por dormir, Marcelo se levantó de la cama, y dando bandazos consiguió bajar las escaleras, llegar a la cocina y tomar asiento junto al abuelo, que ya le había preparado el desayuno, «leche con galletas cocidas en el horno del pueblo y zumo de naranja», y para el abuelo, dos huevos fritos, pan tostado con aceite, un trozo de queso y café con leche.

—Buenos días, abuelo —saludó Marcelo al llegar a la mesa, donde el abuelo lo estaba esperando.

—Buenos días, hijo. ¿Qué tal has dormido?

—No muy bien.

—O sea que te has pasado la noche en vela, por lo que puedo apreciar.

—Sí, estuve pensando en todo lo que hicimos ayer.

—En este tiempo que estarás con nosotros en el pueblo aprenderás muchas cosas, que, aunque en la ciudad también pasan, suceden de otra manera, menos ruda, menos primitiva que aquí. Ten en cuenta que en estos pueblos, los niños nos hemos criado en la calle, exceptuando el tiempo durante el cual asistimos a la escuela, en donde los maestros y las maestras nos daban una educación, que poco a poco se nos iba borrando, de no ser por algunos padres, que continuaban esa labor en casa. Pero la formación de un niño aquí, en El Castro, en general ha sido cosa de los maestros y las maestras, en los que los padres delegaban toda la autoridad, seguros de que siempre tenían razón, a pesar del castigo que a veces imponían a sus hijos. «Algo habrás hecho», decían. No había más discusión.

—Y tú, ¿cómo eras de pequeño? ¿Te castigaba muchas veces el maestro? —preguntó el niño.

—Mi madre me decía a menudo: «Hay que ver, hijo, lo bueno que eres y la guerra que me das».

—Pero ser bueno no quería decir que no fueras un poco travieso, ¿no, abuelo? —contestó

cargado de razón Marcelo.

—Bueno, un poco de razón siempre tenía mi madre. A medida que, tanto mis hermanas como yo, íbamos creciendo se creaba la diferencia entre ser chico o chica respecto a las actividades que los padres nos imponían. Y no solo los padres, también el cura del pueblo, que en la iglesia separaba los bancos de los chicos de los de las chicas, norma que regía hasta que éramos adultos: los hombres en los bancos destinados a los hombres y las mujeres en los bancos destinados solo para las mujeres; aunque algunas, más beatas, ocupaban su reclinatorio personal con asiento tapizado de terciopelo, colocado en un lugar privilegiado de la iglesia, junto a la capilla lateral, lo que las hacía especiales y diferentes al resto de los mortales que ocupábamos los duros bancos de madera, o como algunos hombres, que en lugar de sentarse en los bancos de madera como los demás, lo hacían en un pequeño cuarto debajo del coro en torno a la pila bautismal, en donde, por cierto, yo fui bautizado, y como si de una tertulia se tratara, omitiendo los sermones del cura desde el púlpito, se pasaban la misa hablando sin escuchar su sermón. A veces, el cura les llamaba la atención por su falta de respeto.

—Y después de la bronca del cura, ¿se callaban? —preguntó Marcelo, imaginando la respuesta de su abuelo.

—Sí, se callaban, hasta que el sacerdote seguía con su sermón y ellos con su tertulia. Y ya, bajando a la tierra —continuó el abuelo—, actividades como ir a las tiendas a comprar, también, dependiendo del producto, era cosa de chicas o de chicos. Si se trataba de comprar legumbres, azúcar o sal, la madre mandaba a la tienda a las chicas. Si había que comprar clavos, un rollo de cuerda, una hoz o una espuerta, entonces mandaba al chico.

—¿Una hoz, una espuerta? —le preguntó Marcelo al abuelo—. ¿Qué cosas son esas?

—Pues una hoz es una cuchilla de acero en forma curva con un mango de madera, que se usaba para cortar el trigo o el resto de cereal cuando estaba seco, lo que se llamaba siega, labor que ahora la hacen las máquinas segadoras; y una espuerta era un cesto tejido con esparto usado para cargar o transportar cosas: ¡Ay!, estos chicos de ciudad... —se quejó el abuelo—. Había algunos productos que la madre enviaba a comprar a la tienda indiferentemente a las chicas o a los chicos, como por ejemplo una pastilla de chocolate, un cuaderno, unas pinturas o un lápiz. En ese tipo de recados, la madre no hacía distinción entre sexos, así que cuando a mí me mandaban a la tienda a comprar algo que habitualmente pertenecía a las chicas, la respuesta era «que vayan ellas», y lo mismo ocurría si el recado se lo encargaban a las chicas cuando habitualmente era cosa mía, y debo reconocer que yo en ese terreno era tan inflexible con mi madre, que en más de una ocasión me persiguió hasta la tienda amenazándome con una zapatilla que nunca usó, por haberme negado a ir, con la advertencia típica de las madres: «Cuando venga padre de trabajar te vas a enterar». La verdad es que cuando venía mi padre, cansado del trabajo, no era momento para que la madre

le contara mi comportamiento, y al no cumplir su amenaza poco a poco iba perdiendo autoridad. Entonces, lo de «cuando venga padre» dejó de tener vigencia.

—Abuelo, por qué llamabais «padre» y «madre» en lugar de «papá» y «mamá».

—Porque los términos «papá» y «mamá» se usaban más en la ciudad, aunque a veces en los pueblos se usaban con el acento en la primera sílaba, o sea «papa» y «mama»; en mi caso se les nombraba como «padre» y «madre».

El pequeño Marcelo escuchaba a José Pedraza sin atreverse a interrumpir sus relatos, tan atrapado lo tenía.

—Pues, abuelo, tal como lo cuentas, me parece que no eras tan bueno como dices, porque me imagino a tu madre persiguiéndote por las calles con la zapatilla hasta la tienda y con el otro pie desnudo, y me pregunto: cuando te alcanzaba al llegar a la tienda, ¿te pegaba con la zapatilla?

—No, nunca me pegaba. Me esperaba en la puerta de la tienda hasta que yo salía después de comprar lo que ella me había encargado, y entonces nos íbamos los dos a casa, ella muy sofocada y yo enfurruñado y un poco arrepentido, mirando de reojo la cara disgustada de mi madre.

—¿Y se ponía ya la zapatilla? —preguntó el niño.

—No, la zapatilla con la que siempre me amenazaba la tenía en un rincón del portal detrás de la puerta, para usarla en esos momentos, pero ella iba siempre calzada; imagínate, como para ir descalza con aquellas calles entonces de tierra y piedrecillas —contestó el abuelo muerto de la risa por la ocurrencia de su nieto—. La escena de «cuando venga tu padre» se repetía con frecuencia cada vez que mi madre me mandaba a llevar las cabras a la dula.

—¿A la qué? —preguntó Marcelo con cara de asombro, pues nunca en su vida había escuchado palabra semejante.

—No me extraña, hijo, que no la conozcas —contestó Valentina, que escuchaba interesada la conversación del abuelo con el niño mientras desayunaba—. ¿Cómo habrías de escuchar semejante palabra propia del pueblo siendo un niño de ciudad?

José Pedraza tomó la palabra mientras el niño se arrellanaba en la silla de anea, esperando su explicación, que, a juzgar por el preámbulo, prometía ser larga.

—Pues verás, la vida de El Castro cuando yo era niño era más simple que la que se vive ahora. Lo único que se compraba en las dos tiendas existentes en el pueblo eran esas cosas que no producía la tierra. Nadie compraba huevos porque todo el mundo, en su corral, tenía gallinas que se los ponía frescos cada día en su nidal. Tampoco compraban leche, pues cada vecino llevaba sus cabras a la dula, que consistía en un rebaño de cabras, propiedad de los vecinos del pueblo, que un pastor se encargaba de llevar a pastar en el campo todos los días, para que los animales comieran la hierba fresca hasta llenar su estómago de alimento y sus tetas de leche.

—¿Sus tetas? —repitió el niño con la picardía de quien ha escuchado una palabrota.

—Bueno, su verdadero nombre es otro, pero la gente las llamaba así.

—Tetas, tetas —repitió el niño, provocando la risa del abuelo—. Y ¿cómo se llaman de verdad?

—Su nombre es ubres —contestó el abuelo, intentando dar un cierto aire de seriedad a su respuesta—, aunque vulgarmente las llamamos tetas.

—Pues a mí me gusta más tetas —insistió el niño.

—Bueno, pues tetas. En el pueblo todo el mundo las llamaba así.

»Cada día, a la hora de la siesta en la que todo El Castro dormía, los vecinos debían llevar sus cabras a la dula, un corral en las afueras del pueblo, que con un frío helador, o con el calor sofocante del verano aquí, la voz de mi madre me mandaba a llevar las cabras. Mi primera respuesta siempre era la misma: “Que vayan ellas”, señalando a mis hermanas, aun sabiendo que esa obligación era propia del chico. Y mientras las dos cabras esperaban en la calle lamiendo el yeso de las paredes de las casas vecinas, mi madre, desde la puerta de su casa, poco a poco iba subiendo su timbre de voz. “Que vayan ellas”, repetía yo una y otra vez, esperando que, de un momento a otro, mi madre entrara al portal a buscar la zapatilla con la que intimidarme. En ese momento yo tomaba la calle arriba azuzando a las cabras hasta que mi madre, convencida de mi obediencia a sus órdenes, entraba en la casa. Entonces yo paraba mi marcha refunfuñando, y de nuevo, las cabras, perezosas como yo a subir aquella calle cuesta arriba, bajo aquel sol de justicia camino del corral, o tiritando de frío si era invierno, volvían a pararse a lamer el yeso de las paredes de las casas, o a comerse los geranios de alguna maceta, sabiendo que, en cualquier momento, mi madre volvería a salir de la casa, ya con la zapatilla en la mano, como para darme la última oportunidad.

—Jo, abuelo, eras malísimo, demasiada paciencia tenía tu madre contigo, sobre todo porque le echabas a perder la siesta todos los días mientras que todo el pueblo dormía, con lo que le gustaba a la «bisa» dormir su siesta, o eso me han contado.

—¿Quién te ha contado eso?

—Pues tú me lo dijiste una vez.

—No me acuerdo... Bueno, entonces y después de haber conseguido enfadarla, a regañadientes tomaba yo la calle arriba siguiendo a las cabras, que ya conocían el camino mejor que yo, aun con el riesgo de llegar al corral y que el pastor ya se hubiera ido acompañado por una procesión de todas las cabras del pueblo, que, dejando sembrada de cagarrutas la calle, se encaminarían, sin las mías, hacia la tierra prometida de pastos de hierba fresca, quedándome yo solo, acompañado con mis dos cabras en mitad de la calle.

—Y entonces ¿qué hacías? —le preguntó el niño al abuelo.

—Entonces volvía a mi casa fingiendo una cara de tristeza, sabiendo que mi madre se compadecería de mí. Las cabras ese día hacían ayuno, y yo me subía a la cámara de la casa para

que mis hermanas no me vieran llorar, porque en El Castro los hombres no lloraban nunca, aunque en algunas ocasiones lo hicieran a escondidas.

—Pero tú entonces eras un niño —dijo Marcelo.

—Sí, era un niño. Tenía tu misma edad, pero aquí los niños crecíamos más rápido que en la ciudad, físicamente fuertes, como los robles, pero asilvestrados como las zarzas.

El desayuno se prolongó durante dos horas, aunque a Marcelo se le hizo corto el tiempo escuchando las historias que el abuelo le contaba, y a las que él dedicaba toda su atención descubriendo una forma de vida totalmente ajena a la suya en la ciudad. Desde la calle llegaban las conversaciones de los veraneantes, que en pequeños grupos cruzaban con la intención de recorrer el pueblo caminando hasta darle unas cuantas vueltas, cumpliendo así con un ejercicio impuesto por ellos mismos como fórmula para controlar el peso, que durante las vacaciones iban acumulando a base de comer chorizos, morcillas y galletas que, sin control, daban sentido a unas vacaciones en el pueblo. «Un día es un día», decían, sabiendo que regresarían a su casa de la ciudad, una vez terminadas las vacaciones, con unos kilos de más y un físico irreconocible.

Desde la terraza de la casa, adonde salieron el abuelo y el niño una vez terminado el desayuno, el paisaje era un cuadro impresionista, cuyos colores se acentuaban iluminados por un sol que poco a poco se iba elevando en el cielo de aquella mañana. El día prometía ser caluroso, cuando el abuelo, anticipándose al calor, propuso a su nieto dar un paseo esa mañana por el camino bordeando el cerro, hasta llegar a la veguilla donde se encontraban los huertos. Un arroyo de aguas transparentes cruzaba el camino después de nacer en el interior de una huerta, por cuya tapia, junto al suelo, el manantial entregaba a borbotones su caudal de agua. Las mujeres, en otro tiempo con su cesta a la cabeza, acudían a ese lugar a lavar la ropa tal como, aún hoy, los hortelanos riegan todavía sus huertos con el agua del manantial para abastecerse de todo tipo de verduras y frutas con las que llenar sus despensas, que tampoco tienen que comprar en las tiendas del pueblo.

—Claro —dijo el niño—. Igual que la leche, que llevan las cabras en sus tetas, que tampoco hay que comprarla.

—Exactamente, pero recuerda que su verdadero nombre, tratándose de animales, no es «tetas» sino «ubres» —corrigió el abuelo.

—Pues yo prefiero llamarlas tetas —dijo el niño, poniendo punto final a su respuesta.

La puerta de acceso a la huerta de donde procedía el agua del arroyo, en otro tiempo cerrada para proteger la propiedad, ahora estaba abierta al paso de quien quisiera entrar y comer de sus frutos prohibidos a los extraños que entraban a robar los higos de sus higueras. Al fondo, sobre un

pequeño otero desde el que se dominaba toda la vega, llamó la atención del niño una construcción medio en ruinas.

—Abuelo, ¿de quién es esa casa?

—Era la casa de la huerta; hasta ahí venían los dueños algunas tardes de verano a merendar, mientras su hortelano recogía las frutas, las hortalizas, las patatas y todo lo que se cultivaba en toda esa extensión de tierra, ahora, como ves, abandonada.

—¿Y ahora esa casa está vacía? —preguntó Marcelo, que empezaba a mostrar un deseo irresistible de subir y curiosear cada rincón.

—¿Quieres que vayamos a verla?

—Vamos.

Dando un pequeño rodeo al camino de acceso a la casa, en unos minutos consiguieron llegar. Al igual que la puerta de acceso a la huerta, que de tantos años de abandono ya no existía, tampoco existía la puerta de la casa. El aire golpeaba las ventanas desvencijadas y la oscuridad era casi total cuando ingresaron en el pequeño portal de la entrada, y el miedo a ese silencio interior, solo roto por el crujir de las maderas y los golpes de las ventanas contra las paredes, se apoderó de Marcelo imaginando que en ese lugar solo podrían habitar los fantasmas.

De pronto, el aire de la casa se llenó de polvo, mientras una nube de murciélagos rozando sus cabezas intentaban salir al exterior emitiendo unos chillidos como si se tratara del llanto de un millón de niños escondidos desde hacía siglos entre aquellas paredes. El pánico se apoderó de Marcelo.

—¡Vámonos, abuelo, vámonos! —El abuelo lo abrazó tratando de tranquilizarlo buscando la salida de aquel infierno—. ¿Qué son esos bichos, abuelo?

—Son murciélagos. Tranquilo, chiquitín, no te harán nada.

—¡Vámonos de aquí, abuelo, este lugar no me gusta!

—A mí tampoco, hijo. Vámonos.

Fuera el sol brillaba, y el contraste con la oscuridad en el interior de la casa los deslumbró; poco a poco recobraron la visión y por el mismo atajo por el que habían subido a la casa bajaron a la huerta cubierta de espinos y malas hierbas, atravesando el hueco en donde algún día hubo una puerta. Y ya en el camino decidieron regresar al pueblo.

Los dos caminaban en silencio hacia El Castro, impresionados todavía por la experiencia de entrar en aquella casa.

—No debimos entrar a esa huerta —dijo el abuelo, como pidiendo disculpas a su nieto por aquella mala experiencia.

—¿Por qué dices que no debimos entrar en ese lugar, abuelo?

—Porque hay demasiadas historias en torno a esa huerta —contestó—. Y aunque nunca fui supersticioso, ahora empiezo a dudar sobre si algunas de esas historias que se cuentan han podido

ser reales. Pero, en fin, seguro que todas son inventadas por el dueño, que las hacía correr por el pueblo para ahuyentar a los ladrones.

—¿Qué historias, abuelo? ¿Me las vas a contar?

—Te contaré algunas de ellas si me prometes no asustarte tanto como lo has hecho entrando en esa casa de la huerta.

—Te lo prometo —dijo el niño.

—En ese caso, un día de estos te las contaré.

En el trayecto desde la huerta hasta El Castro, encontraron a gente que iba y venía de sus huertos, a pesar de que el sol ya estaba alto en el cielo y el calor se hacía notar al subir el camino que llevaba al pueblo. La sombra de un olmo frondoso fue una tentación que el abuelo aprovechó para tomar un descanso ya cerca del pueblo, mientras en un huerto cercano al camino un hombre regaba sus plantas canturreando una canción que solo él conocía, y una bandada de gorriones buscaban una rama libre del olmo en donde disfrutar de su sombra. Marcelo observaba entretanto al hombre que trabajaba en su huerto. Su espalda sudorosa y su cara oculta tras un sombrero de paja le hicieron pensar en lo duro que debía ser para aquel hombre ese trabajo, e imaginó al abuelo en su lugar cuando era niño. Mientras descansaban a la sombra del olmo junto al camino, Marcelo preguntó a José Pedraza:

—¿Tú hacías también ese trabajo?

—Esa era una de las ocupaciones que también debían realizar los chicos —contestó—. Claro que en mi caso no lo hice en la medida que lo hacían otros chicos del pueblo, porque cuidar el huerto era una labor que apasionaba a mi madre. Y era ella la que podría estar ocupando en este momento el lugar de ese hombre que ahora ves afanándose por tener el huerto limpio de hierbas, cavado y regado como lo está haciendo él. A ella le encantaba el campo, y a veces le amanecía regando su huerto con la fresca, decía, ganándole el tiempo al sol, para que la humedad de las plantas permaneciera en sus raíces durante más tiempo. La recuerdo, ya entrada la mañana, cargando su cesta de hortalizas y subiendo al pueblo por aquella senda imposible, bajo un sol de justicia. «Un atajo», decía ella.

—¿Y tú no la ayudabas? —preguntó Marcelo mientras el abuelo se levantaba después de su pequeño descanso para continuar su última etapa hacia el pueblo.

—Como puedes ver, el trabajo de ese hombre, como lo era el que mi madre hacía en su huerto, no era un trabajo que pudiera realizar un niño, incluso más mayor de lo que ahora eres tú. Por lo que mi madre, que no confiaba nada en mis cualidades como hortelano, prefería dejar para mí una tarea más sencilla.

—Y ¿qué tarea? —preguntó Marcelo, lleno de curiosidad.

—Pues, por ejemplo, vigilar el pilón.

—¿Vigilar qué? —dijo el niño al escuchar aquella respuesta que le sonaba a chino.

—El pilón. Era el único depósito de agua del que podían disponer los hortelanos para regar sus huertos, después de que lo utilizaran las mujeres de entonces para lavar su ropa.

—¿Y con esa agua tan sucia regaban los hortelanos sus huertos? Pues vaya guarrada, abuelo.

—Pues sí, llevas razón, era una guarrada, pero no había otra posibilidad. Mientras el pilón se llenaba, el agua era guardada por el vigilante del pilón, que, como te he dicho, fue mi trabajo cuando era nuestro turno de riego, y había que permanecer despierto hasta que amanecía, evitando que alguien se te adelantara y regara su huerto con el agua que te correspondía usar a ti. Ese era el trabajo del guarda del pilón. A la hora de regar el huerto, se quitaba el tapón del pilón y el agua fluía liberada, saltando de poza en poza por el barranco hasta llegar al huerto en donde mi madre la esperaba; con ella llenaba cada surco y cada alcorque de los ciruelos, hasta agotar el agua acumulada durante toda la noche en el pilón.

—¿Qué es un alcorque, abuelo?

—Es un pequeño pozo excavado alrededor del árbol para llenarlo de agua y que le dure más la humedad del riego. Una vez regado el huerto, se despedía del riego hasta un próximo turno, muchos días después. La lluvia en El Castro era escasa; tanto, que a veces, ante sequías muy prolongadas, el pueblo entero, acompañado por el cura y llevando en sus andas a san Isidro, patrón de los labradores, por caminos y veredas imposibles, hacía rogativas pidiendo el milagro de la lluvia, que cada vez se hacía más de rogar, con lo que el desencanto del pueblo a tal ceremonia con el tiempo dio como resultado su clausura, volviendo la gente al conformismo sobre la posibilidad de la lluvia, con la coletilla de «cuando Dios quiera». Y no debíamos de ser muy buenos en El Castro, porque Dios se olvidaba con mucha frecuencia de dejar caer sobre nuestra tierra unas gotas de agua que calmara tanta sed.

—Y cuando sacaban a san Isidro, ¿llovía?

—No siempre, pero como era el patrón de los labradores le exigían un milagro cada vez que los campos se secaban por falta de agua.

—¿Y en todos los pueblos de Vallehondo le pedían al santo un milagro? —preguntó Marcelo.

—Pues claro.

—O sea, que san Isidro tenía que andar de pueblo en pueblo para hacer el milagro de la lluvia, como el cura, que tenía que hacer la misa del domingo en todos los pueblos; pues sí que tenía trabajo san Isidro; no me extraña que no pudiera con tanto trabajo, le faltaba tiempo para atender a tantos pueblos. Lo que me parece muy mal, abuelo, es que se enfadaran con el pobre santo cada vez que le fallaba el milagro.

—Llevas razón; al final, si no llovía, le echaban la culpa al santo —concluyó el abuelo.



**D**espués de aquel descanso, cerca ya de El Castro, cruzaron frente a la puerta del molino de José Pedraza situado junto al que fue el lavadero del pueblo.

—Este es nuestro molino —dijo el abuelo, orgulloso de ser el dueño.

—¿No está un poco roto, abuelo?

—Llevas razón; así tengo un motivo para bajar a menudo y arreglar poco a poco lo que se va rompiendo con los años. El hecho de ser un poco mayor no es motivo para cruzarse de brazos y decir: «ya no hago nada».

—Claro, así estás tú de fuerte.

—Pues claro —contestó el abuelo, marcando bola en sus bíceps mientras continuaban su camino—. Y este es el lavadero del que te he hablado. Ya no es lo que era.

—¿Mejor o peor? —preguntó el niño.

—Por un lado, mejor, pues a pesar de no quedar de él piedra sobre piedra, sigue prestando un mínimo servicio a los pocos hortelanos que aún quedan en el pueblo, y porque el tiempo transcurrido, afortunadamente, ha borrado ya la imagen de aquellas mujeres lavando su ropa gastándose las manos de frotar, retorciendo sus sábanas sobre las losas fabricadas de cemento, mientras los niños corrían entre las faldas de las lavanderas.

—¿Y lo peor, abuelo?

—Lo peor es que, con el paso de los años, el deterioro del lavadero y el mío caminan de la mano.

—Vamos, abuelo —dijo el nieto, tomándole de la mano al notar un asomo de nostalgia en la expresión de José Pedraza—. La comida nos estará esperando.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Pues vamos, que siento que te empiezan a gruñir las tripas.

En un último esfuerzo subieron el camino empedrado que desembocaba en la plaza del pueblo. Del bar del hostel salía la voz destemplada de algunos clientes arreglando el mundo, y comentando la chilena que terminó en un gol histórico para el Real Madrid en su encuentro contra el Liverpool, a cargo de Bale, que habían visto en la televisión del establecimiento. Cruzaron la plaza soleada y vacía camino de su casa. Al llegar, los recibió la abuela.

—Ya me teníais preocupada —dijo Valentina—. Sabiendo que esta mañana ibais a la huerta del

manantial, me dio por pensar si os habrían atacado los fantasmas, que, según dicen, vigilan la entrada de quien va a la huerta con la intención de robar.

—Dice el abuelo que lo de los fantasmas son mentiras que se inventó el dueño de la huerta para evitar que alguien entrara a robarle —contestó Marcelo—, y como los niños de entonces eran tan inocentes, se creyeron la historia de los fantasmas y se perdieron el placer de saborear los higos que hemos comido esta mañana el abuelo y yo —finalizó, guiñando el ojo al abuelo por la mentira que acababa de contar a la abuela.

—¿Eso habéis hecho?

—Sí, abuela, los niños de ahora somos más listos que los de antes, y no creemos ya en los fantasmas.

—Eso tampoco es bueno —contestó la abuela, lamentando la pérdida de la inocencia que estaba empezando a descubrir en su nieto—. Bueno, Marcelo, ¿tienes hambre? Aunque supongo que no, ya que has comido tantos higos en la huerta del manantial, y los higos dicen que quitan las ganas de comer...

El abuelo miró al niño como diciéndole: «Te han pillado».

—No, no tengo mucha hambre, aunque me gruñen un poco las tripas. Comeré un poco —contestó Marcelo mientras miraba de reojo la hamburguesa con patatas fritas y kétchup que le estaba preparando la abuela—. Esto de vivir en un pueblo está bien.

—Sobre todo si tienes un invitado con quien hablar, a quien contar esas historias que a los abuelos nos gusta tanto contar a los nietos curiosos como tú.

Después de comer, como era costumbre en los pueblos de la comarca de Vallehondo, llegó la hora de la siesta. El abuelo subió a su dormitorio mientras la abuela echaba una cabezadita en el sofá del salón. Marcelo, camino de su habitación, y falto de sueño, cambió de dirección y tomó las escaleras que conducían al desván; un lugar donde, en otro tiempo, los abuelos guardaban el trigo, la cebada, el centeno y la avena, por ser el lugar más alto de la casa, a salvo de los ratones. Y allí, entre mil trastos inservibles y libros de texto de los hijos, había, colgados de la pared y cubiertos de polvo, un laúd y una guitarra con las tripas llenas de viejas canciones, pero que ahora permanecían callados. En el interior de un cofre antiguo forrado con una rústica y gastada piel de cabra, algo parecido a un caleidoscopio llamó poderosamente la atención del niño; a través del objetivo, comprobó que el campo, mirando desde el ventanuco del desván, se acercaba o se alejaba en función de la posición de cada uno de los tres tramos que formaban el cuerpo cilíndrico del instrumento, que, al igual que aquellos otros instrumentos colgados de un clavo en la pared, requería una respuesta por parte del abuelo, que pronto terminaría su siesta.

Pasó casi una hora hasta que el abuelo se desperezó lavándose la cara en el cuarto de baño. La puerta del desván crujió tímida al abrirse, y Marcelo apareció descalzo para no hacer ruido por si el abuelo dormía todavía.

—¿Quién hay por ahí? —dijo el abuelo al escuchar acercarse los pasos sigilosos de su nieto.

—Soy yo, abuelo.

—¿Y se puede saber de dónde vienes?, porque no he oído la puerta de tu habitación. ¿O es que no has dormido la siesta en ella?

Mientras el abuelo se secaba la cara con la toalla, escuchaba entrecortada la respuesta de su nieto a su pregunta:

—No, abuelo, hoy no podía dormir pensando en los murciélagos que nos atacaron en la casa de la huerta. Creí que dando vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir podría despertarte, como me pasa a mí cuando me despiertan tus ronquidos mientras duermes. Como somos vecinos de habitación...

—¿Que yo ronco? —preguntó el abuelo, sorprendido—. Nunca me lo ha dicho la abuela, y eso que la tengo más cerca que a ti, que estás al otro lado de mi pared.

—Pues será que la abuela está un poco sorda y no te oye.

—¿Sorda? ¿Que la abuela está sorda? Tu abuela es capaz de escuchar el ruido que hace una pluma al caer al suelo.

—Una pluma ¿de qué? —preguntó sin maldad el niño.

—Una pluma de golondrina. Y una vez aclarado que yo no ronco, vas a contarme dónde te has metido durante la siesta.

—En el desván.

—¿En el desván? Aquí, en El Castro, y en toda la comarca de Vallehondo, a ese lugar al que tan finamente la gente de ciudad le llamáis «el desván», aquí le llamamos «la cámara». Pero a lo que vamos: ¿qué esperabas encontrar en ese trastero, que no sean trastos?

—Muchas cosas, abuelo. Y muy interesantes.

—¿Y puedo saber de qué cosas se trata?

—Claro que sí. He visto dos instrumentos de música; uno sé que es una guitarra y el otro no lo conozco, nunca lo había visto hasta ahora; los dos están colgados de un clavo en la pared, y están medio rotos.

—Se trata de un laúd y una guitarra —dijo el abuelo—, y ambos me transportan a los recuerdos más queridos de mi infancia. Hace tiempo que debería haberlos restaurado, pero no encontré el momento de hacerlo, y ahí están, muertos de soledad y de olvido.

—Y el otro objeto con el que miré desde el ventanuco del desván tampoco lo había visto nunca. ¿Cómo se llama?

—Es como un juguete mágico. Se trata de un catalejo, un instrumento cuya historia tiene que ver con Evaristo Salinas, mi abuelo, el sordomudo del que tanto os he hablado, primer marido de mi abuela, Gabriela Rincón. Yo te explicaré lo que me une a mí con todos esos instrumentos que cuelgan de un clavo en la pared de la cámara... Pero antes deja que me tome un café para

despejarme de la siesta. Vamos a sentarnos aquí, en la terraza, que la luz a esta hora de la tarde es más suave que a pleno sol, y este lado de la casa permite la contemplación de uno de los más hermosos atardeceres de Vallehondo.

—Vale —contestó el niño, preparándose para escuchar la historia que José Pedraza, entre sorbo y sorbo de café, se disponía a contarle mientras se sentaban frente a una pequeña mesa de madera junto a la balaustrada de piedra de la terraza, desde la que se contemplaban a lo lejos varios pueblecillos diseminados a lo largo y ancho de toda la comarca.

—Tienes que perdonarme si me falla la memoria —dijo el abuelo—. La edad a veces nos traiciona y olvidamos algunas cosas, otras son difíciles de olvidar cuando de ellas ha dependido el resto de tu vida. En mi caso, como habrás podido observar, a lo largo de los pocos años que nos llevamos conociendo, la música ha sido mi gran pasión, aparte de mis hijos y mis nietos.

—Gracias, abuelo.

—De nada, hijo, se nota que eres un chico educado. Como te decía, a ella, la música, he dedicado gran parte de mi vida. Y esos instrumentos que hoy has descubierto en el ¿desván? —sonrisa de Marcelo celebrando la ironía del abuelo— me sirvieron para proyectarla en los más variopintos auditorios. Aunque todo empezó aquí, en El Castro, hace ya más de sesenta años.

—¿Aquí aprendiste la música? —preguntó el niño, sorprendido de que en un pueblo tan pequeño hubiera existido alguna inquietud musical.

—Claro que en El Castro casi nadie sabía de la existencia de los grandes músicos universales como Chopin, Wagner o Beethoven —contestó el abuelo—. Pero no importaba. La inquietud musical no requería conocimientos tan elevados. Solo el conocimiento básico para poder leer una partitura, e interpretarla cada uno con su instrumento. En cada uno de los pueblos de la comarca de Vallehondo, por más pequeños que fueran, había una rondalla.

—Y ¿qué es una rondalla?

—Era un grupo de chicos tocando cada uno un instrumento diferente interpretando canciones populares en las fiestas, y aunque para ser miembro de ella no se requería tener unos conocimientos musicales demasiado complejos, sí el básico, como era saber solfeo para poder leer una partitura, e interpretarla cada uno con su instrumento.

—Y tú, abuelo, ¿elegiste la guitarra?

—No, eso vendría más tarde. Fue un día de invierno. Los pocos alumnos que asistíamos a la escuela escuchábamos la lección de ese día, impartida por el maestro, sentados en torno a la estufa de leña.

—¿No teníais calefacción en la escuela?

—Sí —contestó el abuelo—. Solo que, en aquel tiempo, la calefacción en El Castro consistía en una estufa alimentada por leña.

—¿Y no había electricidad para usar radiadores eléctricos?

—Claro que había electricidad, pero se usaba solo para alumbrarnos en las casas con bombillas. No sé si en las casas de algunas de las pocas familias ricas del pueblo había esos radiadores eléctricos que con el tiempo se llegaron a utilizar en todas las casas, pero entonces, en el invierno, cada uno de los alumnos llevábamos a la escuela un tronco de encina, roble u olivo, que según los hombres del campo eran las maderas que más calor producían. La única casa que tenía calefacción era la del cura.

—Qué listo el cura —dijo entre dientes el niño.

—Era lo que llamaban una «gloria».

—¿Una gloria?

—Claro, como era el cura, en lugar de estufa tenía gloria. Se trataba de un sistema de calefacción utilizado por los romanos, alimentada con paja como combustible, que por medio de unos tubos de cerámica, colocados bajo el piso, distribuían el calor procedente del hogar en donde se producía la lumbre, y con una entrada de aire, que al calentarse recorría aquel laberinto de tubos bajo los pisos y calentaba la casa hasta el último rincón.

—Jo, cómo te lo sabes, abuelo, se nota que te gusta la arqueología.

—El funcionamiento de la gloria de la casa del cura lo recuerdo porque yo era entonces uno de los monaguillos que, entre otras actividades, ayudaba al cura en la misa de los domingos, y alimentaba de paja aquella gloria de su casa, para que al llegar a El Castro, en donde descansaba cada vez que venía a decir misa, después de decirla en otros pueblos de Vallehondo, encontrara la casa caliente. También preparaba con paja y pienso el pesebre de la cuadra, para la yegua blanca en la que se desplazaba el cura de pueblo en pueblo los domingos, para cumplir con su labor de párroco.

—Qué morro tenía el cura, ¿no? —protestó el niño, apreciando la desigualdad social, entre las incomodidades del pueblo llano y el privilegio del clero.

—¿Por qué? —preguntó el abuelo.

—Hombre, él tan calentito, y tú currándote la hoguera de la calefacción, que la yegua tuviera pienso y agua para cuando llegara el «Señor Cura».

—Bueno, aquel trabajo tenía su compensación. Los monaguillos sabíamos dónde guardaba el cura el vino dulce para la misa: en un rincón secreto de la alacena, y mientras él estaba diciendo el sermón, el monaguillo que ese día estaba cuidando de que la casa estuviera caliente para su regreso, y que a la yegua blanca no le faltara de nada en su pesebre, trago a trago, iba bajando el nivel del vino en la botella. Pero siempre que no se enteraran nuestros padres, y mucho menos el cura, porque en El Castro solo bebían vino los mayores.

—Pues a mí me han contado que cuando erais pequeños, al salir de la escuela, para merendar os daban pan con vino y azúcar. Entonces no me extraña que alguno de ellos se acostumbrara a beber. ¿No es verdad?

—Eso es verdad —contestó el abuelo—, sobre todo si el vino era dulce. Reconozco que los mayores a veces cometimos errores al educar a los niños. Bueno, pues como te decía —continuó el abuelo—, mientras el maestro nos explicaba la lección sentados en torno a la estufa, alguien llamó a la puerta de la escuela. El maestro interrumpió la clase para atender al visitante. «Buenos días», dijo el recién llegado, saludando a los niños. «Buenos días», contestamos los alumnos a coro. Después de tener una corta conversación con el maestro, se dirigió a nosotros pidiéndonos un poco de atención. El visitante era un hombre mayor que desde hacía muchos años dirigía la rondalla del pueblo. «Ante todo quiero saber si entre vosotros hay alguno a quien le guste la música», nos preguntó. La respuesta fue unánime, pues a todos, al parecer, nos gustaba la música. «Como podéis apreciar», continuó el hombre, «los miembros de la rondalla del pueblo estamos ya un poco mayores», dejándose observar de cuerpo entero por los chicos en una actitud ciertamente cómica, provocando sus risas, «y la rondalla necesita de gente joven para continuar esta tradición tan arraigada entre las gentes y los pueblos de nuestra querida comarca de Vallehondo. Ruego a los interesados que, previa autorización de sus padres, se apunten a esta actividad que, ya os lo advierto, requiere un esfuerzo y una dedicación especiales, para aprender no solo solfeo, clase que yo os daría en el cuarto de la estufa de mi casa dos días por semana después de la escuela, sino también el aprendizaje del instrumento musical que más os atraiga, para la formación de una rondalla completa, cuya elección, en último caso, sería cosa mía, que para eso seré vuestro maestro y director. Y no os entretengo más. Ahora iré a la escuela de las chicas a contarles lo mismo que os he contado a vosotros. Gracias por atenderme. Espero que la lista de interesados esté dispuesta para empezar las clases cuanto antes, ya que en la de los antiguos componentes a la que pertenezco, cada vez hay más bajas».

En unos minutos, la mayoría de los alumnos estábamos apuntados, aún sin comentarles nada a nuestros padres. Por cierto, cuando el maestro de música les informó del precio de los instrumentos que deberían pagar a sus hijos, la lista de los aspirantes quedó tristemente reducida, aunque suficientemente variada en los elementos que al final formaríamos parte de aquella rondalla. Ese día, la clase se dedicó a la rondalla y a comentar entre los alumnos el instrumento que nos gustaría tocar a cada uno, y cuál sería el que nos tocaría en suerte. Me preguntabas si entonces elegí la guitarra, ¿verdad?

—Sí —respondió el niño, seguro de haber acertado.

—Pues no —respondió el abuelo—. Es cierto que deseaba la guitarra, pero tuve que esperar varios años para poderla elegir. Entretanto, me hice un virtuoso del laúd tocando a golpe de púa aquella canción de «Clavelitos, clavelitos, clavelitos de mi corazón», o aquella que decía «Ay qué lindas piernas tiene Carolina, ni son largas ni son cortas, ni son gordas ni son finas...».

—¿Ese es el instrumento que está colgado de un clavo en la pared del desván, junto a la guitarra?

—El mismo —contestó el abuelo—. Y eso que aquel instrumento no lo había elegido yo.

—Abuelo —dijo el niño—, esas canciones no las conozco, no las he oído nunca.

—Ni falta que te hace, hijo, ni falta que te hace... Una vez estuvo decidida la lista de los futuros miembros de la rondalla, el número de elementos se acercaba a los veinte entre chicos y chicas. El maestro fijó la fecha para empezar nuestras primeras clases de solfeo, que, como nos prometió, serían impartidas por él en el cuarto de la estufa de su casa, uno pequeño, con una mesa y cuatro sillas de anea como único mobiliario, a todas luces insuficiente para acoger a los numerosos alumnos asistentes. Por entonces, yo tenía unos ocho años más o menos. La casa del maestro estaba situada en un callejón angosto y solitario. Y teniendo en cuenta que la clase debíamos darla a la salida de la escuela, que al ser invierno ya estaba oscureciendo, y se empezaban a encender las bombillas eléctricas del alumbrado público de las calles, el aspecto que a esas horas ofrecía el callejón era lúgubre hasta llegar al círculo de luz que proyectaba en el suelo una bombilla de veinticinco vatios, colgada sobre la puerta de la casa del maestro, protegida de las lluvias por una tulipa de chapa de hierro pintada de blanco.

»Ese primer día, la asistencia de alumnos a la clase fue de una puntualidad inglesa y el cuarto de la estufa mostraba un lleno tal, que no había espacio físico que permitiera usar sillas, pues, como te he dicho, solo había cuatro, por lo que decidimos ocupar el suelo, mientras el maestro, después de dar la bienvenida a todos los alumnos, haciendo un juego de equilibrista, iba saltando de puntillas entre los alumnos, distribuyendo entre todos el método de música del autor Hilarión Eslava, un músico y compositor navarro del siglo diecinueve, que contenía los primeros conocimientos de música, la escala musical, el valor de las notas, así como los signos que es necesario conocer para poder leer correctamente una partitura, e interpretarla en el instrumento adjudicado a cada uno de los miembros que pronto formaríamos parte de la rondalla. No sé si porque las chicas estaban en minoría con respecto a los chicos, o simplemente por su falta de vocación, lo cierto es que poco a poco fueron abandonando las clases hasta no quedar ninguna. Incluso algunos de los chicos también fueron abandonando, y un mayor espacio libre en el cuarto de la estufa nos facilitó el aprendizaje a los pocos que nos resistimos al abandono.

—¿Y tú no abandonaste, abuelo? —dijo el niño, aplaudiendo su decisión.

—No, no abandoné. Esa ha sido la decisión más acertada que he tomado en mi vida. Esa, y la de casarme con tu abuela. En ese cuarto de la estufa —continuó nostálgico José Pedraza—, en este pueblo al que siempre desde entonces necesito volver, nació para quedarse dentro de mí esta gran pasión por la música y, por qué no decirlo, mi recuerdo agradecido hacia aquel hombre sencillo, y de una gran sensibilidad, que pronto descubriría en mí ciertas aptitudes que me hicieron destacar sobre los demás alumnos, lo que creó entre nosotros una cierta rivalidad, no deseada por mí, pero inevitable, cada vez que ante cualquier duda en la respuesta de cualquiera de mis compañeros al afrontar la lectura de una partitura, el maestro, sin maldad pero con una idea de la enseñanza, a mi

juicio, pedagógicamente equivocada, solía llamarme en su ayuda: «José, di a este compañero cómo se lee esta lección». Y yo, con la seguridad del que se sabe de memoria aquella partitura, y confieso que haciéndome el presumido, la cantaba con la correspondiente afinación en sus tonos y exacto en sus tiempos, para rematar en el consabido comentario del maestro: «Así se lee una partitura», sin pensar que esa actitud, interpretada por mis compañeros como un acto de prepotencia por mi parte, y una humillación para ellos, poco a poco me fue aislando y dejando en mi infancia algo más que un rasguño.

—Abuelo, eso te pasó por ir de listillo.

—Puede que lleves razón. Sin embargo, a pesar de todo, nada pudo impedir que mi vocación musical creciera y permaneciera intacta hasta estos *taitantos* años que hoy cargo a mi espalda, esperando todavía escribir mi mejor canción.

—¿*Taitantos*? —preguntó el niño—. Y ¿cuántos años son *taitantos*, abuelo?

—Te lo diré si me prometes no decírselo a nadie.

—Te lo prometo, abuelo.

Marcelo le tendió su mano y, con una palmada que respondía a un pacto entre caballeros, de pronto se sintió mayor. Al apretar la mano del abuelo notó su piel seca y, en la yema de sus dedos, la huella marcada por las cuerdas de un reciente acorde de guitarra. José Pedraza encontró en la mano del niño toda la inocencia y la ternura que él, a lo largo de los años, iba perdiendo. Desveló sus *taitantos* años al oído del nieto, mientras lo abrazaba.

—¡Hala! ¿Tantos? —preguntó incrédulo el niño al escucharlo traducido en años.

—No, tantos no. *Taitantos*.



**D**esde la terraza de la casa, el sol se fue apagando lentamente en el paisaje de Vallehondo, mientras en el cielo aparecía la primera estrella. La más brillante y quieta de todas las que irían apareciendo en el firmamento a medida que iba entrando la noche.

—Abuelo —preguntó el niño—, ¿sabes cómo se llama esa estrella que brilla tanto?

—Sí. Se llama Venus, y es uno de los planetas que más brilla en el cielo, después de la Luna. Cerca, muy cerca, podríamos verla si desde esta terraza utilizáramos uno de esos telescopios que usan los científicos para observar el universo.

—Pero sí podríamos usar el catalejo del bisabuelo que he encontrado en el desván. Cuando ayer miré el campo con esa cosa desde la ventana, todo lo vi mucho más cerca. Las espigas del trigo las vi tan cerca que casi conseguía tocarlas.

El abuelo recordó entonces aquella imagen en su época de niño solitario, aislado por sus compañeros por culpa de aquellas clases de música, cuyo refugio era aquella cámara con aroma a cebada y a trigo, a centeno y a avena, que esperaban almacenados para ser molidos en el molino. El trigo, para obtener la harina blanca con la que hacer el pan, y el resto de los granos almacenados, utilizados como pienso del que se alimentarían los animales que compartían la cuadra y el corral de la casa.

—Ese desván, como tú le llamas —dijo el abuelo—, era el lugar de la casa en donde, mirando el campo de Vallehondo si era de día, o mirando las estrellas cuando a veces me sorprendía la noche prendido de la magia de ese catalejo, encontré mis momentos de mayor felicidad. Pero un día quise descubrir el secreto de esa magia capaz de acercar las montañas azules y desde aquella lejanía percibir el perfume de las encinas y los robles que las poblaban, transportado por aquel mecanismo secreto que, pensé, encontraría guardado en las tripas de aquel catalejo. Entonces decidí ir desmontándolo poco a poco, pieza a pieza, hasta tenerlo diseccionado frente a mí. Pero al no descubrir la magia que buscaba para dar explicación a ese milagro, una vez desencantado del vacío frustrante que encontré en sus tripas, me dispuse a volver a colocar las pocas piezas con las que contaba en su interior, que había dejado sobre el alfeizar de la ventana. Una ráfaga de viento sopló entonces sobre las piezas que esperaban ser colocadas de nuevo en su lugar, y vi que unas pequeñas escamas redondas, como minúsculas lentejuelas transparentes arrastradas por el viento, volaban cayendo sobre el tejado bajo la ventana. Una vez terminado de montar el catalejo, quise comprobar que aquellas escamas no serían tan importantes como para impedir su correcto

funcionamiento. Pero al volver a mirar el campo a través de su objetivo, comprobé, desilusionado, que esas escamas de cristal que habían volado con el viento eran en realidad el alma de aquel ingenio mágico que yo buscaba en sus tripas seguro de encontrarlas. Esas escamas eran algunas de sus lentes que nunca pude recuperar. Desde entonces, nunca más intenté traer las montañas azules hasta mi ventana de la cámara.

—Pero todavía, al mirar por su objetivo, se ven muy cerca —contestó el niño.

—Es cierto, pero no tan cerca como entonces. Contaban los viejos que en la ladera de una de aquellas montañas azules existía un convento de frailes carmelitas. Y que al mirar desde El Castro, la visión era tan perfecta y tan cercana, que se podían contar los barrotes de hierro de las rejas de sus ventanas. Así era de perfecto ese catalejo.

—¿Y no se puede reparar ahora, para que podamos ver de nuevo con tanta claridad ese convento, si es que existe?

—Claro que existe —contestó el abuelo—. Ahora ya es de noche, pero mañana te mostraré una mancha blanca perdida entre la espesura del bosque que cubre aquellas montañas.

—¿Se trata del convento al que te referías?

—Así es; hace tiempo que busco alguien que sepa reponerle esas lentes que se perdieron, y ya que tienes tanto interés, si tú me ayudas, seguiremos intentando devolverle a ese mago su alma mágica que un día se llevó el viento.

En ese momento, bajo la terraza desde donde contemplaban las estrellas, la farola que iluminaba la calle delató a una pareja de enamorados besándose.

—Mira, abuelo —le dijo el niño al oído—. Esos dos se están dando un beso.

—Sí, ya veo —contestó divertido el abuelo—, son cosas del amor. Algún día, cuando crezcas, tú también lo sentirás como ahora lo sienten ellos.

—¿Y tú también lo sentiste, abuelo?

—Sí, el amor es el más hermoso de los sentimientos, y yo lo sentí en varios momentos, mientras fui joven. Y aún lo siento.

—¿A pesar de tus *taitantos*?

—A pesar de mis *taitantos*; el amor no tiene edad.

—¿Cómo? —preguntó Marcelo, esperando de José Pedraza una explicación más convincente para tan categórica respuesta.

—El amor, cuando existe, no exige una explicación; simplemente existe y lo sientes como algo tan especial, tan profundo, que te cambia la vida y lo llena todo.

—Ya —contestó el niño mientras trataba de buscar sentido a las palabras del abuelo de camino a la cocina, donde los aguardaba la cena.

Unas golondrinas sobrevolaban inquietas sus cabezas, esperando que ellos dejaran la terraza para tomar posesión de su nido, construido en un rincón del techo, junto a una de las vigas de

hormigón sobre las que se apoyaba el tejado del porche. Unos murciélagos volaban a gran velocidad dibujando espirales en el aire en la más profunda oscuridad de la noche, persiguiendo mariposillas nocturnas con las que alimentarse. Entonces el niño recordó su experiencia en la casa de la huerta, y una vez pasado aquel momento de terror, se interesó por aquellos animalillos que sobrevolaban sus cabezas.

—Abuelo, ¿y cómo evitan los murciélagos chocarse con las paredes o con los árboles cuando vuelan de noche y tan rápido?

—Una vez también yo me hice esa misma pregunta, y como todo está en los libros, en un tratado sobre animales encontré la solución. Esos animalillos se valen de un sistema llamado «ecolocalización», que les permite localizar un obstáculo en su vuelo, y así poder evitarlo.

—Claro —contestó el niño—, con razón los murciélagos que vimos en la casa de la huerta volaban en la oscuridad sin chocarse con nosotros y salían por la puerta sin siquiera rozarla.

—Esta conversación sobre murciélagos me recuerda a uno de esos juegos crueles que los niños, cuando conseguíamos cazar alguno de esos animales, que para nosotros eran vampiros, los crucificábamos sobre una puerta de madera, clavándole las alas con dos chinchetas; después encendíamos un cigarrillo y se lo poníamos en la boca y veíamos cómo fumaba hasta consumirlo. Luego lo liberábamos y lo soltábamos a volar, y como si estuviera borracho, o tal vez mareado por la nicotina del cigarro, volaba desorientado dando bandazos de un lado a otro hasta perderlo de vista, jurando y perjurando, supongo yo, no volver nunca más a El Castro, evitando así cualquier encuentro con semejantes monstruos, o sea, con nosotros.

—Qué brutos erais los niños, abuelo —le acusó su nieto, conmovido por semejante crueldad hacia los animales.

—Es cierto —contestó el abuelo con gesto de arrepentimiento, aunque un poco tardío—. Bueno, y recuerdo otros juegos con los que nos entreteníamos que me da vergüenza contarte.

—Cuéntamelos, abuelo, cuéntamelos; que después de las barbaridades que les hacíais a los pobres murciélagos, creo que ya no me asusto de nada.

—Que no, que no —contestó el abuelo, esperando una mayor insistencia por parte de su nieto que justificara un nuevo relato—. Bueno, era el juego del cazador y la carnicera, para lo que se requería un cazador, chico, y una carnicera, chica. Me da vergüenza contártelo... —dijo, haciéndose de nuevo el remolón.

—Vamos, abuelo —insistió Marcelo.

—Bien. La verdad es que los chicos estábamos asilvestrados.

—Ya lo veo, ya —contestó el niño, preparándose para el siguiente relato y esperándose lo peor.

—Bueno, lo primero que debo contarte es que siempre fui muy pajarero. No había nido que se me resistiera, así que yo, en ese juego, era el más idóneo para hacer de cazador, y ellas, las chicas, tenían sus propios juegos de niñas, entre ellos el de la carnicería, para lo que la pequeña

explanada de la puerta del corral era siempre el lugar elegido para montar la tienda; un pequeño mostrador era una caja de zapatos, un cuchillo pequeño de juguete, un gancho donde colgar la pieza de carne usando para tal fin una horquilla del pelo, y un taco de papeles de estraza cortados a la medida con los que envolver el pedido de los clientes que por turno riguroso entraran a comprar a la carnicería. Y yo, el único chico entre tantas mujeres, algunas veces me vi obligado a participar en su juego haciendo el papel de cazador de las piezas que ellas venderían en su tienda. Así que una vez aceptada mi participación, armado con mi tirachinas, buscaba los lugares frecuentados por los gorriones, que en los días de verano eran las copas de los árboles del paraíso. La tendera, entretanto, sentada en un celemín a modo de banqueta tras el mostrador, esperaba la llegada del cazador con su presa.

—¿Un celemín? ¿Qué es un celemín, abuelo?

—Es una pequeña caja de madera empleada por los labradores para medir los cereales y su capacidad es de cuatro kilos y medio —contestó el abuelo con un cierto aire de suficiencia—. Ante tal abundancia de gorriones en los árboles, no necesitaba ser un gran cazador para cobrar algunas piezas que llevar a la carnicería, a cambio del módico precio de diez céntimos por pieza, que la carniceira me pagaba sin rechistar, si la pieza se la entregaba ya desplumada y dispuesta para su disección y posterior venta; y si la pieza se la entregaba con plumas, el precio era cinco céntimos. Una vez descuartizado el animal, la carniceira lo exponía colgado por piezas de unos alfileres clavados en la puerta sobre el pequeño mostrador: el lomo, los muslitos, el corazón y el resto de las vísceras del animal, así como el cuello, la cabeza y las alitas.

—¡Qué barbaridad, abuelo! —dijo el niño con cara de sentirse mal.

—Era como si se tratara de un mercado real —insistió el abuelo—. La clienta llegaba al mostrador y pedía la parte del pájaro que más le gustaba entre las que se mostraban en aquel pequeño y tétrico escaparate, que lo mantenía a salvo de las moscas, cubriéndolo con una redcilla de las que las mujeres usaban para recogerse el pelo. La carniceira alcanzaba la pieza elegida por la clienta, y con la habilidad de una profesional en el oficio, la envolvía en un papel de estraza, la pesaba en su balanza imaginaria y se la entregaba a la clienta, previo pago. «¿Quién es la siguiente?», gritaba. Y entonces, como solo eran dos, la clienta, que era siempre la misma, solicitaba otra parte del pajarillo, y la carniceira repetía el mismo ceremonial hasta acabar con la cola imaginaria de clientas, papel interpretado por la misma actriz, y también con el género, que poco a poco desaparecía del muestrario. Después, la carniceira guardaba el dinero recaudado por la venta en una caja de cerillas, que era su caja fuerte; limpiaba con un trapo el pequeño mostrador y finalmente, clavado en la puerta con una chincheta, ponía el cartel de CERRADO, clausurando con su llave imaginaria la puerta del corral, y ahí terminaba el juego.

—Oye, abuelo, ¿y qué hacía luego la carniceira con las partes del pobre gorrión, una vez

terminado el juego? —preguntó Marcelo después del impacto sufrido por ese juego tan macabro que durante un minuto estuvo a punto de hacerle vomitar, embargado por el odio hacia el cazador.

—Se lo echaban al gato de la carnicera, que respetuosamente esperaba a que el juego terminara para, en cuestión de segundos, dar cuenta de los restos del pobre gorrión. Pero que conste — insistió el abuelo— que yo no quería contarte este juego, que siempre desde entonces, cada día que lo recuerdo, siento la vergüenza y el arrepentimiento propios de quien ha cometido un delito.

—Venga, abuelo, estabas deseando contarlo —contestó el niño—. Pero no te preocupes — añadió a continuación para tratar de consolar a José Pedraza—. Al menos, con la muerte del gorrión se alimentó el gato.

—Qué callados estáis esta noche —observó Valentina, sorprendida del silencio de los dos después de haberlos observado en la terraza hablando sin pausa durante toda la tarde—. Parece que os haya comido la lengua un gato.

La inoportuna frase pronunciada por la abuela sobre que pareciera que les había comido la lengua un gato, después del juego de la carnicería, y con la imagen del gato dando buena cuenta de los fragmentos de carne del gorrión, al abuelo le hizo pensar si la abuela le habría escuchado contarle el juego a Marcelo, y durante la cena se mostró parco en palabras, mientras el niño recordaba la imagen del beso que acababa de presenciar de la pareja bajo la terraza de la casa a la luz de la farola de la calle. Por un momento pensó en el abuelo, y lo imaginó besando a una chica por primera vez, y si aquella chica sería la misma con la que hoy se sentaba a la mesa compartiendo con él y con su nieto la cena. Pero esas preguntas que ansiaba hacerle a su abuelo, Marcelo las aplazaría para un momento más oportuno que el de esa noche, en la que se imponía el silencio por el cansancio de un día intenso; tal vez mañana seguiría hurgando en su vida, para conocerle más en profundidad, y descubrir algún rincón oculto, algún secreto ignorado por todos, que solo José Pedraza pudiera compartir con él, y de cuya experiencia tal vez pudiera aprender esa filosofía que no se enseña en las universidades, sino en la vida. Porque el abuelo, como el poeta, también había andado muchos caminos y abierto muchas veredas. Y esos caminos, esas veredas y esos mares, que el abuelo había navegado a lo largo de su vida, eran los rincones donde el niño ansiaba entrar a través de la experiencia vivida por su abuelo. Pero esa noche ya era hora de dormir.

El sol entró a raudales por la ventana entreabierta de madera que miraba a Vallehondo. Marcelo despertó del único sueño profundo que le había regalado la noche, deseando levantarse para desayunar en compañía del abuelo, único ser en el mundo a quien él se tomaría la libertad de

preguntar sobre cosas tan íntimas, con la seguridad de ser contestadas. Se lanzó de la cama y se metió bajo la ducha. Después se vistió y salió de su habitación seguro de que el abuelo lo estaría ya esperando para desayunar. En la calle alguien hablaba sobre el tiempo, y una moto sin silenciador pasó frente a la puerta de la casa camino de la plaza.

El sol en la terraza estaba alto, y un murmullo de gorriones disputándose los higos de la higuera llegaba desde el pequeño huerto adosado a la casa, a través de la ventana de la cocina, donde un olor a café y a pan tostado parecía aguardar la llegada de Marcelo. En el rincón, junto a la ventana que miraba a Vallehondo, el abuelo, cansado de esperar al nieto, empezaba a impacientarse. El reloj de la chimenea marcaba las diez de la mañana, hora más que tardía para levantarse.

Por fin apareció Marcelo.

—Buenos días, abuelo —lo saludó el niño mientras aquel se disponía a servirle el desayuno—. ¿Dónde está la abuela?

—Debe de estar a punto de levantarse. Esta noche no ha dormido muy bien, pero no tardará en aparecer en cuanto oiga ruido de tazas en la cocina. Por cierto, me parece que tu sueño no es que haya sido muy profundo, a juzgar por la hora de levantarte.

—Llevas razón, abuelo —contestó el niño, callando el motivo que le había robado esa noche el sueño y yendo directamente al grano de las preguntas que tenía preparadas para formularle, provocadas por el beso que observó desde la terraza la noche anterior—. ¿Cuándo empezaron a gustarte a ti las chicas?

—¿Qué clase de pregunta es esa a estas horas de la mañana? —contestó el abuelo, sorprendido de la curiosidad de su nieto—. Pues, la verdad, no lo recuerdo.

—Pero ¿eras de mi edad o mayor que yo?

—Creo que era un poco más mayor que tú, pero solo un poco —contestó José Pedraza haciendo memoria, mientras Marcelo le daba su tiempo para recordarlo.

—¿Y el primer beso? ¿Cuándo le diste a una chica el primer beso?

—Eso fue más tarde, y claro que lo recuerdo. Pero cuando tenía tu edad, el juego de los chicos, entre otros, era correr detrás de las chicas y levantarles la falda para verles las bragas.

—Erais muy guarros los chicos del pueblo, ¿verdad, abuelo?

—Bueno, solo era un juego, aunque, tal vez, aquellos juegos comenzaban a llevarnos de la mano a otros menos inocentes, más pícaros, que empezaban a aflorar en la adolescencia.

—Y ¿cuántos años tenías? —preguntó de nuevo el niño, esperando al fin desvelar la edad de los besos, el primer amor del abuelo y la destinataria, que no parecía ser la abuela Valentina.

—Supongo que unos doce o trece años.

—¿Y yo tendré que esperar tantos años para tener la edad de los besos?

El crío quedó un tanto decepcionado con la respuesta del abuelo.

—Pues no sé, en este tiempo en el que vivimos todo llega y pasa demasiado rápido.

—¿El qué, abuelo?, ¿el beso?

—Hablabas del tiempo que estamos ahora viviendo —contestó el abuelo, dirigiendo una sonrisa hacia su nieto, que preguntaba sin pausa, inquieto por saber—, tan diferente al de entonces.

—Bueno, abuelo, sí, como dices, esa edad de la adolescencia era el tiempo en el que uno se hacía mayor, ahora podrás recordar cuál fue la primera chica a la que te declaraste —dijo con cierta picardía Marcelo.

José Pedraza se echó a reír como recordando algo gracioso.

—¿De qué te ríes? —preguntó el niño, contagiado de su risa.

—¿De veras quieres que te lo cuente? —El abuelo no paraba de reír recordando algo referente a aquel momento que no olvidó nunca.

—Claro, abuelo, estoy esperando —dijo el niño, preparándose a escuchar la historia que después de tantos años todavía le hacía reír.

**P**ues verás. Mi debut en declararme a una chica fue siendo casi un niño; eso sí, fue una declaración en forma de carta, cuyo encabezamiento empezaba diciendo: «Querida novia Luisita Pinilla: Esta carta es para pedirte que salgamos juntos a pasear por la carretera y luego besarnos bajo el olmo del mirador, como hacen las parejas mayores, espero tu respuesta». Y para no hacer la carta tan breve, la terminaba con un poema de un libro de Gustavo Adolfo Bécquer, que por entonces era mi autor de cabecera, regalo de alguna de mis hermanas y que decía: «Por una mirada un mundo, por una sonrisa un cielo, por un beso, yo no sé qué daría por un beso. Firmado, José Pedraza, tu novio». Y un garabato como rúbrica, mil veces ensayado, que me identificara en cartas sucesivas, en adelante y para siempre. Doblé la hoja rayada del cuaderno que me sirvió como carta, y esperé al recreo para entrar en su escuela, donde yo tenía localizado su pupitre. Dejé la carta en su estuche de pinturas y salí corriendo, tratando de pasar desapercibido para su maestra, que vigilaba los juegos de las niñas en la plaza. A la salida de mi escuela para ir a comer a casa, ella, Luisita Pinilla en persona, esperó a que yo saliera, y al encontrarnos se me acercó rompiéndome la carta en mis narices y llamándome de todo: «Gili P. Hijo de P.» y todo lo peor que uno, o sea yo, pudiera imaginar, sobre todo de una niña que todavía no era ni siquiera adolescente, mientras mis compañeros de clase se burlaban de este pequeño aprendiz de amante, que era yo, y ella, tiesa como un palo, se dio media vuelta y me dejó en la plaza compuesto y sin novia. Ese fue mi debut. ¿Qué te ha parecido?

—Penoso, abuelo. Penoso. Tu estreno en el amor no es como para tomarlo como ejemplo. Imagino que después de ese cortazo, Luisita Pinilla te retiró el saludo de por vida.

—Y tanto que de por vida —dijo el abuelo—. Porque desde aquel día, y hasta hoy, nunca volvió a dirigirme la palabra. Y creo que ahora en que, al igual que yo, ella también debe de andar crecida de años, cuando nos encontramos, vuelve la cabeza para no saludarme. Afortunadamente, no me he cruzado con ella muchas veces desde entonces, y mira que El Castro es un pueblo pequeño.

—Y después de ese fracaso amoroso, ¿tuviste más novias?

—Bueno, a partir de los trece o catorce años, y sentirme adulto, empecé a mirar a las chicas de forma diferente a la que fue mi primer intento con Luisita Pinilla. El problema era que no solo una de las chicas del pueblo me gustaba de una forma especial, sino que eran varias, aunque el abanico de posibilidades en el pueblo, como te he dicho, no era muy variado. Así que no siempre



era la misma compañía la elegida para vernos, lo que creaba entre ellas una cierta rivalidad, y en mí, la posibilidad de elegir aquella con la que mejor me lo pasaba. Pero no todas aguantaron de mí ese juego; recuerdo a una que buscó el momento en uno de nuestros encuentros para decirme esa frase tan manida de «yo no soy segundo plato de nadie», y se quedó tan ancha dejándome plantado y con mi dignidad herida de muerte. ¿Y sabes qué? La borré de mi vida.

—Y ella, abuelo, ¿también te borró a ti de su vida?

—Pues yo te diría que no —contestó el abuelo con un cierto aire de suficiencia—. Han pasado muchos años desde entonces, y todavía, cuando nos cruzamos por la calle, me hace ojitos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que, a pesar de los años, no me olvidó del todo.

—Y tú, abuelo, ¿no le haces ojitos a ella cuando la ves?

—No. Yo solo le hago ojitos a tu abuela —contestó José Pedraza guiñándole un ojo de complicidad a Marcelo—. Ya te he dicho en alguna ocasión que ella ha sido lo mejor que me ha pasado. El gran amor de mi vida.

El tiempo del desayuno cada vez se prolongaba más, siempre debido a la curiosidad del nieto por conocer las historias del abuelo. Esa mañana no les quedaría mucho tiempo para realizar alguna actividad fuera del pueblo, a pesar de que el abuelo tenía previsto ese día visitar con el crío la ciudad romana de Ercávica, seguro de que a Marcelo podría encantarle conocer ese lugar arqueológico ocupado por los romanos antes de Cristo y situado a escasos kilómetros de El Castro. Sin embargo, después del desayuno, los dos se reunieron en el salón de la casa para seguir hablando.

Apoyada en un rincón, junto a una cómoda antigua, una guitarra Ovation, que José Pedraza hacía muchos años había comprado en uno de sus viajes a Estados Unidos, esperaba su visita, algo habitual en él por si las musas, en cualquier momento, le susurraban al oído alguna melodía que, tal vez, como ocurría en tantas ocasiones, terminaba convirtiéndose en una nueva canción.

Tomó asiento en su sillón, abrazó la guitarra, rasgó sus cuerdas y el salón se llenó con el sonido acústico emitido por aquel instrumento. Marcelo, sentado en el suelo, observaba las manos del abuelo mientras este rasgaba sus cuerdas e improvisaba una melodía que nunca hasta entonces había entonado.

Marcelo lo interrumpió para preguntarle qué canción era aquella que nunca se la había oído cantar.

—Todavía no es una canción, pero tal vez algún día lo sea.

—Pues a mí me gusta.

—Eres un crítico demasiado generoso —contestó el abuelo mientras se perdía entre los acordes y las melodías que improvisaba, viendo cómo el niño prestaba toda su atención a ese mundo

mágico, transportado por el sonido de la guitarra que lo llenaba todo, y la voz tímida de su abuelo improvisando una nueva melodía.

—Veo que siempre tocas la guitarra, pero nunca te veo tocar el laúd —dijo el niño—. ¿Es que no te gusta?

—Claro que me gusta, pero siempre que esté acompañado de otros instrumentos, como cuando formaba parte de aquella rondalla, en la que sonaba acompañado por una guitarra, una bandurria, una mandolina, un acordeón, incluso por un violín. Entonces el laúd formaba parte de un todo, y el resultado lo hacía imprescindible. Pero la guitarra no necesita de otro instrumento, de modo que, cuando tuve oportunidad de dejar el laúd, lo dejé, y lo cambié por una guitarra, que, como ves, basta con arrancarle un acorde para que te sugiera una melodía, te acompañe en tu estado de ánimo, triste, alegre o romántico, sin necesitar ningún instrumento más. Así que, desde que una guitarra llegó a mis manos, el pobre laúd quedó al margen de toda mi actividad musical, y, como ves, sigue colgado de un clavo en la pared de la cámara, recordando que una noche, hace ya mucho tiempo, se fue de ronda, bajo el balcón adornado con una rama de boj, colgada a escondidas por uno de los chicos de aquella rondalla, como forma de demostrar a una chica su amor por ella.

—Esa forma de demostrar el amor —dijo Marcelo— es más bonita que la que usaste con aquella carta a Luisita Pinilla.

—Claro, ya lo sé, pero entonces yo era muy pequeño. Y, sobre todo, era mi debut en esas cosas del amor.

—Bueno, eso sí —contestó convencido el nieto.

—Claro que —apuntó el abuelo— haber aprendido a tocar el laúd me dio la oportunidad, cuando salí del pueblo, de formar parte de la tuna universitaria de mi nuevo colegio en Sevilla.

—Y ¿a qué edad ingresaste en ese colegio? —preguntó Marcelo.

—Tenía catorce años.

En ese momento, su mirada se perdió en el aire buscando ese pasado, que unas veces celebraba volver a encontrar, y otras daría la vida por poder olvidarlo. Durante los primeros años de su adolescencia en El Castro, el peso de su felicidad puesto en una balanza era más ligero que una pluma. Sin embargo, el peso de su infelicidad era pesado como el plomo, cuya carga, con frecuencia, se precipitaba hasta tocar el suelo. De todos los años vividos en El Castro, gran parte de su tiempo estuvo acompañado por la soledad, repartida entre los huertos, los poemas de Bécquer, el desván de la casa, la música y algunos encuentros con las chicas, que despertaron en él esos sentimientos y deseos comunes nacidos del corazón, y silenciados para siempre en la más profunda intimidad, perdiendo la inocencia y haciéndose adulto, sin que nadie le contara cómo sucedía eso.

—Abuelo —lo llamó el niño—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó—. Pues, como te decía, tenía catorce años cuando me fui de El Castro. —Y siguiendo en su mundo de recuerdos, el abuelo, de nuevo hablando para adentro, se olvidó de la presencia de su nieto, quien insistió en preguntarle qué le sucedía—. No te preocupes, hijo, el abuelo está bien. Estas emociones a flor de piel son propias de los Pedraza. Lo que me ocurre a veces es que hablo demasiado de mis años pasados en el pueblo y no puedo evitar emocionarme, y como se dice por estas tierras, los Pedraza somos de lágrima fácil. Y tú, que lo quieres saber todo, pues...

—Claro —contestó el niño. Y olvidado el incidente sin apenas pausa, Marcelo continuó con su interrogatorio—: Oye, abuelo, cuando te fuiste del pueblo para estudiar en aquel colegio, ¿no tuviste miedo al cruzar las montañas azules?

—No, no tuve miedo. Con catorce años ya sabíamos los chicos que tras las montañas azules no había ningún abismo, como nos habían dicho los mayores a modo de cuento para dormirnos, sino un mundo que descubrir al tomar aquel autobús y dejar el pueblo. Un mundo que me abría sus puertas de par en par, en donde sentir el aire fresco con toda su fuerza llenando mis pulmones. Respiré hondo. Y di las gracias a mis padres por darme la oportunidad de encontrar un lugar al otro lado de esas montañas azules en donde disfrutar de eso que ansiaba tanto. La libertad, la educación y el olvido de algún recuerdo triste camino de la escuela, a veces de la mano de mi madre. En El Castro dejaba a mi familia, a mis compañeros de escuela, mis juegos de cartas tras la tapia del frontón apostando las monedas que le robaba a mi madre del monedero mientras dormía la siesta.

—Vaya un bandido que eras, abuelo —dijo el niño—. Mira que robarle las monedas a tu madre para jugártelas a las cartas... Ya te vale, abuelo.

—Dejaba también a Luisita Pinilla, asilvestrada como tierra baldía. Ya no volvería a decir aquello de «hijo de» y lo demás. Dejaba también a Juan Luna, mi único amigo; al maestro de música, viejo y sin su rondalla, soñando con formar algún día una nueva. Y a las chicas, con las que aprendí las cosas que ellas consintieron en enseñarme, y a las que entregué mis primeras caricias, en aquel aprendizaje que empezaba entonces y que nunca termina.

—Abuelo, y ¿qué es eso que te enseñaban las chicas? —preguntó el niño.

—Algunas cosas que un día, cuando crezcas un poco más, te enseñarán a ti.

—¿Cuando deje de estar en el limbo?

—Eso es, cuando dejes de estar en el limbo —respondió el abuelo. Luego retomó su relato—: Dejé a mis padres y a mis tres hermanas. Al señor cura y su yegua blanca y la botella del vino moscatel medio vacía. Sí, solo tenía catorce años cuando me marché aquel otoño, mientras empezaban a caer las primeras lluvias mojando el campo, en el coche de línea, dejando en el mirador el adiós, y un beso sin sordina de mi madre.

—Abuelo, ¿qué es un beso sin sordina?

—Ese beso de pueblo con mayúsculas, que te pinta de rojo los mofletes, de cuyo sonido no me he olvidado nunca. De mi padre recuerdo el silencio y una emoción contenida mientras me abrazaba con un abrazo tímido. «Adiós, hijo.» Porque en El Castro los hombres no lloraban. Mientras bajaba la cuesta aquel autobús, desde el cristal trasero veía sus brazos agitando pañuelos, y sus figuras cada vez más pequeñas se me borraron cuando tomó la última curva de la carretera. Entonces me senté en un asiento, lejos del resto de los pocos pasajeros, y sentí una soledad sin consuelo de nadie, y confieso que lloré en silencio mientras me alejaba cruzando el paisaje de Vallehondo preguntándome cómo sería ese colegio al que llegaría dos días después de dejar el pueblo, y cómo sería la ciudad de Sevilla.

—Y ¿cuándo volviste al pueblo? —preguntó Marcelo, aprovechando una breve pausa en el monólogo del abuelo.

—Volví, en vacaciones de Navidad y en verano durante los siete años que permanecí allí.

—Y ¿cómo fue aquel viaje?

—Largo, muy largo. Tan largo, que cuando llegué a Sevilla noté que me empezaba a salir la barba. —Y mientras el niño se reía a carcajadas de la ocurrencia del abuelo, este miró la hora en su reloj—. Eso te lo contaré en otro momento, porque un trayecto tan largo necesita de alguna estación donde repostar. Y creo que se nos ha hecho la hora de comer.

—Vale, abuelo.

**B**ajo la terraza de la casa, una calle salía del pueblo para encontrarse con la carretera de acceso a El Castro, por donde algún que otro coche llegaba al pueblo; una mujer paseaba a sus siete gatos, y unos niños, subidos a caballo de una caja de cartón, se dejaban caer cuesta abajo por la calle empinada, mientras su madre, a gritos, los llamaba para comer.

—Pues ya sabes, esta tarde toca una siesta muy larga.

—Sí, abuelo —contestó el niño, sabiendo que el plan que tenía el abuelo para esa tarde no era precisamente dormir la siesta, al menos tan larga, y preguntándose cuál sería ese plan. La abuela mientras tanto pensaba qué estarían tramando los dos, tan calladitos. Después de la comida, cada uno subió las escaleras y se dirigió a su dormitorio para dormir la siesta, después de que el abuelo tomara su taza de café. La abuela se quedó mientras la televisión daba las noticias y el tiempo para los próximos días.

La siesta fue breve para los dos. El abuelo, con sus zapatillas en la mano para evitar hacer ruido, se dirigió al dormitorio de Marcelo. Llamó suavemente con los nudillos a la puerta, y el crío, sabiendo que el abuelo se traía algún secreto entre manos, le abrió con todo cuidado esperando desvelar el misterio.

—Ven, sígueme —le requirió José Pedraza con una vocecilla apenas audible.

—¿Adónde, abuelo?

—Tú sígueme. Es un secreto, así que, desde hoy, será un secreto entre los dos.

Al final del pasillo, una puerta estrecha daba paso a una escalera empinada que desembocaba en la cámara, a la que el abuelo añadió un pasamanos con una soga anclada con unas argollas de hierro a la pared para mayor seguridad, ya que era peligroso subir la escalera a la cámara sin protección. Allí guardaba él un regalo secreto. Lentamente, después de cerrar la puerta de acceso, empezaron a subir. Delante, José Pedraza, agarrado a la soga que hacía de pasamanos, y detrás, Marcelo, ansioso por conocer ese secreto que con tanto sigilo quería mostrarle. Según iban subiendo los peldaños, el abuelo le comentaba cuán trabajoso había sido en la época de la cosecha subir cargando al hombro los sacos de trigo o cebada, para almacenarlos en trojes situadas en aquella planta, la parte más alta de la casa, protegidos contra los ratones.

—Y ¿qué son las trojes, abuelo?

—Unos depósitos hechos de obra en donde se almacenaban las cosechas de cereales.

—Menudo trabajo subir hasta aquí tan cargado.

Una luz procedente del ventanuco que miraba a Vallehondo iluminaba aquel espacio, de donde una pequeña escalera con tres peldaños conducía finalmente al lugar más alto de la casa al que llamaban «la camarilla», cuyo techo era ya el tejado, por donde una pequeña claraboya iluminaba tenuemente aquel espacio. Y allí, cubierta con una manta y muchos años de polvo y olvido, estaba ella.

—¿Ahí está el secreto que me quieres enseñar, abuelo? —preguntó el niño, temeroso de encontrar cualquier cosa oculta bajo aquella manta.

—Ahí está esperándote desde hace más de sesenta años.

—¿Qué es, abuelo? —preguntó Marcelo, muerto de curiosidad.

—Algo que para mí tiene un significado muy especial, algo así como una alfombra mágica que me trasladó desde la oscuridad de este pueblo olvidado del mundo hasta la luz, aunque ese viaje, el más largo de su corta vida, dejó su corazón cansado, hasta el punto de necesitar el descanso al que fue sometida hasta hoy.

—Venga, abuelo, enseñámelo ya.

El abuelo descubrió el bulto y por fin apareció el esperado regalo: era la moto que muchos años atrás cambió su vida.

—¿Funciona? —preguntó el niño.

—No creo. Lleva demasiado tiempo parada.

Mientras Marcelo examinaba la moto, el abuelo continuó:

—Yo tenía catorce años cuando mis padres, después de aprobar aquel examen, decidieron enviarme a estudiar a ese colegio del que ya te he hablado; su situación económica no les permitía costear mis estudios, como ya estaban haciendo con mis dos hermanas mayores, que cursaban estudios de magisterio en la Ciudad Mágica de Cuenca, a sesenta kilómetros de El Castro. Ellas animaron a mis padres para solicitar aquella beca de estudios para mí, y también ellas gestionaron mi solicitud para someterme a un examen una vez se convocara. En contra de lo que creían mis padres, no tardó mucho tiempo en llegar una carta con carácter de urgencia de Universidades Laborales, obligando a mi padre a viajar a la ciudad ese mismo día para firmar unos documentos como cabeza de familia, referentes al plazo de admisión para el examen de acceso a una de esas universidades laborales, que terminaba ese mismo día a última hora de la tarde. De no presentarse en el transcurso de la mañana en la oficina, yo perdería la posibilidad de acceder a ese examen y, por tanto, la posibilidad de ingresar como alumno en la Universidad Laboral de Sevilla. Mi padre era un hombre muy trabajador. Ejercía su oficio de albañil en cualquier lugar en donde fuera requerido. Para facilitar su transporte a los diferentes lugares en donde le surgía un trabajo, compró una motocicleta, que para una distancia corta como era el trayecto entre el pueblo y la obra suponía un alivio, aunque no se libraba del frío ni del calor, pero sí del esfuerzo de pedalear, lo que le hacía sentirse más importante que la mayoría de los hombres del pueblo, cuya

posibilidad de acceder a ese lujo era escasa. Pero aquella carta reclamando su inmediata presencia sin demora en la oficina del ministerio ese mismo día, y sabiendo que, posiblemente, de aquel viaje podría depender el futuro de su hijo, o sea, el mío, no se lo pensó. Mi madre le preparó su mejor ropa y le vio subir a la motocicleta y desaparecer desde el mirador, carretera abajo camino de la ciudad, dudando de la resistencia de aquel vehículo tan precario para un viaje de ciento veinte kilómetros en el mismo día, una hazaña que no esperaba poder realizar, pero que merecía la pena intentar. «El chico tiene que estudiar», se repetía mi padre mientras la Mobylette devoraba kilómetros de carretera con pavimento de gravilla, ya que el asfalto no había llegado todavía a estas tierras de Vallehondo.

El pequeño Marcelo escuchaba al abuelo que, emocionado, hablaba de un héroe llamado Claudio Pedraza, su padre, y bisabuelo del niño.

—Luchando contra el tiempo, consiguió llegar a punto de cerrar aquella oficina, fría como todas, ya que de no haber llegado a la hora prevista, no le habrían regalado ni un minuto de espera.

»Pero con el pulso alterado por el esfuerzo de aquel viaje, Claudio Pedraza pudo firmar los documentos que le pusieron delante de los ojos y que una lágrima le impidió leerlos en su totalidad. «El chico tiene que estudiar», se repetía.

—¿Y la moto aguantó el viaje? —preguntó Marcelo.

—Como una jabata —contestó el abuelo—. Unos días después, fui requerido para mi examen en una de las aulas del instituto de la ciudad.

—¿Y aprobaste? —volvió a preguntar el niño, seguro de que la respuesta del abuelo sería que sí.

—Debo confesarte que mi nivel de conocimientos, una vez dejé la escuela de El Castro, era penoso. Confieso que fui un pésimo alumno. Que temblaba cuando el maestro me llamaba a la pizarra para resolver algún problema de matemáticas, seguro de que no sabría dar con la solución. Un miedo escénico que me acompañaría durante todo el tiempo de permanencia en aquel colegio de Sevilla, y que aún me araña por dentro cuando tengo que aparecer en público.

—Estoy pensando, abuelo, que gracias a esta motocicleta, aquel día tu padre pudo llegar a tiempo de firmar aquellos papeles para que tú pudieras examinarte, estudiar con una beca durante siete años en la Universidad de Sevilla y marcharte del pueblo.

—Así es la vida —repuso el abuelo—. Como dices, gracias a esta moto, mi padre, jugándose la vida por aquellas carreteras de gravilla mientras pensaba «el chico tiene que estudiar», consiguió llegar a tiempo de cambiar mi destino.

—Claro, abuelo —dijo el niño—. Si el bisabuelo no hubiera tenido la moto, tú no habrías estudiado, ni habrías conocido Sevilla, ni te habrías ido de El Castro y habrías acabado siendo albañil. Como tu padre. ¡Muy bueno!, pero albañil.

—Así es. Aquella moto se convirtió para mi padre en su objeto más querido junto a su escopeta, ya que era un gran cazador. Y como premio por aprobar aquel examen y poder ingresar en aquella universidad laboral, me convertí en el dueño de esta moto que anda cubierta protegida del polvo desde hace sesenta años, y que hoy quiero regalarte, si quieres aceptarla.

—Gracias, abuelo, aunque tendré que esperar unos años para poder usarla. Pero eran dos los objetos que el bisabuelo quería por encima de todo.

—Sí, ya lo sé —contestó el abuelo—. Pero, como sabes, no me gustan las armas, y ese otro objeto tan querido por tu bisabuelo era su escopeta. He pensado que en lugar de la escopeta, prefiero regalarte mi guitarra, ¿te parece bien? ¿Trato hecho?

—Trato hecho. Y ahora sigue contándome esa historia —dijo el niño mientras abrazaba a su abuelo.

—Eran los últimos días de septiembre de 1959 —contaba el abuelo— cuando el cartero llevó una carta a nuestra casa procedente del Ministerio de Educación; en ella comunicaban a mis padres mi aprobado de aquel examen que me permitía ingresar en la Universidad Laboral de Sevilla. Una carta que llegué a memorizar con sus puntos y comas hasta convencerme de que no era una broma.

—No me digas que todavía hoy la recuerdas —dijo el niño, retándole.

—Claro que la recuerdo.

—Venga, abuelo, te estás quedando conmigo, ¿en serio?

Y sin más preámbulo, José Pedraza empezó a recitar aquella carta omitiendo el encabezamiento, que un día, hacía sesenta años, había llevado a su casa el cartero y que cambiaría el rumbo de su futuro.

El alumno, José Pedraza Salinas, se incorporará en uno de los primeros días de octubre en la Ciudad de Cuenca, en cuya estación de ferrocarril se unirá a los alumnos de esa misma ciudad que tomarán el mismo tren con destino a Sevilla. Su equipaje consistirá en dos mudas completas, unas zapatillas y una bolsa de aseo con sus elementos más necesarios para dos o tres días. Teniendo en cuenta que al llegar a la Universidad Laboral, le será entregado todo el equipo necesario, tanto para diario como para fiesta, deportes, y ropa interior, así como los libros y el material escolar necesario. El alumno no necesitará traer nada más.

—No me lo puedo creer, abuelo. Qué memorió —dijo el niño.

—Mi madre —continuó el abuelo sin dar importancia a su alarde de memoria— respiró aliviada pensando en el ahorro que supondría para la familia el hecho de no tener que desembolsar todo el dinero que le habría supuesto la compra del equipo; un dinero del que difícilmente disponía. Cuando mi madre leyó aquella carta, le pareció un regalo del cielo. Me abrazó y me dio algunos consejos que nunca olvidaría. Mi padre se encontraba trabajando en una de las casas del pueblo y mi madre me mandó llamarlo. «Dile a padre que ha venido una carta



urgente para él», me dijo. Y yo, emocionado y nervioso, fui a buscarlo, y sin esperar llegar a casa, por el camino le conté la noticia de que había sido admitido para disfrutar de una beca de estudios en la Universidad Laboral de Sevilla. Mi padre se emocionó y me dio uno de los pocos abrazos que recibí de él, dada su timidez en mostrar sus sentimientos; entonces, mientras me abrazaba, le oí decir con su voz quebrada: «Me alegro, hijo», y sus ojos se llenaron de lágrimas. «La motocicleta ha tenido la culpa», añadió, controlando su emoción mientras, disimulando un gesto muy suyo, se secaba las lágrimas. En mi casa esperaba impaciente mi madre, dispuesta al abrazo y a la alegría compartida por mi padre, de pensar que yo, seguro, sería mucho más feliz en ese lugar lejos del pueblo, en donde lo más importante que aprendería sería educación. El resto de mi aprendizaje sería cuestión de trabajo, si quería conservar aquella beca.

La luz que entraba por la claraboya del tejado, a medida que pasaba la tarde, iba oscureciendo la camarilla donde se encontraban, frente a aquel bulto que empezaba a confundirse en la oscuridad; una oscuridad que empezó a preocupar a Valentina, ya que la siesta le estaba pareciendo demasiado larga. Subió las escaleras camino de los dormitorios y vio que ni su marido ni su nieto estaban dentro. La puerta de acceso a la cámara estaba entornada, y la última luz de la tarde que entraba a través del ventanuco apenas iluminaba la escalera.

—José, Marcelo —los llamó—. ¿Estáis ahí arriba?

La voz lejana de José Pedraza bajó de prisa la escalera, y el niño enmudeció temiendo ser descubiertos por la abuela en ese lugar secreto.

—Vamos, Marcelo. La abuela se va a preocupar y va a querer saber más de lo que nosotros queríamos contarle.

—Pero bueno, ¿qué hacíais a estas horas por la cámara? —preguntó Valentina, esperando una respuesta convincente.

—No te imaginas —contestó con acento romántico el abuelo— la belleza del atardecer que hemos contemplado desde el ventanuco de la cámara, ¿verdad, Marcelo?

—Sí, abuelo. Eso hemos estado haciendo en la cámara.

—Y ante tanta belleza —continuó mintiendo José Pedraza—, esperando que el sol se escondiera totalmente por las montañas azules, sin darnos cuenta, casi se nos hace de noche.

—¿Casi? —contestó la abuela, impresionada por la imagen poética improvisada por su marido respecto a esa puesta de sol.

—Vamos, mujer, con lo bien que lo ha pasado Marcelo. ¿Verdad, hijo?

—Sí, abuelo —contestó el niño.

**E**se día de octubre amaneció gris. Una lluvia fina mojaba los olmos de la placeta y el tejado de la iglesia brillaba como si la lluvia lo hubiera liberado del polvo de aquel verano abrasador. Eran las siete de la mañana cuando el coche de línea, cuyo motor rugía de una forma especial, después del esfuerzo realizado en la subida empinada de la carretera a El Castro, llegó al pueblo. Los escasos viajeros que esperaban protegiéndose bajo los olmos de la placeta se lanzaron en tropel al autobús en cuanto se abrieron las puertas para tomar asiento. Solo mis padres, Pilar, mi hermana pequeña, y yo esperamos al último momento en el que tomaría aquel autobús; ellos abrazándome tristes y dándome sus últimos consejos, yo con mi pequeña maleta de cartón recién comprada en la ciudad, tratando de evitar que se mojara con la lluvia, despidiéndome feliz de los tres, y empezando a saborear la libertad, a pesar de que mi destino en Sevilla era un internado regido por salesianos, el sistema educativo de aquel centro. «Cuídate, hijo, y escribe cuando llegues, obedece a tus superiores y estudia mucho, que aquí ya sabes lo que hay.» Entonces miré a mi alrededor, y en el campanario de la torre de la iglesia vi la grieta en la pared, cerca de la campana, en la que tantas veces había intentado alcanzar con mi mano de niño aquel nido de gorriones que nunca conseguí. Miré la fachada de la casa de piedra arenisca en la placeta junto a la iglesia, en donde las abejas entraban y salían por un pequeño agujero a su colmena situada dentro de la casa donde elaboraban su miel, y que alguna vez, por molestarlas al pasar por esa calle bajo su enjambre, recibí de ellas alguna que otra picadura.

»Un pastor cruzó la plaza camino de su corral, para sacar a pastar su rebaño de ovejas. El conductor del autobús tocó el claxon que ponía fin a nuestra despedida y aceleraba nuestra separación con un último abrazo a mis padres y a Pilar, la más pequeña de mis tres hermanas que aún vivía en el pueblo. Recuerdo la mirada tierna de mi madre, por la que, a pesar de la tristeza que suponía nuestra separación, adiviné la alegría en lo más profundo de su corazón, segura de que aquel viaje era mi oportunidad de empezar a vivir una vida diferente; la oportunidad y el privilegio siempre negado a cualquiera de los jóvenes de mi edad, habitantes del pueblo, cuyo futuro en El Castro era previsible solo con mirar el presente de sus padres. El autobús arrancó lentamente mientras los acompañantes de los viajeros se despedían de sus familias agitando los brazos. Entonces pude ver a alguien llegar corriendo a la placeta, y buscarme a través de los cristales de las ventanillas, entre los viajeros, siguiendo al autobús en su marcha lenta camino del mirador. Era mi amigo Juan Luna, que al encontrar la ventanilla desde la que yo despedía a mis

padres, golpeó con su mano el cristal para decirme adiós, y en su cara pude ver un gesto de disculpa por haberse quedado dormido justamente el día de mi despedida. Después, un último acelerón, y el autobús, recorrida la calle hasta el mirador, se lanzó cuesta abajo por aquella carretera imposible camino de la ciudad, donde mis dos hermanas mayores, Leonor y Victoria, estudiantes de magisterio por aquella época, esperaban recibirme para acompañarme a la estación del tren que me llevaría a Sevilla.

»El coche de línea, procedente de El Castro y de un número infinito de pueblos que formaban su ruta, llegó a su cochera en la parte baja de la ciudad. Después del abrazo a mis hermanas y de compartir unos minutos del encuentro, una vez recogido mi equipaje me acompañarían a la estación del tren, situada a escasos metros de la cochera. Aquel abrazo fue largo y emocionado, y a la vez triste, ya que suponía nuestra primera separación. La cochera de aquel autobús, por un momento, entre los viajeros que llegábamos, los parientes que nos habían venido a recibir y las maletas, bolsas y bultos de todo tipo, que volaban desde la baca del autobús, se convirtió en un espectáculo circense, al ser recogidas al vuelo por un empleado de la empresa, en un alarde de auténtico equilibrista. Abrazos, besos, gritos incontrolados de alegría o llantos sin consuelo, típicos en aquellos encuentros de una excesiva teatralidad. Y yo, pequeño provinciano, sin la más mínima experiencia en viajes, esperaba mi pequeña maleta de cartón recién comprada, junto a mis hermanas, quienes, visto el desorden sin control, dudaban entre verla llegar entera o, por el contrario, verla desparramada mostrando en su vuelo mi ropa interior.

—¿Los calzoncillos? —preguntó el niño, muerto de risa imaginando semejante prenda por los aires.

—Mis zapatillas y mi bolsa de aseo, mientras mis hermanas, a cada maleta que veían volando camino de estrellarse contra el suelo, me preguntaban si alguna de ellas era la mía. Bolsas con anillas de madera, las cajas de cartón atadas con cuerdas, las bicicletas de los niños...

Marcelo, aún sin poder contener la risa mientras escuchaba la peripecia de ese primer viaje del abuelo, le preguntó:

—¿Y apareció tu maleta?

—Sí. Entre las tres últimas maletas voladoras que bajaron de la baca de aquel autobús, en un vuelo rasante sobre las cabezas de los viajeros, la penúltima fue mi pequeña maleta, maltratada hasta el aplastamiento esperando ser recogida por su dueño, o sea, por mí.

—Abuelo, y ¿qué pasó con la baca? ¿También bajó volando?

—No —contestó el abuelo con una carcajada sonora ante la pregunta ingenua de su nieto—. No, la baca era el soporte donde iban las maletas, las bolsas de tela pintadas de flores con anillas de madera, las cajas de cartón atadas con cuerdas, bicicletas de niños y hasta una cabra atada de pies y manos.

—Pero, abuelo, las cabras no tienen pies ni manos —corrigió listillo el nieto.

—Bueno, perdona, llevas razón —repuso el abuelo—, pues atada de patas, «la cabra iba atada de patas» inmovilizada, como si se tratara de un bulto más. Pero ¿una vaca?, no recuerdo haber visto descender volando desde la baca de aquel autobús una vaca.

—No entiendo eso que dices, abuelo.

—Lo entenderás cuando estudies ortografía en el colegio —contestó sonriendo José Pedraza—. El horario del tren que debía tomar con destino Sevilla estaba anunciado para una hora más tarde. Teníamos tiempo suficiente para llegar caminando a la estación del ferrocarril, tomar un café en la cantina, hablar de mi nueva situación al cambiar mi vida de El Castro por la de aquella Universidad Laboral, y buscar al grupo de estudiantes, paisanos míos, con los que debería encontrarme para salir juntos en el tren hasta Aranjuez, donde nos encontraríamos con otros estudiantes de otras provincias y haríamos el transbordo al correo de Andalucía con rumbo a Sevilla. Apenas tuvimos tiempo de despedirnos, ya que el tren anunciaba su salida, y sin casi darnos tiempo para el último abrazo y desearme suerte, debí separarme de mis hermanas. Tomé mi maltrecha maleta y subí al tren junto con los que serían desde ese instante mis nuevos compañeros de colegio después de habernos presentado. Entre aquella multitud de gente, que, como yo, tomaba aquel tren y se despedía de su familia que quedaba en el andén, y buscar su lugar en los asientos de madera y el portaequipajes donde colocar sus maletas, escuché un «cuídate». El tren se puso en marcha. En unos segundos, una nube de humo borró el andén y con él a todos los que allí, agitando los brazos entre los que imaginé a mis hermanas, nos decían adiós.

»En ese momento sentí la soledad que nunca hasta entonces había sentido, y en uno de los baños del vagón me encerré y me puse a llorar. Todo mi mundo conocido había quedado atrás, y el futuro que me quedaba por vivir era una incógnita, cuya solución solo el tiempo me ayudaría a resolver.

—Abuelo —dijo Marcelo, una vez agotado el tiempo consumido en la narración de su despedida, durante el cual había desarrollado un monólogo lleno de emoción, terminando en el baño de aquel vagón de tercera, con un llanto incontenido, lo que impidió al pequeño intervenir, al menos para apagar en la medida que le fuera posible algo de esa emoción que estaba sintiendo su abuelo—. ¿Que tú lloraste? Me estás contando que siendo ya un hombre de El Castro, esos que, tal como me contaste un día, no lloraban nunca, ¿lloraste amargamente en el váter de un tren de tercera? ¿Y te vieron tus nuevos compañeros de colegio, tus paisanos, llorando como un niño?

La risa del abuelo al escuchar semejante ocurrencia de su nieto sonó por toda la casa, y su corazón, en ese momento, latió con más fuerza de la que nunca lo había hecho mientras abrazaba a Marcelo.

—No —contestó el abuelo—, no me vieron llorar mis nuevos compañeros.

—¡Ah! Vale, continúa.

—Ellos vivían en la misma ciudad, y algunos asistían al mismo colegio, y aunque no todos vivían en el mismo barrio, como la ciudad era pequeña...

—¿Como El Castro? —preguntó Marcelo.

—No, más grande —dijo el abuelo—. Si fuera como El Castro no la llamarían «ciudad», ni tendría cien habitantes como este pueblo, sino cuarenta y tantos mil, que es lo que dicen que tiene la ciudad. Bueno, como te contaba, aun viviendo en barrios diferentes, se conocían, porque en esas ciudades pequeñas se conocen todos. Ellos hablaban de temas comunes sobre su colegio, sus profesores, sus juegos en el patio, sus excursiones a la sierra, sus baños en la playa en el verano.

—¿Playa? —preguntó sorprendido Marcelo—. ¿Que Cuenca tiene playa?

—Eso mismo me atreví a preguntarles yo en la única oportunidad que tuve para hacerlo, ya que su idioma parecía diferente al mío.

—Claro, porque ellos eran chicos de ciudad y tú de pueblo.

—Y a mucha honra —replicó el abuelo—. Cuando pregunté por la playa, con un cierto aire de superioridad me contestaron que era una playa como las que hay en el mar, solo que está en el río.

—¿En el río, abuelo? Pues me parece que tus paisanos no conocían el mar, porque allí sí que hay playa, pero en un río no, por muy bonito que sea el río.

—Tampoco yo conocía el mar, ni la playa, nunca había salido de El Castro, y la única playa que yo conocía era la orilla del río, el mismo donde tú y yo estuvimos pescando, y los chicos del pueblo, de no ir al río, ya que quedaba muy lejos del pueblo para ir andando, aprovechábamos para bañarnos cualquier charca que hubiera quedado en una hondonada del campo después de las lluvias. Esas eran nuestras playas y, además, playas nudistas porque nos bañábamos desnudos.

—¿Desnudos? ¿En pelotillas? —dijo con cierta risilla pícaro el nieto.

—Pues sí, en pelotillas. Y con la compañía de renacuajos, ranas, libélulas revoloteando entre los juncos de la orilla y alguna culebrilla de agua, sí, sí, culebrilla de agua, que, ajena a nuestra presencia en aquella charca, entraba y salía en su agujero, no sin a veces rozarnos con su piel viscosa, en su camino a casa, como si formáramos parte de su mundo subacuático.

—Qué asco. Pero esto no se lo contarías a tus compañeros de colegio, siendo la primera vez que os conocíais, ¿no? —preguntó Marcelo, que por momentos se sorprendía más de la infancia todoterreno vivida por el abuelo, cuyas aventuras llegaba a envidiar en algún momento, que, como chico de ciudad, nunca viviría.

—No, no se lo conté —respondió el abuelo como dudando de su afirmación—. Pero a medida que íbamos entrando en conversación, entendí que no eran muy diferentes nuestros mundos, que una ciudad pequeña no es mucho más ciudad que un pueblo, y que la forma de vida es parecida en los dos casos. En nuestro primer encuentro en la estación del tren, al presentarnos les dije mi nombre, al igual que ellos me dijeron los suyos. Aunque, después de una hora de viaje, yo los había olvidado como ellos habían olvidado el mío. Poco después me preguntaron cómo me llamaba y yo les contesté «José Pedraza», y que de dónde era, «de El Castro». «¿El qué?», dijeron mirándome sorprendidos, como si nunca hubieran oído ese nombre.

—Y no me extraña, abuelo. ¿Quién conoce un pueblo llamado El Castro, si yo creo que seguro no aparece ni en los mapas?

—Pues solo hay que saber un poquito de geografía —contestó el abuelo—. Sin embargo, creo que los chicos de pueblo éramos más listos que los de ciudad, aun teniendo tan pocos recursos, o tal vez por eso. En El Castro, como en el resto de los pueblos de la comarca de Vallehondo, no había tiendas con escaparates exhibiendo juguetes, así que los teníamos que inventar nosotros. A los Reyes Magos nunca los conocimos personalmente como los conocisteis los niños de ciudad, en la cabalgata de Navidad. Pero los Reyes Magos de los chicos de pueblo eran como nosotros los queríamos imaginar, según nos los pintaran nuestros padres, nuestros abuelos o nuestros maestros; porque a El Castro, un pueblo tan lejano, no llegaron nunca. En fin —resolvió el abuelo—, que los niños de pueblo aprendimos a inventar esos juguetes que nadie había inventado todavía; nos bastaba una caja de zapatos y unos botones para fabricarnos un camión con cuatro ruedas. O una patata para crear el cuerpo de una oveja, cuyas patas las formaban cuatro palillos, la cabeza, una aceituna y los ojos, dos alfileres de cabecilla de los que usaban nuestras madres para hacer encaje de bolillos. Si hacíamos una sola oveja, entendíamos que era la oveja descarriada. Si queríamos fabricar un rebaño de ovejas, bastaba con repetir el modelo indefinidamente, mientras quedaran patatas en la despensa y nos consintiera nuestra madre tal derroche.

—Pues sí que teníais imaginación los chicos de El Castro, sí —comentó Marcelo.

—Fíjate si teníamos imaginación, que en una ocasión, utilizando una de esas máquinas aventadoras abandonada...

—¿Qué es una aventadora, abuelo?

—Una máquina utilizada por los labradores para separar el grano de la paja en cuyo vientre, a fuerza de manivela, unas palas metálicas unidas a un eje giraban produciendo el aire necesario para separarlos. La paja volaba con el viento y el grano, como era más pesado, caía limpio en un saco para guardarlo y utilizarlo como pienso para los animales o para molerlo, convertirlo en harina y fabricar el pan para consumir en la casa. Buscándole otra utilidad, inventamos lo que Walt Disney años antes ya había inventado, sin que nosotros tuviéramos noción de su existencia. Los dibujos animados.

—¿Qué dices, abuelo! —exclamó su nieto, incrédulo—. ¿Que tú inventaste los dibujos animados?

—Como te decía, en cada una de las palas de la máquina aventadora, con un trozo de yeso arrancado de una pared de la choza en la que se guardaba la máquina en invierno, una de mis hermanas y yo dibujamos un monigote y lo centramos con las mismas coordenadas en cada pala y con el mismo tamaño. Solo variaba levemente en el dibujo la posición de los brazos, las piernas y la expresión de su risa en la cara. Al girar las palas, el monigote adquiría un movimiento en las

piernas, en los brazos y en la expresión de la risa que, una vez pasadas en su giro las seis palas, el monigote volvía a repetir su movimiento con la velocidad deseada. Según se girara la manivela, los dibujos pasaban más rápidos o más lentos.

—Abuelo, ¿y este invento de los dibujos animados se lo contaste a tus compañeros de viaje?

—No —contestó el abuelo—, no tenía confianza con ellos como para así, de buenas a primeras, contarles mis cosas. Eran ellos los que hablaban, mientras yo, que nunca había viajado en tren, miraba con la cabeza fuera de la ventanilla comprobando que, al otro lado de las montañas azules, sí había otro mundo y otros paisajes diferentes a los de Vallehondo. Y mientras miraba los paisajes que cruzaba el tren, y mis compañeros hablaban de su ciudad como una ciudad mágica, yo pensaba cómo sería ese colegio adonde nos dirigíamos; cómo sería Sevilla y cómo hablarían los sevillanos, cómo sería el otoño, comparado con el que yo había dejado en Vallehondo.

—¡Qué peligroso! —dijo el niño.

—Sentía el viento en la cara, y contaba los postes de teléfono que pasaban veloces frente a mí, lo que me hizo recordar un chiste malo sobre alguien que, al asomarse al exterior por la ventanilla del tren, oyó a su espalda que alguien le gritaba: «¡Cuidado con los pos tes tes tes tes tes tes tes...!». ¿Te ha gustado?

—Qué malo, abuelo —contestó Marcelo.

—Dentro, en el vagón, los viajeros se movían sobre sus asientos de madera en un trotecillo marcado por el encuentro de cada tramo de raíles, y hablando alto tratando de vencer el ruido de risas, toses y conversaciones sin secretos ni trascendencia alguna, como una forma de acortar las horas que ese tren tardaría en llegar a su destino. La imagen de mi despedida en la placeta de El Castro, las lágrimas de mi madre, la imagen de Pilar y el abrazo tímido de mi padre, me venían continuamente a la memoria, mientras el tren trataba de alejarme de esa escena a toda velocidad o, en todo caso, a la velocidad que aquel tren correo era capaz de andar. Escucho aún su silbato anunciando la llegada a la estación de cada uno de los mil pueblos en los que paramos, que para eso era un correo. Dejé de asomarme por la ventanilla. El aire, cada vez más caliente, me producía sueño. Cuando me senté para intentar dormir, mis compañeros de colegio estaban apoyando sus cabezas los unos sobre los hombros de los otros, dando cabezadas sobre el respaldo de tablillas de madera de los asientos, tal vez echando de menos la cama y la almohada que sus madres con todo esmero preparaban para ellos cada mañana, y que tardarían unos cuantos meses en volver a disfrutar cuando regresasen. Poco a poco el ruido se fue apagando en el vagón a medida que pasaba el tiempo. Algunas de las risas que sonaban al principio del viaje ahora se convirtieron en ronquidos, y algún que otro siseo reclamó silencio, mientras un niño, colgado del pecho de su madre, después de un eructo, seguía mamando, mientras ella se iba acomodando en el rincón de su asiento, anunciando su inminente siesta, en cuanto el niño, que seguía tomando el

pecho, harto por fin, expulsó sus últimos gases provocados por los golpecitos de la madre en su espalda, y los dos se quedaron dormidos.

»Un empleado del tren, mientras la mayoría de los viajeros de nuestro vagón dormían, se nos acercó y con un golpecito en el hombro nos avisó. “Chicos, la próxima parada Aranjuez, al llegar debéis bajar del tren, alguien os estará esperando.” Como autómatas nos levantamos de los asientos desperezándonos y nos dispusimos a bajar nuestras maletas del portaequipajes. El tren fue lentamente aminorando la marcha y en unos minutos entró en la estación. Un cartel anunciaba ARANJUEZ y, después de un profundo suspiro, el tren, cansado, paró en el andén. Un sacerdote vestido con sotana negra y alzacuellos nos esperaba en la puerta de salida de nuestro vagón con una lista de nuestros nombres en la mano. Una vez comprobada nuestra identidad, se presentó: “Me llamo Gregorio, y soy el encargado de acompañaros junto a otros sacerdotes y ayudantes en este viaje hasta Sevilla. Ahora seguidme, chicos. Y mucho cuidado con perderme de vista. En caso de que eso ocurra, quedaremos citados en la cantina de la estación en espera del tren procedente de Madrid, donde nos incorporaremos a los alumnos que, como vosotros, se dirigen a nuestra Universidad Laboral. Vámonos y, repito, no os despistéis”.

»Aquel don Gregorio era un gran sacerdote con un carácter tan fuerte como su vocación, al que siempre recordaré por su trabajo dedicado a nuestra educación. Ya en la cantina, nos sirvieron una torta de azúcar y un café con leche. Mientras lo tomábamos, la conversación fue breve, impresionados por el cura, que para romper el hielo nos preguntaba cómo había sido el viaje y si nos había costado alguna lagrimilla separarnos de nuestra familia, mientras estaba atento al cartel de la pared donde se anunciaba la llegada del tren procedente de Madrid. “Vamos, chicos”, nos apremió el cura mientras nosotros, como polluelos y portando nuestro equipaje, ligero como una pluma, le seguíamos hasta el andén previsto para la llegada de nuestro tren.

—Abuelo, y ¿quién pagó la cuenta de la cantina?, porque no os escaparíais sin pagar.

—Pues no lo recuerdo. Pagaría el cura. Y tal como había anunciado, llegó el tren de Madrid.

—¿A su hora o con retraso, abuelo? —preguntó el nieto.

—Llegó puntual, como debe ser —contestó el abuelo, amante hasta el límite de la puntualidad.



**E**l tren correo de Andalucía, una vez parado, abrió sus puertas y como si se tratara de una invasión, los chicos salieron en tropel llenando el andén, la cantina, las letrinas y los bancos de hierro colocados junto a la pared de la estación bajo el reloj, donde algunos ancianos descansaban leyendo las últimas noticias publicadas en los periódicos, y los gorriones buscaban en el suelo algunas migajas de las tortas que se vendían en el bar. Todo el andén se llenó de chicos de diferentes edades procedentes de todo el país concentrados en Madrid, ocupantes de ese tren con destino Sevilla, mezclados con sacerdotes de sotana y alzacuellos, y ayudantes con traje oscuro colaborando con los sacerdotes, cuidando de aquella multitud de jóvenes que ese año cursarían sus estudios de diferentes ramas técnicas distribuidos en distintos colegios, donde los más pequeños, entre los que se encontraban mis paisanos y, por supuesto, yo, ocuparíamos el colegio de San Fernando, destinado a los alumnos de nuestra edad o que más retraso escolar traían de sus pueblos. La parada del tren en Aranjuez fue especialmente larga, y supongo que, siendo un tren especial para aquel regimiento de alumnos, debía de fletarlo la Universidad Laboral, y, posiblemente, con un horario flexible a la medida de sus necesidades. La cantina se había convertido en un hormiguero, con los alumnos entrando y saliendo, consumiendo todo lo que el bar podía ofrecer hasta agotar sus existencias.

—Abuelo, y con todos esos estudiantes que debían subir al tren después de la parada, ¿no se perdió ninguno?

—No —contestó el abuelo—, porque el sacerdote que nos había recibido nombraba en voz alta, después de anunciarse con su silbato, a cada uno de los alumnos que esperaban en el andén, a los que hacía pasar y ordenaba sentarse en el mismo lugar en donde habían llegado en su viaje desde Madrid. Una vez estuvimos todos dentro del tren, un silbido agudo nos anunció la salida, y desde las ventanillas, cientos de brazos extendidos decían adiós a nadie, pues después de embarcar nosotros la estación se quedó vacía. Al caer la tarde, nos repartieron unos bocadillos, fruta y unas botellas de agua a modo de cena. Lentamente anocheció y cesó el murmullo en los vagones, mientras los curas siseaban pidiendo silencio y respeto para los que desearan dormir, ya que el viaje a Sevilla sería largo. Y, de nuevo, el mismo olor a carbón usado como combustible por la locomotora, como no podía ser de otra manera en un tren correo. De nuevo, mi recuerdo, mirando a través del cristal de la ventanilla, voló a El Castro, y pensé: «¿Por qué no habrá una universidad laboral más cerca de mi pueblo?». Mientras mis compañeros dormían, yo observaba

en la noche la iluminación precaria y vergonzante de pueblos diminutos en los que, por serlo, no disponían de una estación en la que esperar un tren, ni siquiera un pequeño apeadero donde recibir al tren correo más humilde del mundo. En todos los vagones las luces estaban apagadas, y solo en los pasillos quedaban encendidas las de emergencia; una iluminación imprescindible para moverse de un lado a otro los curas durante su vigilia, que, mientras cuidaban a los que dormían, iban de un vagón para otro leyendo sin pausa su breviario.

—¿Y ellos no durmieron en toda la noche? —preguntó Marcelo.

—No, su obligación en el tren era velar el sueño de los que dormían y estar despiertos mientras durara el viaje.

—¿Y si les daba el sueño?

—Pues tendrían que pedir permiso a don Gregorio, como responsable de la expedición, para echar una cabezadita, pero esto sería en un caso de extrema necesidad. Cada pocos minutos el tren hacía una parada en una de las mil estaciones que completan el viaje hasta llegar a Sevilla. Según avanzaba la noche y nos acercábamos a Andalucía, la temperatura en el interior del tren iba aumentando, y yo, que me estaba estrenando en un viaje en tren, no quise perderme el amanecer. En breve el tren haría su entrada en la estación de Córdoba, y mis compañeros, así como el resto de los estudiantes, se iban desperezando a medida que la luz del amanecer inundaba el interior de los vagones, y mostrándome fuera un paisaje de olivares encaramados en una zona de montes, y fincas de ganado, con abrevaderos naturales de agua procedente de manantiales, que en algunos valles formaban pequeñas lagunas, en cuyas aguas se reflejaban las grandes casas de los dueños de la tierra. Y perdidas entre las jaras, las encinas y los olivos, emergían blancas de cal las humildes casas de los empleados, a las que se llegaba por unos caminos imposibles trepando laderas arriba. Nunca entendí cómo podrían labrar aquellas tierras, casi verticales, cuyos olivos se asomaban peligrosamente al vacío, y pensé: «¡Qué amor a la tierra deben de tener los campesinos para jugarse la vida, con su arado, labrando en semejantes torrenteras!». Después deduje que aquel riesgo solo podía ser afrontado por una necesidad de supervivencia.

»Y ya, con el sol recién nacido, llegando a la ciudad de Córdoba, la torre blanca de una iglesia moderna destacando sobre unos edificios nuevos, también blancos, llamó mi atención durante dos o tres segundos que tardó el tren en rebasarlos. Alguien, desde la ventanilla de al lado señalando aquellas construcciones dijo: “La Laboral; esa es la Universidad Laboral de Córdoba”. Aquella obra faraónica, teniendo en cuenta que España a duras penas estaba saliendo de la posguerra, llamó poderosamente mi atención.

—¿Pensaste que la Universidad de Sevilla a la que tú ibas sería así de grande como la que acababas de ver?

—Pensé que era un chico afortunado. Y de nuevo recordé a mi madre despidiéndome en la placeta de El Castro con una lágrima en sus ojos; a mi padre, galopando sobre su motocicleta por

la carretera polvorienta, como un nuevo Cid Campeador de aquella estepa castellana que era Vallehondo, camino de la ciudad mágica de Cuenca, para llegar a tiempo a firmar aquel papel, y a Pilar, la más pequeña de mis hermanas, agarrada a las faldas de mi madre, sollozando como si me fuera a la guerra.

»La parada en la estación de Córdoba fue breve, aunque después de una noche de viaje, los chicos, poco acostumbrados a viajar, deseábamos llegar a nuestro destino lo antes posible. Los asientos de madera hacían mella en nuestras posaderas.

—¿En dónde? —preguntó el niño.

—En el culo —contestó el abuelo—, que ya no sabían qué postura adoptar que no fuera incómoda. Pasado Córdoba, y a poca distancia de la ciudad, camino de Sevilla, frente a la ventanilla en la que me recreaba contemplando aquel paisaje apareció un castillo encaramado en lo alto de un cerro. Su imagen me regresó a mi infancia y a esos cuentos tradicionales que nos contaban a los niños a la hora de dormir. Cuentos antiguos de otro tiempo que, a pesar de serlo, seguían teniendo vigencia y aceptación entre los niños de mi generación.

—Esos cuentos debían de ser muy aburridos, ¿no, abuelo?

—Sí, claro; debían de ser muy aburridos, porque los contábamos a los niños para que se durmieran lo antes posible. Esos cuentos casi siempre se desarrollaban en un castillo, cuyos protagonistas eran príncipes, princesas y guerreros, brujas con manzanas envenenadas, gigantes malvados, cazadores de lobos, enanitos, Blancanieves y madrastras con muy mala leche.

—Abueelo... —dijo Marcelo, censurándole esa palabra.

—Perdona, hijo —se disculpó José Pedraza, y siguió nombrando—: cenicientas serviles hasta dejárselo de sobra, piratas e islas con tesoros escondidos. Mientras contemplaba el castillo durante el breve espacio de tiempo que el tren tardó en cruzar por delante y dejarlo atrás, pensé que ese castillo pudo en algún tiempo haber sido el escenario en el que se hubiera desarrollado una de esas historias para niños, y ahí estaba frente a mí, alzándose majestuoso en la cima de aquella montaña, recordándome un tiempo feliz, mientras en su ladera, un pueblo blanco se desperezaba para asomarse al río Guadalquivir, en su paso hacia la ciudad de Sevilla para, finalmente, ir a morir al mar. Alguien a mi espalda, al contemplar aquel pueblo, comentó: «Mira, Almodóvar del Río». Una curva en la vía me ocultó la visión de aquel castillo arrebatándome esos recuerdos de infancia.

—Vamos, abuelo —dijo Marcelo—, no te pongas triste recordando tu pueblo y sigue contándome cosas de tu viaje y de ese castillo al que, prométeme, un día me tienes que llevar a conocer. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, chiquitín.

—No me llames «chiquitín», abuelo, que ya soy grande.

—Bueno, perdona. Sí, un día iremos juntos a visitar aquel castillo, y aquella Universidad

Laboral en donde viví los años más felices de mi vida.

—Vale —concluyó el niño.

—Poco a poco fueron pasando frente a la ventanilla algunas construcciones de casas en unas zonas de huertos. Casas blancas con las puertas y las ventanas remarcadas de color albero. Unas naves bordeando un laberinto de vías férreas que se ensanchaban, se estrechaban y se cruzaban de una manera aparentemente anárquica, mientras el tren aminoraba poco a poco su velocidad. Alguno de mis compañeros gritó a mi lado: «¡La Giralda! ¡Aquella es la Giralda!». Y al fondo, destacando claramente por encima de un mar de casas de un blanco luminoso que reflejaba el sol de aquella mañana, el tren hizo su entrada en la estación de Córdoba.

—¿De Córdoba, abuelo? —preguntó Marcelo, pensando que al hombre le fallaba la memoria.

—No pienses que me equivoco —contestó el abuelo—. Es que, aunque se preste a error, la estación de ferrocarril de Sevilla a la que llegamos tenía ese nombre.

—¿De Córdoba?

—Sí, de Córdoba —dijo el abuelo, dejando patente su lucidez mental—. Una lluvia de sotanas invadía los andenes de la estación en espera del desembarco de los alumnos para ser transportados a la Universidad Laboral. La estación era un bullicio de voces mientras los curas imponían el orden entre los alumnos, que, nerviosos, esperaban tomar los autobuses que los llevarían a su destino, en los que procurarían ocupar sus sitios junto a sus compañeros de viaje, cuya primera amistad se prolongaría durante todo su tiempo de permanencia en el centro. Como si de un convoy militar se tratara, poco a poco Sevilla se fue quedando atrás, y una fila ingente de autobuses nos acercaban a la Laboral. Una inmensa avenida bordeada de cipreses, piceas y adelfas en flor marcaba la carretera de entrada a la universidad. A lo lejos, una torre de ladrillo rojo, a modo de giralda, nos daba la bienvenida, en una explanada en donde, con su agua cristalina, seis piscinas esperaban a los nuevos alumnos que llegábamos en aquel otoño, que en Sevilla todavía era verano.

—¿Y os dejaron bañar los curas en aquellas piscinas? —preguntó el niño.

—Pues claro, pero primero teníamos que instalarnos en nuestros colegios. Finalmente, llegamos a la plaza, y una vez recogido nuestro minúsculo equipaje, los curas nos indicaron los colegios, a los que, según el curso, nos correspondía ir, y una vez más mi destino iba paralelo al de mis paisanos de Cuenca, ya que a todos nos instalaron en el mismo colegio, lo que de alguna manera suponía un consuelo al llegar a un lugar extraño pero tan magnífico, el sueño imposible de un niño pobre que a mí me costaba creer que fuera real.

—¿Y tú eras pobre, abuelo? —preguntó curioso Marcelo.

—Claro que era pobre —contestó el abuelo—. En El Castro, recuerdo haber conocido a una sola familia rica, pero rica de verdad, dueños de las mejores tierras y las mejores casas del pueblo. Y ya, en segunda división, dos o tres familias, cuyos miembros decían ser herederos de

antiguas familias ilustres, cuyas palabras más presentes en su vocabulario solían ser «mi papá era...» o «mi abuelito tenía...», y se conformaban con presumir de lo que habían tenido y de lo ricos que habían sido sus antepasados.

—Pero ¿había equipo de fútbol en El Castro? —preguntó el niño.

—No entiendo esa pregunta —respondió sorprendido el abuelo—. ¿Cómo iba a tener equipo de fútbol un pueblo de cien habitantes?

—Te lo pregunto, porque tú me has dicho que había dos o tres familias en El Castro de segunda división —señaló Marcelo, cargado de razón.

El abuelo celebró con una carcajada la ocurrencia del nieto.

—Vamos a ver, ¿quién crees tú que es más importante en el fútbol? ¿Los equipos de primera o los de segunda?

—Los de primera —contestó Marcelo.

—Pues por eso yo comparaba los de «mi papá tenía» y «mi abuelito tenía», aunque ellos no tenían nada, con los de segunda —contestó categórico el abuelo—. ¿Me entiendes ahora? El resto de los vecinos del pueblo, incluidos esos, y excluyendo a la familia rica, éramos pobres. Casi todos los vecinos de El Castro lo éramos. De haber sido rica mi familia, no me habrían concedido a mí una beca para cursar mis estudios en la que bautizaron popularmente como «la universidad de los pobres».

—¿Así llamaban a la Universidad Laboral?

—Sí, aunque algunos ricos debieron de hacer trampas para conseguir el ingreso de sus hijos en aquel centro, tecnológicamente tan avanzado, porque no todos los alumnos eran de familias humildes. De hecho, un día un hombre de mi tierra residente en Sevilla, y enterado de que yo estudiaba en la Universidad Laboral, vino a visitarme. Después de una breve conversación y antes de despedirse, me dijo, con el lenguaje de Vallehondo que delataba su procedencia: «Ay, *jodío*, qué suerte tienes. Supongo que sabrás el privilegio que supone estudiar en esta universidad. Yo no he conseguido traer a mis hijos a estudiar en este colegio». Le pregunté por qué y me contestó, como lamentando su situación: «Porque soy rico».

Un cura, con su voz autoritaria, nos acompañó como a un rebaño, a través de un corredor kilométrico, al colegio en el que residiríamos, asistiríamos a las clases y donde, por primera vez, oiríamos hablar de un santo italiano llamado san Juan Bosco, familiarmente, Don Bosco, y también, el nombre de uno de sus alumnos modelo, llamado Domingo Savio, también santo, un alumno ejemplar; y María Auxiliadora, patrona de los salesianos, que serían los encargados de educarnos, cosa difícil modelar a unos chicos que, como yo, llegamos un tanto asilvestrados.

—Abuelo, santo Domingo Savio ¿respondía a su apellido o es que era muy listo? —preguntó el niño.

—Más que listo, debía de ser un chico buenísimo.

—Claro —dijo Marcelo—, porque era santo.

—Pues eso —dijo el abuelo—; y lo de Savio era su apellido real. Una vez nos asignaron las habitaciones que compartiríamos con otros cinco alumnos, cada uno fuimos colocando nuestras escasas pertenencias en un armario de uso personal; luego probamos el colchón de la cama comparándolo con el que usábamos en nuestra casa, y no tenía comparación.

—¿Cuál era la diferencia?

—Era más duro que el de nuestra casa. Nos quedaba solo esperar la llamada a golpe de silbato, para bajar al patio, orientar nuestra desorientación, deambulando como zombis por aquel espacio con suelo de tierra rodeado de unos jardinillos con adelfas.

—¿Adelfas? —dijo Marcelo—. ¿Sabes, abuelo, que esas plantas son muy venenosas?

—No —dijo temeroso el abuelo—, no lo sabía. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque lo leí en un libro de plantas que lo decía. Además, en el colegio adonde vamos mi hermana Leonor y yo nos enseñan cómo sembrar y cuidar un huerto y a conocer las plantas, y esa planta de la que me hablas no la nombran nunca, y ya te imaginarás por qué. Mira que en un colegio como esa Universidad Laboral, donde hay tantos niños, plantar adelfas... —concluyó el niño.

—Pues esa planta abundaba por todos los sitios —contestó el abuelo—. El día que llegamos, el cura, usando toda la fuerza de sus pulmones, tocó el silbato llamando para la cena. Nos enseñaron a formar una fila perfecta, y a subir ordenadamente las escaleras hasta la primera planta, donde se encontraba el comedor. «¡Silencio! ¡Silencio!», gritaba el cura, imponiendo su autoridad, y poco a poco el silencio iba apagando las risas, las palabras en voz alta, y los comentarios fuera de tono;

y, obedientes, fuimos ocupando, sin arrastrar las sillas, cada una de las mesas en donde nos servirían la cena.

—Pues, abuelo, en tan pocos minutos os enseñaron los curas más disciplina que durante toda vuestra vida en El Castro —comentó el niño.

—Pues sí —dijo el abuelo—, esa era su misión, y vaya si lo consiguieron. Entonces, subido a una silla, el salesiano encargado del orden nos dio la bienvenida y nos deseó la mejor de las suertes en esta nueva etapa de nuestra vida. Después de la cena, y tras un corto recreo, en el ancho pasillo central del colegio, el director, encaramado en su silla, nos dio un pequeño sermoncillo animándonos a seguir el ejemplo del santo italiano, finalizando la charla con algunas anécdotas sobre la vida de Don Bosco antes de marcharnos a dormir no sin antes realizar nuestra higiene personal. Algunos de los alumnos escondían una risilla como diciendo «¿esto es un colegio o un convento de frailes?». Después, bajo la vigilancia del cura, en cada una de las plantas del colegio llegaba la hora de dormir.

—Abuelo, ¿cómo sabía el cura que dormíais? —preguntó intrigado Marcelo.

—Nos observaban por la mirilla de cristal instalada en la puerta del dormitorio. Un dormitorio que compartiríamos seis compañeros a lo largo de todo el curso; las clases, el patio y el resto de las instalaciones con las que contaba el colegio. Durante la noche, el cura cuidaba del orden en nuestra planta paseando por el largo pasillo, yendo y viniendo mientras leía su breviario.

—¿Qué es eso?

—Un libro religioso. Al más mínimo ruido que escuchaba en una de las habitaciones, se asomaba a la mirilla de cristal, y si nos oía hablar, siseaba «silencio», para después continuar con su ronda por el pasillo hasta que todos los alumnos de la planta dormíamos. Aquel primer día, el silbato sonó como el toque de diana en un cuartel, a las siete de la mañana. Una vez terminado el aseo, la primera actividad del día fue bajar a la capilla y asistir a la misa. Después de un breve recreo, subir al comedor a desayunar, para posteriormente, y en un orden de fila riguroso, pasar por un mostrador en donde nos entregaron todo lo que necesitaríamos usar a lo largo del curso.

»Había que decidirse por una de las materias que se impartían en la Universidad Laboral, o, caso de no interesarte ninguna, en el mismo tren que habías llegado podrías hacer el camino de vuelta y volver a tu casa, cuya opción profesional, en mi caso, sería ejercer el oficio de albañil, como mi padre. Ante tal disyuntiva, por elegir algo, elegí electricidad y electrónica. Habría deseado que entre las posibles opciones a estudiar hubiera estado la música, o letras, que desde niño eran mi pasión.

—¿Y te dieron muchos calambres con la electricidad? —preguntó el niño.

—¿Por qué me lo preguntas? —repuso el abuelo.

Y Marcelo añadió, echándose a reír:

—¿Te acuerdas de aquella lámpara de porcelana que un día fabricaste para mí en tu taller de

cerámica?

—Claro que me acuerdo —contestó el abuelo—. ¿No te gustó?

—Sí, pero ¿recuerdas que casi me electrocuto del calambre que me dio al intentar encender la luz?

—No lo he olvidado.

Con esa respuesta a Marcelo le quedó bien claro que la «vocación» de su abuelo por la electricidad, y el tiempo empleado en la universidad en estudiar esa materia, fue un tiempo perdido.

—También fue un tiempo desaprovechado el dedicado a la electrónica, por la que tampoco sentí una vocación desmedida —prosiguió el abuelo—. A pesar de conseguir montar un televisor.

—¿Qué dices, abuelo?, ¿un televisor?

—Exacto; aunque la imagen dejaba tanto que desear, que lo único que conseguimos ver en la pantalla fue algo parecido a una niebla blanca que la hacía irreconocible. Tanto es así, que ese día retransmitían un partido de fútbol y no conseguimos reconocer ni qué equipos eran los que se enfrentaban, ni mucho menos reconocer la cara de ninguno de los jugadores.

—¡Todo un éxito, abuelo! ¡Todo un éxito! —proclamó con un aplauso el nieto.

—Aun así, conseguí mantener aquella beca durante siete años, hasta volver a Madrid, donde preparé mi ingreso en otra universidad, en cuyo examen de selectividad me premiaron con un notable, por lo que pude continuar mis estudios de ingeniería técnica, que, como buen estudiante, nunca terminé.

—Por cierto, abuelo, la luz de mi habitación no funciona —dijo el niño con cierta ironía.

La respuesta del abuelo no tardó en llegar:

—Busca un electricista que te la arregle. En todo caso, para no hablar solo de mis fracasos con la electrónica, te diré, querido nieto, que al menos conseguí fabricar una radio de galena.

—¿Una radio de qué?

—De galena. Pero no quisiera aburrirte explicándote en qué consistía esa radio. Solo que en ella pude llegar a sintonizar la emisora de Radio Sevilla.

—¡Eso sí que fue un éxito, abuelo! ¡Eso sí que fue un éxito!

—Dos días después de nuestra llegada comenzaron las clases. Los profesores que se encargarían de impartir sus asignaturas fueron apareciendo en las aulas. Un primer encuentro para tomar contacto con los alumnos que, sentados en los pupitres, escuchábamos atentos sus palabras haciéndonos nuestra particular ficha personal. Aquello no era ya la escuela del pueblo. Los profesores tampoco se parecían a los maestros de El Castro, más cercanos que estos catedráticos que, después de una selección exhaustiva, habían sido elegidos para impartir su cátedra en aquella Universidad Laboral. Yo seguía impactado por aquel colegio. Desde sus instalaciones deportivas, pasando por las aulas, los talleres y, desde luego, la disciplina a la que debíamos someternos,



llegando, como era mi caso, de una disciplina cero, cuya imposición, siempre a cargo de mi madre, solo consistía en una amenaza que nunca se cumplía: «Cuando venga tu padre...».

»Aquellos primeros días en el colegio fueron muy duros para mí. El recuerdo de mi familia era más fuerte que todo lo maravilloso que podían ofrecerme sus instalaciones. Sus piscinas donde aprender a nadar de la mano de un profesor de gimnasia, mis paseos por Sevilla junto a mis compañeros de clase, siempre vigilados y acompañados de un educador, mi incursión en el manejo de los remos navegando el canal de la plaza España, dando vueltas y vueltas hasta agotar el tiempo del ticket, o mis bocadillos de calamares en Los Baturrones, aquel bar de la calle Sierpes, junto a Casa Damas, la tienda de música, en cuyo escaparate me quedaba mirando aquella guitarra eléctrica con vibrato, que era una novedad y que nunca podría ser mía.

—Esa guitarra es preciosa —dijo el niño—. Y, por cierto, abuelo, cuando tú te mueras, me la pido.

—Bueno —contestó el abuelo—, antes tendrás que aprender solfeo, como hice yo. Sentía una gran soledad después de las clases durante el recreo vagando por el patio, añorando el lugar de donde había llegado, mientras los alumnos veteranos, como si se tratara del barrio de su pueblo, disfrutaban ajenos a nosotros, a quienes la tristeza nos ocasionaba un llanto que yo escondía para no ser descubierto y provocar su burla. Mi único consuelo en aquellos días eran las cartas de mi madre, en las que me animaba contándome las cosas que pasaban en El Castro, sabiendo que me harían reír. Otras veces me mandaba en una caja de cartón galletas hechas por ella, sabiendo lo que me gustaban.

—Y ¿cómo llegaban las galletas desde el pueblo hasta Sevilla en una caja, después de haber recorrido media España? —preguntó el niño.

—Pues te lo puedes imaginar. A pesar de la protección de papel y más papel, llegaban irreconocibles, exceptuando su sabor, que sí lo conservaban, e incluso convertidas en migas, su olor me transportaba a mis momentos más festivos vividos en familia —contestó el abuelo—. Por supuesto, yo, al acusar recibo del envío, escribía: «Madre, las galletas han llegado muy bien, como si las acabaras de cocer», suponiendo que mi madre, aun sin creerme, se alegraría de su habilidad para enviar paquetes al colegio, con lo que en varias ocasiones repetía los envíos, convencida de que llegarían en perfecto estado a su destino.

»El contacto con otros compañeros me proporcionó la compañía que necesitaba para compartir los juegos, las salidas a Sevilla en los fines de semana y aquellos en los que encontré esa afinidad en la música que nos uniría durante todos los años que pasé en aquella universidad. Cada curso fui salvando mi beca para alegría de mis padres, lo cual significaba que un año más me iba acercando a mi meta; aunque no excesivamente ambiciosa, para mí, que no era precisamente un lumbreras, conseguir sacar adelante cada curso era un logro que me incentivaba para seguir adelante. Aunque debo decir que en ningún curso aprobé todas mis asignaturas en junio, lo que me obligaba a

presentarme en septiembre a dos pendientes. Matemáticas y otra, pero siempre matemáticas. A aquel profesor bajito con gafas y el pelo ensortijado pegado a una cartera de cuero, desproporcionada en tamaño con el de su dueño, lo recordaré siempre como mi mayor pesadilla de aquellos años. Incluso a mi edad, todavía aparece en mis sueños riéndose maliciosamente mientras anotaba en mi tarjeta de notas un suspenso.

—Y ¿cómo se llamaba aquel profesor, abuelo?

—No me acuerdo. Pero era mentira. Aquellos suspensos significaban volver cada septiembre a hacer el viaje desde El Castro hasta Sevilla, algo que suponía un gasto para mis padres y que, una vez presentado y aprobados aquellos dos suspensos, para celebrarlo me gastaba el dinero de la vuelta en una pequeña fiesta con mis compañeros que estaban en Sevilla por el mismo motivo que yo. Para el regreso a El Castro recurría a hacer autostop. Los conductores en aquella época paraban casi siempre y te llevaban hasta el punto que te conviniera y que les viniera de paso ellos. Recuerdo un año que haciendo dedo en la carretera cerca del aeropuerto de San Pablo en Sevilla me paró un americano de la base aérea. Un tipo grandullón que me llevó unos cuantos kilómetros. Durante el trayecto no paró de masticar pastillas de tabaco. Cuando se le agotaba la pastilla, la escupía por la ventanilla y la sustituía por otra, con lo que el aire devolvía parte del mensaje al interior del coche, salpicando su camisa y también la mía.

—Me parece que ese americano era un poco guarro —dijo el niño.

—Sí, hijo, era tan desagradable que en un momento de inspiración le pedí que me dejara en la próxima gasolinera, contándole que había quedado citado con un amigo, y allí me dejó. Después llegó un camionero para repostar gasolina, y al pedirle si me podía llevar, sin preguntarme adónde iba, ni dudarle un momento, me dijo: «¡sube!» y me llevó hasta un pueblo de La Mancha. En una viña junto a la carretera paró el camión y me dijo: «Espérame un momento que voy a coger unas uvas para llevar a casa», ya que estábamos en otoño y en La Mancha era la época de la vendimia. «Si quieres una cerveza», me dijo mientras se perdía entre las cepas con su cesta de mimbre en la mano, «en la parte de atrás de la cabina hay una neverilla». Después de llenar su cesta de uvas, continuamos viaje y me dejó en un pueblo que yo no conocía. «Aquí te dejo, chaval», me dijo, «yo sigo viaje en otra dirección». El camionero se fue y yo me quedé solo en la plaza de aquel pueblo, esperando que alguien me informara de un coche de línea que pasara cerca de El Castro. Una mujer asomada a la ventana de una casa en la plaza de la iglesia, al verme allí tan solo, bajó a la calle y, al preguntarle, me contestó: «Yo te lo diré, muchacho, pero antes de irte de este pueblo quiero que veas la imagen más hermosa que existe de nuestro Padre Jesús de Nazareno. Es una talla del siglo dieciocho, y ya quisieran algunos Cristos de los que salen en las procesiones de la Semana Santa de Sevilla». Me picó la curiosidad y le dije que quería ver esa talla antes de seguir mi viaje. Ella me llevó al convento de Las Nazarenas en donde se encontraba la imagen de ese Cristo, que ciertamente me impresionó, pues al mirarlo a los ojos me pareció escuchar su voz:

«¿Adónde vas tan solo?». Después agradecí a la mujer que me mostrara aquella imagen. «Y ahora», le dije, «tengo que llegar a El Castro, y no sé cómo hacerlo desde aquí».

—¿Y de verdad escuchaste al Cristo decir eso? —preguntó Marcelo, interesado en tal milagro.

—En la soledad, uno llega a escuchar eso que necesita oír para sentirse menos solo —contestó el abuelo—, y yo, admirando la belleza de aquel Cristo, creo que lo escuché. Aunque ya sabes que a menudo, al hacerte mayor, vas olvidando algunas cosas, y después de mi encuentro con la mujer de aquel pueblo, no he conseguido acordarme por qué medio llegué a El Castro.

—Pues sería haciendo lo que habías hecho durante aquel viaje desde Sevilla, autostop —contestó el niño—. Pero entre el cansancio del viaje y la cerveza de la neverita, que ya serían dos, mientras el camionero se fue a por uvas, se te subieron a la cabeza y olvidaste hasta el lugar donde te encontrabas, y te pareció que el Cristo te hablaba.

—Solo tomé una.

—¿Una?

—Bueno, serían dos —dijo el abuelo—, ya no me acuerdo.

—Ya, ya, claro —remató el niño.

—Con el tiempo, me fui acostumbrando a la disciplina impuesta por los curas —continuó el abuelo—. A las misas de las siete de la mañana y a las anécdotas palpitantes de la vida de Don Bosco, que, encaramado en su silla en el pasillo central del colegio, cada noche el cura ponderaba como un ejemplo a imitar, así como al alumno perfecto Domingo Savio. Pero algunos alumnos, menos o nada creyentes, criticaban a los curas, argumentando que aquel colegio, en el que ingresaban alumnos de otras ideologías y religiones distintas, obligaba a los estudiantes a participar en cada actividad religiosa que proponían aquellos, y ponían como ejemplo, en su defensa, a las Universidades Laborales Laicas, que también las había en España. Yo, por mi parte, viendo a mis padres felices de haber conseguido aquella beca de estudios, lo último que debieron de pensar fue si aquella Universidad Laboral era dirigida por curas o por seculares; lo único que pensaron fue el privilegio que suponía aquella beca para un chico de pueblo, sin posibilidad de pagarse sus estudios, que de no haber sido así, se vería condenado a conformarse con aceptar lo que un pueblo de cien habitantes podía ofrecerle. Era cierto que en aquel centro, como en cualquier colegio regido por sacerdotes, la captación de alumnos para seguir su mismo camino al seminario era un hecho del que no se libraban los más jóvenes, que, dejándose llevar por los hechos ejemplarizantes de los santos, ponderados por los curas y tratándose de alumnos de una personalidad frágil y una edad temprana, llegaban a pensar en la posibilidad de seguir el camino marcado por sus educadores. Yo mismo, en mi primera etapa del colegio, con quince años y con una ingenuidad de chico de pueblo, fácilmente moldeable, sentí en algún momento ese intento de captación por parte del director de mi colegio, y tal vez hubiera sido una presa fácil de no haberse cruzado en mi camino una chica de mi edad, con la que me encontré un día paseando por Sevilla.

—¿No sería esa modistilla de la que hablas en una canción, abuelo? —preguntó el niño.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Pues porque conozco tus canciones, y aunque, como tú sabes, prefiero a Metallica, esa canción de la modistilla de la que fuiste novio a mí me gustaba bastante.

—Pero esa chica no es a la que me refería —contestó José Pedraza.

—Y ¿a cuál te referías?

—A esa edad, los fines de semana, los chicos, acompañados por un educador, salíamos de paseo por la ciudad. Aquel día, casualmente, un colegio de chicas que estaban de paso por Sevilla paseaban, al igual que nosotros, por el parque de María Luisa acompañadas por una monja. Y surgieron las miradas, y las risas, y un acercamiento deseado por ellas y por nosotros, y yo diría que también por el coadjutor y la monja que las acompañaba, que se saludaron; se detuvieron y hablaron mientras nosotros entablábamos un rápido contacto con las chicas. En vista de que nuestro educador y la monja estaban entretenidos charlando, nosotros pensamos en pedirles permiso para pasear con ellas esa tarde sin su compañía, de esa forma también ellos podrían hablar tranquilos en aquel lugar idílico como era el parque de María Luisa. No comprendimos qué razón convenció a los religiosos, pero aceptaron nuestra petición de pasear solos con las chicas durante toda la tarde, eso sí, con la condición, impuesta por la monja, de que las chicas deberían estar en la residencia a una hora marcada por ella; allí dormirían esa noche para al día siguiente regresar a su ciudad de nuevo. Esa tarde sentimos una cierta mayoría de edad y, por parejas, nos fuimos dispersando por el parque, por sus rincones románticos, bajo las buganvillas, sentados en un banco junto a un pequeño estanque con nenúfares o, como en mi caso, remando en una de las barcas del estanque en la plaza de España.

»Recuerdo que la chica tenía una belleza sorprendente y una mirada que lo traspasaba todo. Esa tarde, todavía la recuerdo como uno de esos momentos mágicos que el corazón nunca quiso olvidar. El sol se fue apagando mientras Sevilla encendía las farolas de sus calles. Llegó la hora maldita marcada por la monja y ella se puso triste. No entendíamos que en solo unas horas hubieran emergido del corazón tantos y tan tiernos sentimientos entre los dos, hasta entonces desconocidos. Pero así fue. Al llegar a la residencia en donde se quedaría esa noche, nos despedimos, yo con una tristeza adolescente y ella tratando de contener un llanto que finalmente quiso emerger de sus ojos sin pudor, mientras nos dábamos un beso blanco. En la esquina de la calle, el educador esperó a que todos los chicos volviéramos después de habernos despedido de las chicas y regresamos a la universidad.

—Abuelo, ¿cuántos años tenías entonces? —preguntó Marcelo, emocionado con la historia tan romántica que le acababa de contar su abuelo.

—Unos dieciséis o diecisiete.

—¿Y la chica guapísima de una belleza sorprendente? —preguntó con cierta sorna.

—Más o menos, los mismos que yo.

—Por eso, abuelo, después de conocer a aquella chica los curas no lograron que te hicieras cura.

—No, aquella chica era demasiado guapa. También en El Castro, cuando dejé el pueblo, había quedado alguna chica esperando mi regreso en las vacaciones. Como ves, lo mío no era precisamente el celibato.

—Y ¿qué es el celibato, abuelo?

—Pues no estar casado.

—O sea que no —dijo el nieto con cierta picardía.

—No.

—Me parece, abuelo, que con las chicas no eras tan tímido como siempre nos dices.

—Pues sí lo fui, siempre. De hecho, en las clases y en el trato con mis profesores, recuerdo que nunca conseguí dominar los nervios que para mí suponía el salir a la pizarra a resolver un problema. Incluso todavía sigo dominado por ellos cada vez que, por circunstancias, tengo que hablar en público.

—Pues, abuelo, yo te he visto hablar en público muchas veces y no me parecía que estuvieras nervioso —dijo el niño.

—Pues si me vieras cómo estoy por dentro.

—¿Cómo estás?

—Temblando como un flan. Sin embargo, fue mi pasión por la música, tal como en mi infancia, la que me aportó cierta seguridad, hasta el punto de ser seleccionado para formar parte de la tuna universitaria.

—¿Qué es una tuna universitaria? —preguntó Marcelo.

—Es un grupo de músicos universitarios que interpretan canciones populares para rondar a las chicas, o actúan en lugares para ganarse un dinerillo para cubrir sus gastos; allí fue de nuevo el laúd el instrumento que me acompañó durante todos mis años de tuno. Me dio la oportunidad de participar en varias actuaciones en Sevilla, dejar por unas horas la clausura del internado y disfrutar de un tiempo de libertad; a la vez, cosechaba algún que otro aplauso en las residencias de chicas, que, escuchándonos desde las ventanas de sus habitaciones, en camisón y agradecidas por la ronda que les habíamos dedicado, descolgaban desde sus ventanas cajetillas de tabaco y coca-colas dentro de un cubo de plástico, mientras los tunos les cantábamos hasta ver cómo se apagaban las luces de sus dormitorios, momento en el que nos despedíamos con una cancioncilla a nuestra medida: «Se van, se van, se van, los de la Uni ya se van», hasta volver la esquina de la calle. Entonces era el momento de dejar dormir a los vecinos y regresar a la universidad, felices de haber compartido una ronda con las chicas más guapas de Sevilla. Otras veces, la tuna era solicitada por alguna celebridad del cine o el cabaret.

—¿Qué es el cabaret?

—Una sala donde los artistas cantan, bailan y a veces suelen actuar ligeros de ropa.

—¿Desnudos, abuelo?

—No, eso es otra cosa. Simplemente divierten a su público de paso por las ciudades con sus espectáculos. Entonces la tuna se trasladaba al teatro donde debutaba la estrella, o al cabaret donde cantaba, que con un poco de suerte no tenía más de media entrada, y los de la tuna colaborábamos a animar el local, solo a cambio de un beso y una foto con la estrella que actuaba ese día.

—Abuelo, ¿cómo saben los besos de las estrellas?—preguntó el niño.

—Pues ya hace mucho tiempo que no he besado a ninguna —contestó el abuelo—, pero entonces sabían a pintalabios, eso sí, de escasa calidad. Después de haber animado el ambiente, volvíamos de regreso a la universidad, de madrugada y con alguna copa de más. Fue entonces cuando un compañero de la tuna me empezó a enseñar algunos acordes en la guitarra. Y aunque me parecía imposible, con tan escasos conocimientos musicales, empecé a escribir mis primeras melodías, seguro de que nadie entendería eso que yo había escrito, solamente yo. Y allí, en la oscuridad del cuarto para guardar las escobas que las mujeres de la limpieza utilizaban, dotado de una acústica natural sorprendente, en mi tiempo de recreo yo me encerraba a interpretar con mi voz, acompañado con la guitarra prestada de mi amigo, esas melodías escritas de una manera totalmente artesanal, buscando qué nota musical correspondía a cada sonido emitido por mi voz. Un día, conseguí grabarme en un casete acompañado de la guitarra; era una melodía que muy precariamente había conseguido escribir en la hoja de uno de mis cuadernos de clase. Mi sorpresa al escuchar mi grabación fue increíble. No reconocía como mía la voz que acababa de escuchar, y respecto a mi melodía, pensé que necesitaría acoplarle una letra para convertirla en canción. Fue mi primera canción, a la que titulé «Niebla». Entiendo que el título no era el más afortunado, ya que estaba escrita en Sevilla, la ciudad de la luz, ni poseía un gran valor literario, así que seguiría esperando escribir algo mejor algún día. Aun así, después de grabarla y escucharla en mi casete, intuí que mi futuro no estaba en la electricidad ni en la electrónica, sino, tal vez, en la música. A partir de entonces, con una pasión incontrolable y con ese mismo método, imposible de leer excepto por mí, dediqué tanto tiempo a la música como a mis estudios para los que me habían concedido mi beca, una beca que, por encima de todo, debía conservar.

—Y ¿cómo te sentiste al conseguir escribir una canción, abuelo?

—Supe entonces que mi verdadera vocación sería la de compositor musical.

A mis diecisiete años ya había superado dos cursos, como siempre, con unos penosos aprobados, y me habían cambiado de colegio a uno correspondiente a mi curso y a mi edad. Seguía escribiendo canciones, y guardándolas escritas en mi cuaderno, que desde ese momento sería mi archivo secreto, y después de grabadas en mi casete y escucharlas, les daba mi calificación personal, confieso que casi siempre generosa. En mis paseos de fin de semana por Sevilla, mi visita inevitable era a esa tienda de música en la calle Sierpes. Allí, desde su escaparate me llamaba, mírame, y yo la miraba y soñaba un día en que fuera mía. Era una guitarra eléctrica, para mí, inalcanzable, ya que mi economía era escasa para precio tan alto.

«Ya veo que habéis recibido mis notas de este mes», escribía yo en la carta a mis padres, “y como veis han mejorado con respecto al mes anterior, salvo las matemáticas, que no hay forma de que este hueso de profesor me las apruebe”.

—Por lo que veo, abuelo —dijo el niño—, no parece que fueras una lumbrera en los estudios.

—Pues llevas razón —dijo el abuelo—. Y es que cuando uno llega vacío de todo conocimiento a un colegio, en el que se da por hecho que vas preparado, no hay manera de levantar cabeza, y pasa lo que pasa.

—Claro, abuelo, pasa lo que pasa —asintió el niño sin ningún conocimiento de qué era lo que pasaba.

Y continuando la carta, el abuelo, y en eso sí era un experto, daba las vueltas necesarias a sus planteamientos para conseguir lo que pretendía. «Por cierto, madre —seguía diciendo en su carta —, a mi edad hay algunos alumnos a los que los curas les permiten fumar, eso sí, solo con permiso de sus padres, y siempre de forma comedida, y una vez con el debido permiso, ponen sus nombres en el tablón de anuncios de la sala de juegos del colegio, y de ese modo pueden fumar sin ser sancionados por los curas. A mí me gustaría contar con vuestro permiso para hacerlo, pero, eso sí, sin abusar, entre otras cosas porque, como bien sabéis, mi paga me queda siempre un poco escasa. Espero vuestra respuesta y os mando todo mi cariño como siempre, para vosotros y para mis hermanas. Un beso.»

—Y mi carta volaba hacia El Castro esperando su respuesta a mis peticiones, que no tardaría en llegar. «Autorizo a mi hijo José Pedraza Salinas para que pueda fumar, siempre que ustedes no lo consideren excesivo. Un saludo. El padre.»

—Hay que ver, abuelo, ¿no os decían en el colegio que el tabaco perjudicaba la salud?

—Sí, pero la responsabilidad era de nuestros padres —contestó el abuelo.

—El morro que le echabas —dijo el pequeño, sorprendido de las artes de José Pedraza para convencer a su padre.

—Claro; también mi padre fumaba, y yo estaba orgulloso de parecerme a mi padre.

—Chantajista, abuelo, eras un chantajista —dijo el niño, que aún no daba crédito a la picaresca de su abuelo.

—¿Por qué dices que vaya morro que tengo? —protestó este—. Como ves, no hice nada sin el correspondiente permiso de mis padres, así que, al día siguiente de recibir la respuesta positiva, la lista de los autorizados a fumar en la sala de juegos aumentó con mi nombre. Ese día compré una cajetilla de Celtas cortos, y a lo largo del día me la fumé entera, sin que ningún cura me dijera lo perjudicial que podría ser para mí. Mi consumo de cigarrillos siempre estaba en función del dinero del que disponía. Respecto a mi insinuación, muy velada, sobre el aumento de mi paga, no hubo respuesta por parte de la familia, y entendí que el trabajo de mi padre posiblemente debía andar un poco flojo.

»Aquel curso terminó, como siempre, con algún suspenso, aparte de las consabidas matemáticas. Aquel verano, en El Castro, lo pasé estudiando mientras veía desfilar frente a la ventana de mi habitación las chicas que, en otros veranos, habían sido mis parejas amorosas, carretera abajo, carretera arriba, hasta oscurecer, y nos cobijábamos bajo el olmo del mirador, aprendiendo los primeros juegos del amor, esos que nunca nos había enseñado nadie y que tuvimos que aprender nosotros solos.

—Y ¿cómo eran esos juegos del amor, abuelo?

—Mejor que contártelo, es preferible que tú lo descubras cuando llegue ese momento —contestó el abuelo—. La preocupación por mis exámenes me hizo perder algún kilo de peso, a la vez que el contacto con alguna de esas chicas, que, cansadas de pasar frente a mi casa, dejaron de hacerlo pensando que mi nueva vida de internado me había cambiado y despreciaba su compañía de otros veranos. Pero nada más lejos. Ese verano las eché de menos. En septiembre llegó mi viaje a Sevilla, mis exámenes, y una nueva ocasión para encontrarme de nuevo con mis compañeros de clase, que corrían con las matemáticas la misma suerte que yo, nerviosos como yo, y hablando pestes de aquel profesor de matemáticas, bajito, con gafas de culo de vaso, de pelo ensortijado y mala leche, pegado a su eterna cartera de cuero que le hacía parecer todavía más pequeño.

—Y ¿cómo se llamaba, abuelo? —preguntó el niño.

—Te advierto, Marcelo, que me quedo con las ganas de decir su nombre, pero prefiero respetar la intimidad a la que personas como él no deberían tener derecho.

—Anda, abuelo, dime su nombre —insistió Marcelo.

—No —respondió el abuelo—. Si me lo permites, prefiero olvidarlo. Fueron dos días de



exámenes de una tensión imposible de ser descrita por mí, cuyos resultados fueron publicados en el tablón de anuncios junto a las aulas. Leí: «José Pedraza. Física, suficiente; Tecnología, notable; Matemáticas, suficiente». Leí varias veces el suficiente de matemáticas, «suficiente, suficiente». Me acordé de mis padres y me alegré por ellos, y por mí, y agradecí al profesor su generosidad, hasta el punto que me empezó a parecer menos bajito, sabiendo que de él, y solo de él, dependía mi continuidad en el disfrute de aquella beca. Curiosamente, todos los alumnos presentados a exámenes aprobamos todas las asignaturas. Entonces acordamos en cónclave celebrar una fiesta en la piscina Sevilla, tomar cerveza hasta gastarnos todo el dinero de todos, y regresar a dedo como otras veces. De nuevo en casa, aún me quedaba un tiempo, aunque breve, antes de empezar el nuevo curso, y mi primera salida de casa fue mi encuentro con las chicas y con mis pocos amigos.

»Las vacaciones fueron demasiado breves. Cuando regresé a la universidad, por aquel tiempo, la música de los Beatles y los Rolling Stones lo inundaba todo, así como la música italiana y francesa. Su influencia entre la gente joven nos llevó a formar nuestros propios grupos musicales. Los curas, atentos a este fenómeno musical, optaron por apoyarnos cuando cinco alumnos, entre los cuales me encontraba yo, decidimos crear un grupo musical que se llamaría Lunatic Boys.

—¿Muchachos lunáticos? —intervino el niño.

—Sí, muchachos lunáticos —contestó el abuelo—; ya veo que tus años en Boston te sirvieron de algo —añadió, tratando de reanudar su historia—. No solamente no se opusieron a esta idea, sino que colaboraron facilitándonos un local en donde ensayar, y una batería, ya que carecíamos de un instrumento tan voluminoso. El grupo estaba formado por batería, bajo, guitarra eléctrica, guitarra de punteo y cantante. Las voces correspondía hacerlas a cualquiera de los cuatro, según las necesidades, aunque podríamos haber incluido en nuestro repertorio alguno de los temas escritos por mí, pero mi timidez pudo más que mi osadía, y no lo hice. Para no ocupar nuestro tiempo de estudio, decidimos ensayar uno de los días del fin de semana, incluso, sacrificando nuestra salida a Sevilla con las chicas. Recuerdo que una de las canciones estrella de nuestro repertorio era «House of the Rising Sun», del grupo The Animals, cantada por nuestro cantante, un chico catalán con una gran voz, que daba un toque de modernidad con su aspecto físico, luciendo un pantalón campana que era la envidia del grupo, ya que estaba de plena moda. En tanto llegaba una guitarra mejor, como la que vendían en la casa de música de Sevilla, yo usaría mi ancla eléctrica, una guitarra con forma de ancla hecha por mí en la carpintería de la universidad que no dejaba de sorprender por lo novedoso de mi diseño, pintada de un azul brillante, cuyo final, en uno de esos viajes en tren, a uno de los viajeros le gustó, y por el módico precio de cincuenta pesetas se la vendí. Y no sabes cómo me arrepiento. Daría cualquier cosa por recuperarla. Después vendría la Invicta, y su lugar, en el escaparate en donde se exhibía en la tienda de música Casa Damas, quedó vacío y yo pasé a ser su dueño. Era una guitarra eléctrica con vibrato, muy

querida por mí, ya que me la regaló mi padre con el sueldo de un mes de su trabajo. Fue un tiempo feliz, la música lo llenaba todo y proliferaron los grupos musicales, no solamente extranjeros, sino españoles, como Los Estudiantes, Los Relámpagos, los Brincos, Los Pekenikes, los Bravos y muchos más.

—Abuelo, ¿qué grupo de música de todos los que sonaban entonces te gustaba más?

—Los Beatles —contestó el abuelo sin dudar—, y después, los Rolling Stones. Eran la novedad en la música, a cuyo sonido no estábamos acostumbrados, al igual que en la forma de vestirse, en su pelo cortado a lo tazón, eran únicos; tanto es así, que el fenómeno Beatles mereció la atención de los curas, y también ellos lo estudiaron tratando de encontrarle sentido al hecho de convertirse en un acontecimiento mundial. Y a pesar de que en la Universidad Laboral estaban muy atentos a nuestro corte de pelo, mandándonos a la peluquería cuando nos pasábamos de largo, en el caso de vernos peinados con el mismo estilo que ellos, no fue motivo de crítica, y lo aceptaron como una modernidad de la que ellos consentían en formar parte.

—Pero, abuelo, supongo que ellos, los curas, no se dejarían crecer el pelo como los Beatles. ¿O sí? —preguntó el niño.

—No, pero podría asegurar que les habría encantado hacerlo de no haber sido curas, pues su forma de educar no era nada mojigata, más bien eran abiertos a las nuevas tendencias, tanto en la música como en su comportamiento tan cercano con los alumnos. Cada año, de acuerdo con el curso y la edad, nos cambiaban de colegio.

—Y cuando te cambiaron de colegio, ¿qué edad tenías, abuelo?

—No lo recuerdo exactamente, pero creo que, a juzgar por la libertad que nos iban concediendo los curas, tendría unos dieciocho años. A esa edad, los curas dejaban de acompañarnos en nuestras salidas por Sevilla los fines de semana, lo que nos hacía sentirnos dueños de una cierta independencia. Organizábamos fiestas con las chicas en sus casas cuando sus padres habían salido a pasar su fin de semana fuera de Sevilla. Bailábamos, bebíamos, nos enamorábamos y a veces nos olvidábamos de que éramos internos, y en alguna ocasión perdimos el autobús de regreso a la universidad, lo que obligaba al organizador de la fiesta a devolvernos al colegio antes de que el cura nos echara de menos. Un día, los componentes del grupo musical decidimos asistir invitados a una fiesta organizada por uno de los alumnos, compañero de clase, residente en Sevilla, el cual había prometido a las chicas la asistencia de un grupo de música de la universidad llamado The Lunatic Boys. Pensamos cómo hacer para llevar a la fiesta nuestros instrumentos y cómo salir del colegio sin ser vistos por el cura que esa noche vigilaría los dormitorios.

»Transportar la batería que teníamos en el local de ensayo era imposible, pues debíamos meterla en un coche pequeño como el que usaba el compañero externo que vendría a recogerlos a la hora fijada y del que dependería el traslado. Por eso decidimos prescindir del bombo, imposible por su tamaño, y llevar solo los platos con sus soportes. No habría problema en llevar

cada uno de nosotros nuestras guitarras, pues no ocuparían demasiado espacio en el coche. Solo quedaba por resolver el amplificador para el sonido de los instrumentos y el micrófono para el cantante; todos coincidimos en llevar el amplificador y el micrófono de la capilla. Finalmente, teníamos que fijar la hora de salida de la universidad cruzando los campos de deportes hasta la entrada, en cuya caseta, el guarda seguro que estaría ya dormido, y llevando cada uno de nosotros su instrumento, y el cantante, el amplificador y el micrófono de la capilla, que, como sabíamos, por la noche se quedaba abierta, por si algún místico sufría un ataque de devoción y necesitaba con urgencia su diálogo directo con Dios. —Risas del grupo—. Fijamos la salida a las doce de la noche, hora en que los estudiantes duermen profundamente; nuestra única precaución sería poner una almohada en la cama, arropada con las sábanas, y buscar el momento en que el cura que vigilaba durante la noche no pudiera vernos salir. La cita sería en el pasillo junto a las aulas. A la hora indicada, fuimos apareciendo los componentes del grupo, cada uno con su instrumento. Una vez reunidos, salimos del pasillo junto a las aulas, y empezamos nuestra travesía campo a través, paralelamente a la autopista de acceso a la universidad. A veces mirábamos hacia atrás controlando si alguien nos seguía, nerviosos como primerizos, conscientes del peligro de expulsión que estábamos corriendo, mientras buscábamos a lo lejos las luces del coche que nos esperaba para llevarnos hasta Sevilla. Cansados de la travesía de aquel desierto, saludamos a nuestro compañero y subimos al coche, que en unos segundos desapareció. Al llegar a la casa en la que se celebraba la fiesta, los asistentes aplaudieron la llegada de los músicos, que en pocos minutos de montaje hicimos sonar nuestras guitarras eléctricas, acompañando a nuestro cantante en una de sus canciones favoritas en inglés.

—Y ¿qué canción era, abuelo? —preguntó el niño.

—Pues «The House of the Rising Sun», ya te lo he dicho antes. Y en español, «La casa del sol naciente», del grupo The Animals.

—¿Y la cantabais en inglés, abuelo?

—Sí, claro, el cantante sabía inglés.

—¿Y tú? —preguntó con cierta malicia Marcelo, que lo único en inglés que le había escuchado decir al abuelo era «In the garden is a flower», provocando sus risas y, en ocasiones, las de su hermana Leonor, algo mayor que él, cuya perfección en el inglés era envidiable.

—El aplauso de las chicas en la fiesta al escuchar nuestros primeros acordes fue inenarrable, lo que al grupo nos hizo crecernos en la que, claramente, se presentaba como nuestra gran noche. Las parejas se abrazaban bailando si las canciones eran baladas, pero cuando sonaba rock, twist, pop o cualquier otra música importada de América o Inglaterra, se desataba la locura, mientras los vecinos golpeaban las paredes protestando por esa música endiablada a la que no estaban todavía acostumbrados. Nosotros esperábamos que nos llegara el turno de descansar, tomar una copa y bailar también, solo que con música de disco. La fiesta se prolongó hasta altas horas de la

madrugada. Las parejas, cansadas de bailar y saciadas de beber, ralentizaban su baile, y algunas se dejaban caer sobre los sillones, incapaces de seguir bailando. Era la hora de recoger los instrumentos y volver a la Universidad Laboral. Después de anunciar el final de la fiesta, el organizador preparó su coche para emprender el camino de vuelta.

—Imagino el miedo que llevaríais al volver a la universidad sabiendo que alguien os podría descubrir —dijo el niño.

—Miedo no, pánico —contestó el abuelo, pensando que aquella falta era suficientemente grave como para ser expulsados—. La luna brillaba en un cielo raso, nada propicio para ocultar nuestra llegada al colegio. Eran las cinco de la madrugada cuando, a punto de tomar la autopista que llevaba a la torre de la universidad, la luz de un coche desde el fondo hacía señales ordenando la parada del nuestro. Asustado el chofer, giró ciento ochenta grados, dejó la autopista y tomó la carretera que bordeaba toda la universidad. El coche que esperaba en la entrada arrancó su marcha dispuesto a alcanzarnos y el conductor de nuestro vehículo emprendió una marcha casi suicida hasta tomar distancia suficiente al que nos perseguía, apagar las luces, desalojar su carga y arrancar, a oscuras, ya libre del grupo y perseguido por el auto de la universidad.

—Mira, abuelo —dijo Marcelo—; no sé si es verdad lo que me estás contando, o es una película de ladrones.

—Pues es las dos cosas —contestó el abuelo—. Todo es verdad, y tiene mucho que ver con una película de ladrones, pues todo el sistema de sonido que llevamos a la fiesta, incluyendo el micrófono, era el equipo de sonido tomado prestado de la capilla del colegio.

—Bueno, abuelo, sigue con esa historia —le apuró el niño, esperando el desenlace.

—Y libre del grupo —continuó el abuelo—, el fugitivo siguió perseguido por el coche de la universidad, mientras nosotros, corriendo campo a través, por el terreno que lindaba con los campos de deportes, llegamos a la entrada del colegio por el pasillo de las aulas, por donde hacía cinco horas habíamos salido, y tras dejar el amplificador y el micrófono en la capilla, cargados con nuestros instrumentos y los platos de la batería, llegamos cada uno a nuestra planta echando el corazón por la boca, y entramos en nuestras habitaciones evitando ser vistos por el cura encargado de la vigilancia, metiéndonos en la cama y ocupando el lugar ya descubierto de la almohada, no sin antes, al mirar desde la ventana de la habitación, constatar que el coche que nos había perseguido seguía dando vueltas por la carretera que circundaba la Universidad tratando de encontrarnos. Lo habíamos despistado. Esa noche intenté dormir sin conseguirlo.

—¿Y no os descubrió el cura, abuelo?

—A la mañana siguiente, mientras desayunábamos en el comedor, después de haber oído misa, el director del colegio, un hombre bueno pero también de una rectitud a toda prueba en lo que a disciplina se refería, se me acercó por detrás mientras yo untaba mantequilla en mi barra de pan de Sevilla; sentí unos golpecitos en la espalda, y al oído, en un tono bajito, una voz que decía:

«Después del desayuno te espero en mi despacho». De pronto noté que me temblaban las piernas y mirando al suelo, avergonzado, le dije: «Sí, señor». En ese momento, como en tantos otros, me acordé de mis padres, y supe que mi tiempo en esa Universidad Laboral había terminado después de la visita al despacho del director. Era una falta demasiado grave como para que me la perdonaran, pero al tenerlo frente a mí me dijo: «¿Lo pasaste bien anoche?». Y un nudo en la garganta me impidió contestar. «No os pude alcanzar en vuestra huida», dijo. «Era yo quien os perseguía, aunque vuestras camas vacías ya me habían confirmado que erais vosotros, los músicos, los más mimados del colegio, los que ibais en ese coche. La falta de disciplina que esta noche habéis cometido es suficientemente grave como para que de inmediato, abandonéis la Universidad Laboral y volváis a vuestro pueblo, a vuestra casa y a vuestro futuro previsible, el mismo que tuvieron vuestros padres. Pero ellos, vuestros padres, no deben ser castigados por quereros tanto, y buscar este colegio para formaros en el orden, en el respeto y en la integridad como hombres completos.» Mientras me hablaba, hice un gran esfuerzo para no dejar escapar alguna lágrima.

—Los hombres de El Castro nunca lloran, abuelo.

—Por eso no lo hice, y lo recordé en aquel momento —contestó el abuelo—. Ese silencio que no quise romper mientras me hablaba era una manera de asentir a cada una de sus palabras, era como una confesión, y él así lo entendió. Finalmente me dijo: «Vete en paz, no vayas a llegar tarde a tu clase de matemáticas», con una ironía que entendí. Le di las gracias y me fui.

—Vamos, abuelo —dijo Marcelo—, como habría hecho el alumno ejemplar Domingo Savio. Tan obediente; tan arrepentido de sus trastadas. ¿O es que Domingo Savio no había hecho en su vida ninguna fechoría? —preguntó a continuación, poniendo en duda tanta santidad—. Pues qué vida tan aburrida.

—Ya, pero ¿qué querías que hiciera? —contestó el abuelo—, ¿enfrentarme al cura y jugarme la beca?

—Llevas razón, abuelo. No era el momento para ponerte gallito después de aquella trastada.

Como entretenimiento del fin de semana, para los alumnos que preferían quedarse en la universidad, los sábados se proyectaban películas para los mayores, entendiéndose por «mayores» los que ya habían cumplido dieciocho años. A veces, con diecisiete, según el criterio del cura encargado de la selección, abría la mano y los dejaba entrar en uno de aquellos seis gimnasios que hacía las veces de cine. Con frecuencia se exhibían películas de autor. Entre los espectadores estaba el cura, por si alguna escena, por su contenido algo a su juicio inmoral, necesitaba de una explicación. Entonces se interrumpía la proyección ante los silbidos de algunos alumnos, lo que no impedía que el cura, subido en su silla, ocupando la pantalla, ahora con la imagen congelada, diera la razón del porqué de esa imagen que entre los espectadores había levantado un pequeño revuelo. Pasada la explicación del cura, la película continuaba proyectándose hasta el final, si no había motivo de una nueva interrupción que necesitara de nuevo el comentario del censor. En el caso de las proyecciones de películas para los más pequeños, la presencia del censor no era necesaria, ya que las películas solían ser del Oeste.

—En los talleres —prosiguió el abuelo—, ligeramente alejados del espacio que ocupaban las aulas, la actividad durante las clases era trepidante por el número de especialidades que se impartían y, en consecuencia, el ruido producido por los tornos, las sierras mecánicas, los motores de aquellos coches americanos donados a la Universidad, procedentes de la base americana de San Pablo, en Sevilla, para ser estudiados por los alumnos interesados en la electricidad del automóvil, trabajos de mecánicos torneros y ajustadores, así como el laboratorio de electrónica donde yo me peleaba con los esquemas de los circuitos impresos, condensadores, resistencias, válvulas y todo tipo de elementos electrónicos en aquella clase aislada de los ruidos en la planta alta del taller. Tampoco faltaban en aquella universidad las demostraciones gimnásticas propias del régimen político de aquella España, cuya preparación ocupaba semanas de tiempo empleado en los ensayos interminables de aquellas exhibiciones, ejecutadas por cientos de alumnos, atentos a las órdenes de un silbato. El hecho de participar en aquellos espectáculos gimnásticos, al igual que la electricidad, no era precisamente una debilidad mía; siempre me pareció una pérdida de tiempo que hubiera preferido dedicar a la música, y cuyas imágenes ocuparían un lugar en el Nodo.

—¿Qué es el Nodo, abuelo?

—Eran unos noticieros que se proyectaban en los cines antes de comenzar la película, y en los

telediarios de la televisión nacional. Tenía dieciocho años cuando terminé mis estudios de Oficial industrial en electricidad, especialidad radiotécnico, y era el momento de seguir mis estudios de maestría, y dado que lo de la rama electricidad no me atrapaba especialmente, me incliné por la electrónica, aunque no tanto como para seducirme, como hubiera ocurrido con cualquier carrera de letras. Al principio del nuevo curso, siempre faltaba algún compañero del año anterior, que por suspender alguna de las asignaturas había perdido su beca, lo que era un toque de atención para empezar el curso con buenas intenciones; a medida que este avanzaba, yo perdía ímpetu y se hacía por momentos más cuesta arriba hasta llegar al final, cuando, una vez más, me quedaban pendientes para septiembre las matemáticas y una o dos asignaturas más, que milagrosamente aprobaba en esa última convocatoria, con lo que un año más salvaba la honrilla. Y así hasta llegar al último año de maestría, que, dicho sea de paso, me había costado sudor y lágrimas mantener durante siete años aquella beca, mérito más que notable dada mi escasa simpatía por la electricidad. Ese curso, mi amor propio y mis padres me pedían un esfuerzo final para aprobar todas mis asignaturas, incluidas las matemáticas.

—¿Y estabas nervioso, abuelo? —preguntó Marcelo.

El abuelo contestó en una décima de segundo:

—No sabes cuánto, pequeño.

—No me llames pequeño, abuelo, que ya tengo siete años —protestó el niño.

—Bueno —siguió José Pedraza—, siempre me he puesto nervioso por cosas a veces intrascendentes, claro que en este caso se trataba de un paso importante en mi futuro; pero me ponía nervioso cuando me sacaban a la pizarra para resolver un problema de matemáticas; cuando me hacían una pregunta que no sabía contestar desde mi pupitre, o cuando el profesor, observándome cuando no atendía sus explicaciones, me cambiaba de sitio y me ponía en la primera fila, lo que denotaba mi evidente desinterés por sus explicaciones. Y aun en el momento de contestar, se me quedaba la mente en blanco y notaba cómo me subía la sangre a la cabeza, y en el pecho, unos latidos contundentes del corazón.

Ante tales síntomas, su nieto, preocupado, preguntó:

—Abuelo, ¿te sigue pasando eso, ahora después de tantos años?

Y el abuelo contestó:

—Sí, tal vez porque la responsabilidad ahora es mayor que cuando era joven. Y llegó el fin de mi último curso de maestría, en menos tiempo del que yo tardaría en aprender aquellas fórmulas en las que se mezclaban en mi cabeza los logaritmos, las derivadas y las integrales, en una mezcla imposible de digerir, aun aplicando mi máxima atención a las explicaciones gráficas del profesor en sus exposiciones, para mí fugaces, escritas a toda velocidad hasta gastar la tiza sobre el encerado. Ante la imposibilidad de razonar todos esos desarrollos matemáticos que para aquel profesor eran pan comido, y para mí un pan indigesto, decidí poner manos a la obra, y con la

paciencia de un monje, con letra de pulga y sobre una tira de papel vegetal, los días anteriores al examen de matemáticas fui creando una verdadera obra de arte llamada «chuleta», que debería sacarme de apuros.

—¿Qué es una chuleta, abuelo? —preguntó el niño.

—Es un papel minúsculo donde apuntar con letra pequeñita las posibles respuestas de aquel examen para, escondido en algún lugar que el profesor no pudiera sospechar, poder copiar.

—Pero eso era trampa, abuelo.

—¿El qué? ¿Lo de la chuleta? Sí, claro que es trampa, pero una trampa piadosa, o sea que podríamos decir que está justificada cuando, como es mi caso, me he esforzado en aprender algo que se empeña en seguir siendo un gran misterio incapaz de desvelar; yo creo que en eso no hay maldad. ¿Qué de malo hay en usar una simple chuletilla? Solo en caso de apuro, claro.

—¡Menudo morro! —dijo el niño—. ¿Y te han pillado alguna vez copiando en un examen?

—¿Y no tiene mi nieto otra preguntita que hacerme más interesante que esa? —contestó el abuelo, esperando descubrir la capacidad de improvisación de su nieto.

—Pues te preguntaría cuál fue el castigo que te puso el profesor por pillarte copiando en su examen.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó el abuelo, muerto de risa viéndose descubierto.

—No lo sabía.

—Eres muy malo, pero ¿sabes una cosa? —dijo el abuelo, mirando los ojos claros de su nieto.

—¿El qué, abuelo? —contestó Marcelo.

—Que te quiero, chiquitín.

—Que no me llames chiquitín, abuelo.



**E**l día de los exámenes, en el tablón de anuncios aparecía el orden de las asignaturas; en último lugar figuraba «Matemáticas». Curiosamente, aquel curso solo tenía pendiente las matemáticas, supongo que fue por el esfuerzo especial al que me sometí por ser el último año, aunque la verdadera compensación debería ser aprobar definitivamente esa asignatura, y despedirme para siempre de aquel profesor bajito, de pelo ensortijado.

—¡Y gafas de culo de vaso! —exclamó Marcelo.

—Pegado a una cartera de cuero en la que guardaba mi examen de matemáticas suspendido, siempre suspendido sin remedio, a lo largo de los diferentes cursos. Mientras los exámenes de diferentes materias se iban produciendo en una de las aulas, los alumnos paseaban nerviosos por el patio, mientras que los que terminaban su examen, por las caras que mostraban al salir uno se daba cuenta del resultado. Estaba esperando en el patio el turno para mi examen, cuando vi que un coche rojo aparcaba junto a la puerta de entrada de las aulas, donde, junto a algunos desafortunados como yo, esperaba nuestro turno. Aquel coche rojo era el Gordini de nuestro querido profesor de matemáticas, que, arrastrando su cartera de cuero, y después de una mirada miope a los alumnos que le esperábamos ver entrar para realizar nuestro examen, con una sobriedad de catedrático y un aire de superioridad, nos dio los buenos días. Buenos días, buenos días..., para él serían los buenos días, pero para mí aquel día se me quedó marcado como uno de los más amargos de mi vida.

—No me extraña, abuelo. Es que eso de estudiar es un rollo. Aunque a mí se me dan muy bien las matemáticas.

—Pues qué suerte tienes —contestó el abuelo, envidiando un poco la facilidad de su nieto para esa materia que él llegó a odiar con toda su alma—. El profesor entró en el edificio donde se encontraban las aulas y nos esperaba aquel examen. Yo, entretanto llegaba mi turno, revisaba mi chuleta y buscaba un sitio donde escondérmela, imposible de encontrar para el profesor, caso de sospechar que estaba copiando el examen. Encontré un lugar que, por obvio, no se le ocurriría descubrir.

—Y ¿dónde te la guardaste, abuelo?, ¿en los calzoncillos?

—No, la pegué con pegamento extendida en la palma de la mano izquierda, que habitualmente es la que solo se usa para sujetar el papel en el que escribes, y solo con girarla un poco hacia

arriba en un descuido del profesor puedes leer brevemente su contenido. Por megafonía escuché mi nombre reclamando mi presencia en el aula para examinarme.

—Qué nervios, ¿no, abuelo? —preguntó Marcelo.

—¿Nervios, dices? —contestó el abuelo, añadiendo una pizca de teatralidad a su relato—. Cuando oí mi nombre, sentí una flojera en las piernas que pensé que me iba a desplomar por el pasillo del aula; solo con pensar en ponerme en presencia de aquel profesor, la boca se me quedó seca y la lengua pegada al paladar, y según avanzaba camino del examen, sentí algo parecido a lo que deben de sentir los reos en el corredor de la muerte antes de ser ejecutados.

—Jo, abuelo, ¿tan mal lo pasabas en los exámenes?

—Tan mal. Y peor cuando el examen era solo para unos pocos alumnos, concretamente cuatro, como era en esta ocasión: el profesor nos colocó distanciados, uno en cada rincón del aula, imposibilitando por completo la comunicación entre nosotros.

—Claro, abuelo, sería más fácil copiar en un descuido del profe si el aula estuviera llena de alumnos suspendidos.

—Claro, como lo estaba yo en el mes de junio, cuando realizamos el primer examen. Y si, por añadidura, el profesor, que te conoce desde muchos años atrás y muchas convocatorias de septiembre, no te pierde ojo durante todo el tiempo que dura el examen, uno corre el peligro inminente de infarto. Ante tantas dudas en cada pregunta, miras al techo, como si tuviera que llegar desde allí la inspiración, y sientes brotar las gotas de sudor en la frente, y notas que la chuleta que tienes presa sobre la mesa bajo la palma izquierda se va despegando con el sudor de la mano, corriendo el peligro de quedar a la vista del profesor, y te echas a temblar. «¿Puede entregar su examen?» Y uno dice, sabiéndose descubierto: «No he terminado todavía». Y el profesor insiste: «¿Puede entregarme su examen?». Y uno se levanta para entregárselo limpio de respuestas y manchado de indignidad, y sale del aula sabiendo que ese minuto ha sido el último de su estancia en la Universidad Laboral, y el primero de una aventura incierta que no sabe dónde acabará.

—De verdad, abuelo, en lugar de maestro industrial, deberías haber sido actor —dijo el niño, quitándole importancia al drama que acababa de hacer el abuelo.

—Gracias a la «generosidad» de aquel profesor de matemáticas, de cuyo nombre no quiero acordarme, y a mi chuletilla, que me salió hueso, a falta de mi único aprobado de matemáticas para conseguir mi título de maestro industrial, perdí mi beca sin remedio, a pesar de mis ruegos a aquel profesor. «Por favor, por favor», le rogué, «solo me queda esta asignatura para ser maestro industrial». «Lo siento, lo siento», contestó el profesor, mirándome por debajo de sus gafillas de culo de vaso. «Pero es que...», dije yo. «Lo siento», contestó él, impidiéndome terminar mi ruego. «No puedo aprobarte; aparte de no responder a las preguntas del examen, has intentado copiar en mis propias narices, y eso no lo puedo tolerar.» «Bueno, es que...» «Lo siento», dijo, «espero que

te vaya muy bien en el futuro, tengo que dejarte porque me esperan otras cosas que hacer. Adiós». «Pero, don...», dije yo, mientras con la puerta de aquel Gordini rojo de mierda...

—¡Bien dicho, abuelo! ¡Un Gordini como una mierda así de grande! —interrumpió el niño, secundando la expresión del abuelo.

—... me daba en las narices. Después le vi marcharse sin creerme lo que me acababa de pasar. En ese momento se me cayó el mundo encima. El día siguiente a mi último día en la Universidad Laboral sentí la soledad y el desamparo con aquel suspenso a cuestas, buscando una explicación que dar a mis padres una vez llegara a El Castro. Antes de ir a la estación de ferrocarril, me despedí para siempre de mis compañeros de clase, de los cuales solo dos habían aprobado el examen, en tanto el otro había corrido la misma suerte que yo.

Mientras José Pedraza contaba el final de aquella historia suya que había durado siete años, Marcelo lo escuchaba con una expresión de tristeza, buscando algún motivo que despertara una sonrisa en aquel rostro tan serio.

—¿Sabes una cosa, abuelo? —dijo el niño después de un silencio prolongado.

—Dime, hijo —contestó José Pedraza prestando a su nieto toda su atención.

—¿Qué prefieres?, ¿haber sido un músico o un catedrático de matemáticas, bajito, con pelo ensortijado, gafas de culo de vaso, mala leche y dueño de un Gordini rojo de mierda? ¿Eh?, ¿qué prefieres?

Ante tal exposición de su nieto, el abuelo, sin dudarlo, contestó que su mejor elección, de haber podido elegir, habría sido la música, pero entonces no se le dio la oportunidad.

—Claro, abuelo —dijo el niño—, porque las matemáticas no era lo tuyo.

—Pues creo que no —contestó el abuelo—, a juzgar por los resultados.

—Pues la verdad, a mí me gustas más siendo músico, y encima me has escrito una canción. Aunque mi lámpara de porcelana que hiciste siga sin funcionar. Tampoco la electricidad era lo tuyo.

—Llevas razón, chiquitín.

—Llámame como quieras —contestó Marcelo—, pero es la verdad.

—Lo mío es tener el mejor nieto del mundo —dijo el abuelo, mirando a los ojos a su nieto.

—Bueno, bueno, no te pases.

—Me paso porque me da la gana —contestó el abuelo mientras se le quebraba la voz, algo propio de los Pedraza, y abrazaba al crío.

Tras estar unos segundos abrazados, Marcelo siguió con sus preguntas:

—Y luego ¿qué pasó, abuelo?

—Bueno, al llegar a El Castro, y animado por mis padres, en los que encontré el consuelo que en aquel momento necesitaba, una semana después, decidido a continuar con mis estudios me fui a Madrid. Los dueños de la casa eran parientes de mi familia y habían dejado El Castro para

instalarse en la capital por los años sesenta. Era una casa humilde en la periferia —recordó el abuelo—. Un barrio obrero en donde la gente madrugaba cada día para llegar en metro o en autobús a su puesto de trabajo. Ella, como empleada en una tienda del barrio, y él, ganándose la vida con aquello que le aportara algunos ingresos, que unidos a los de ella les permitieran salir adelante después de pagar la letra mensual del piso. La casa, situada en la planta baja de un edificio de varias alturas, contaba con un pequeño hall de entrada; dos dormitorios, uno para el matrimonio y el otro, con una mesa redonda con dos sillas y una cama mueble, siempre dispuesta por si llegaba algún familiar o un huésped inesperado, que resultó ser yo. Una ventana miraba a la acera de la calle, donde una jaula con un canario preso colgaba de una reja. Tardé un tiempo en acostumbrarme a aquella ventana por la que escuchaba todo lo que ocurría en la calle, conversaciones de personas que, aun hablando en un tono bajo, desde mi cama las escuchaba con toda claridad. Y no digamos cuando empezaba a amanecer y despertaba el barrio: los coches, cuyos tubos de escape dejaban en el aire el olor del aceite quemado por el motor; el ruido de las motos al pasar junto a la ventana, a toda velocidad, y a veces sin silenciador; el camión de la basura con sus diferentes paradas en cada portal a lo largo de la calle, dejando ese olor pestilente a cosas descompuestas; los gritos de una mujer llamando a un taxi que no paraba porque ya iba ocupado; al chatarrero, con su voz rasposa y le megafonía a todo volumen despertando a los vecinos que milagrosamente aún dormían, y ya, por la noche, la conversación íntima de alguna pareja parada junto a la reja, donde el canario, en su jaula tapada con un pañuelo, ya dormía.

—Qué vida tan triste para un canario, ¿no, abuelo?

—Pues sí —respondió este—; mientras unos vuelan todo el tiempo en libertad, otros pasan su vida presos en una jaula sin haber cometido ningún delito, solo el de cantar.

—Pues ten cuidado con lo que cantas, no sea que te metan preso como al canario —bromeó el niño.

—Sí —contestó el abuelo mientras sonreía por la reflexión del nieto, impropia de un niño de siete años recién cumplidos—. La generosidad de aquella familia me abrió las puertas de su humilde casa y me acogió durante un tiempo que dediqué a buscar trabajo. «Edad», me preguntaban. «Veinte años», contestaba yo. «Mejor después de hacer el servicio militar», me decían en todas las empresas.

—Abuelo, ¿qué es eso del servicio militar?

—En aquella época el gobierno obligaba a todos los jóvenes mayores de dieciocho años a permanecer durante un tiempo en el ejército como soldados aprendiendo el manejo de las armas para defender al país en caso de guerra. Para mí, sin embargo, era una manera de perder un tiempo precioso a los veinte años, en lugar de ocuparlo en hacer algo mucho más interesante como era seguir mis estudios.

—O sea, abuelo, que lo del servicio militar no te gustaba ni un pelo.

—Pues no, pero no había posibilidad de encontrar empleo sin el servicio militar cumplido. Así que no era cuestión de seguir insistiendo, sino de solicitar mi ingreso voluntario en el ejército y quitarme cuanto antes esa obligación. Busqué un cuerpo militar a mi medida, un cuartel en Madrid, lo que me facilitaría asistir a unas clases nocturnas para preparar mi selectividad y así ingresar en ingeniería técnica. Elegí Artillería sin saber qué era eso. No pasó mucho tiempo antes de que me llamaran a filas, así que antes de incorporarme a mi nueva vida, quise conocer el cuartel donde pasaría más de un año sirviendo a la patria.

»El cuartel era un edificio de ladrillo rojo, carente de toda estética arquitectónica, situado a la orilla de una carretera a las afueras de Madrid. Unas puertas de hierro de unas dimensiones considerables hacían pequeño de su estatura real a un soldado que cubría una guardia en su entrada. Me acerqué para preguntarle cómo era la vida de un soldado en aquel cuartel, y vi que él me estaba apuntando con su mosquetón.

—Y ¿qué es un mosquetón, abuelo?

—Un fusil, un arma, una escopeta. Un trasto que sirve para matar —contestó el abuelo, sin saber exactamente qué tipo de arma era esa con la que le apuntaba el «soldadito» mientras le prohibía dar un paso más si no quería tener problemas—. «Perdona», le dije, y él, dándome la espalda, me ignoró.

—Vaya un soldado más borde —comentó Marcelo.

—Mi primer destino en el ejército no fue en aquel cuartel de ladrillo rojo en las afueras de Madrid, sino el campamento de preparación a los soldados, en Extremadura, donde permanecería los tres o cuatro primeros meses de mi servicio militar, durante los cuales pasé más frío que en toda mi vida en la comarca de Vallehondo. Recuerdo aquel campamento en medio de la nada con aquellos barracones de madera con literas y sin calefacción, y en aquellos meses de enero, febrero y marzo, los más fríos del invierno que me tocaron en suerte, conocí la manera menos interesante de pasar el tiempo, y lo que no me perdonaba a mí mismo era mi elección voluntaria de aquel cuerpo llamado «Artillería».

—¿Qué hacías allí? —preguntó el niño.

—Levantarnos al alba al toque de trompeta, llamado «toque de diana», formar en fila en la explanada de tierra de aquel campamento, desayunar un café con leche y después, cada soldado, dedicar el día a lo que el sargento mandara: hacer la cama, alguna marcha por el campo y embarrarnos las botas hasta la rodilla, y después de perder el día con tanta actividad, dormir en unas literas de madera para al día siguiente, al toque de trompeta, levantarnos de nuevo y repetir las mismas actividades que el día anterior. Y así durante tres meses que duró aquel campamento, del que me costó media vida olvidarme. Pasados esos meses heladores y de regreso en Madrid, una vez instalado en aquel cuartel de las afueras de la ciudad, bastaron unos pocos días de estancia para decidir buscar la forma de conseguir un pase pernocta para dormir fuera de aquel

cuartel; busqué un trabajo con el que pagar una pequeña cantidad de dinero a esa familia que me había abierto las puertas de su casa y que ya había sido suficientemente generosa conmigo a mi llegada a Madrid. Un soldado de mi compañía me ofreció trabajar en una fábrica de amortiguadores, propiedad de su familia, situada en el centro de la ciudad. No me ofrecía mucho dinero, pero era suficiente para pagar la pensión y disfrutar de la tarde libre lejos del «sí, señor», «a sus órdenes, mi sargento», «a sus órdenes, mi capitán», con taconazo incluido.

—Vaya un aburrimiento —dijo el niño.

—Todos los días la misma rutina: «a sus órdenes, mi sargento», taconazo, «a sus órdenes, mi capitán», taconazo, «sí, señor», «no, señor», taconazo, «a sus órdenes, mi brigada», taconazo. Y así todos los días que duró mi estancia en aquel cuartel —dijo el abuelo—. Un día, en el tablón de anuncios de mi compañía solicitaban la presencia ante el sargento de aquellos soldados con conocimientos de mecanografía para trabajar a las órdenes del capitán. Yo solo escribía como lo hago ahora, cincuenta años después, o sea, con dos dedos, uno de cada mano; sin embargo, a falta de un experto en ese oficio, me presenté pensando que así me libraría de todos esos servicios de cocina, refuerzos, imaginarias o guardias. Pero me equivoqué porque después de dedicar todo mi tiempo de cuartel al servicio del capitán, nada me evitó las cincuenta cocinas, cuarenta y tantos refuerzos e imaginarias hasta quedarme dormido en cualquier litera que encontrara vacía, y guardias hasta llenar de canciones escritas a lápiz las cuatro paredes de la garita en donde las hacía. Y eso sin contar el mes y medio que me pasé en el calabozo con el pelo rapado al cero, cuyo motivo fue por petición viciosa.

—¿Estuviste en el calabozo?

—Pues sí. Un día en el tablón de anuncios de mi compañía figuraban marcados en rojo los nombres de los soldados que ese verano habían disfrutado de un mes de vacaciones. Entre ellos estaba el mío, aunque sin marca alguna. Alguien debió de borrarla con la intención de gastarme una broma, algo muy típico en los cuarteles, y a pesar de haber disfrutado de mis vacaciones, al no estar marcado de rojo en el tablón, pensé engañar al sargento volviendo a solicitarlas, por lo que, armado de valor, fui a reclamar mi permiso no disfrutado. «¿No disfrutado?», me contestó el sargento, rojo de ira. El grito del sargento llamando al cabo de guardia se escuchó en todo el cuartel, y el cabo, al momento, apareció en el despacho. «Acompañe al soldado José Pedraza Salinas a la peluquería y que le corten el pelo al cero.»

—¡Qué guay, abuelo! —dijo el niño—; en ese cuartel eran muy modernos, te imagino con el pelo cortado al cero, ¡qué guay!

—Después ordenó: «Llévelo al calabozo, en donde permanecerá arrestado hasta nueva orden».

—¿Y solo por haber intentado engañar al sargento?

—Pues sí —dijo un poco avergonzado el abuelo—. En el comunicado oficial del sargento al capitán, el motivo que aducía por mi encierro en el calabozo era «por petición viciosa».

—¿Y de qué vicio se trataba, abuelo? —preguntó el niño, alarmado.

—Pues pedir un permiso que ya había disfrutado en el otro cuartel.

—¿Y lo del calabozo cómo lo llevaste?

—Al principio muy mal, me sentía como un vulgar delincuente entre aquellas cuatro paredes, hasta que me acostumbré. En el mes y medio que estuve encerrado empecé a escribir un libro que nunca terminé. Estas y otras historias fueron formando en mí una opinión sobre el servicio militar que aún recuerdo como un mal sueño. Cuando por fin desperté de él, salí a la calle, y esa calle me llevó hasta la oficina del paro, donde una nueva experiencia marcaría mi vida.

**T**ras el mostrador, una señora rubia me recibió mientras fumaba un cigarrillo y me preguntó: «¿Qué deseas?». «Deseo trabajo», le contesté. «¿Qué clase de trabajo?», preguntó. «Soy maestro industrial eléctrico.»

—Y ¿por qué engañaste a la señora que fumaba? —preguntó Marcelo.

—¿A qué te refieres? —respondió el abuelo con otra pregunta.

—Pues no le dijiste que no habías terminado lo de maestro industrial eléctrico porque te suspendieron el último año las matemáticas.

—Bueno, sí, llevas razón. Pues mientras me escuchaba —continuó el abuelo—, entre calada y calada al cigarrillo escribía en un papel, y después me dijo: «Tomo nota de su solicitud, le avisaremos en cuanto una empresa se interese por un profesional de su especialidad». «¿Y eso tardará mucho?», pregunté, «necesito urgentemente trabajar». La mujer rubia desde su mostrador me contestó mientras aspiraba su calada más profunda al cigarrillo: «Nunca se sabe. El siguiente, por favor», y se dispuso a atender al siguiente demandante de empleo mientras yo, aun sabiendo que ya no me escuchaba, me despedí de ella con un «buenos días». Después me fui a esperar sus noticias.

—¿Y dices que aquella señora fumaba mientras atendía en la oficina de empleo a los parados? —preguntó el niño.

—Pues sí —contestó el abuelo—; entonces no estaba prohibido fumar en las oficinas como ahora. La verdad es que podíamos hacerlo en cualquier sitio. Yo era un fumador empedernido. Llegué a fumar tres cajetillas diarias de tabaco. Y, como ves, estoy vivo —dijo sacando pecho a la vez que le daba un acceso de tos perruna, por lo que tuvo que recurrir a chupar un cigarrillo de regaliz cosechada en su huerto para que se le pasara el ataque—. Hace años que dejé de fumar y ahora me encuentro como una rosa.

—Ya lo veo —dijo el nieto.

—Pues sí —terminó asintiendo el abuelo—. Y ahora, vamos a comer. ¿Tienes hambre?

—Sí, pero tienes que contarme cómo te fue con el trabajo. ¿Lo conseguiste?

—Lo conseguí, pero eso te lo contaré después de la siesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.



—No había pasado una semana —reanudó su historia el abuelo— desde mi solicitud en la oficina del paro, cuando una voz que se me hizo conocida a través del teléfono me anunciaba el interés de una empresa eléctrica por realizarme una entrevista de trabajo con el jefe de personal al día siguiente a las once de la mañana. Esa noche, aunque ya era lo habitual, no conseguí dormir pensando en cuál sería el resultado de esa entrevista. Antes de que despertara el barrio y hubiera pasado el camión de la basura, yo, duchado y arreglado, sentado en la cocina, tomando un café en silencio para no despertar a los que aún dormían, esperaba la hora de salir a la calle y caminar hasta el metro, para llegar puntual a mi cita. La empresa contaba con dos edificios, uno para las oficinas y otro para la fábrica, ambos separados por un patio. Algunos hombres vestidos con mono azul ya parecían estar empezando su jornada de trabajo en la fábrica. Un pequeño aparcamiento exterior cubierto con una chapa metálica daba cobijo a unos cuantos coches de lujo, lo que me hizo pensar que pertenecían a los jefes o tal vez a los dueños de la empresa. En la entrada, y adosado a la pared, un reloj controlaba la hora de llegada de los empleados, grabando su hora en una ficha. Sentada frente a su mesa, una recepcionista, con cierto aspecto de solterona, me recibió al verme entrar. «Buenos días», me dijo, con la sequedad que da la soltería no deseada.

—¿Y era guapa, abuelo? —preguntó el niño.

—Era más bien normal —contestó el abuelo—. Era delgada, y en un tiempo debió de ser alta, pero la edad se le había venido encima, y una curva de su espalda me decía que ya no volvería a cumplir los cincuenta años. No puedo decirte cómo era el color de sus ojos, porque sus gafas, semejantes a las de culo de vaso de mi antiguo profesor de matemáticas, impedían su identificación. Pero, en fin, se puede decir que fue amable conmigo. «¿Qué desea?», me dijo al llegar. «Tengo concertada una entrevista esta mañana con el jefe de personal de la empresa», contesté. «Ah, sí», dijo; «supongo que usted es don José Pedraza Salinas. ¿Es así?», «Así es», respondí. «Puede subir a su despacho, el jefe de personal le está esperando. Primera planta, pasillo de la izquierda, primer despacho a la derecha, puerta con rótulo dorado.» «Gracias», dije, tratando de memorizar el itinerario. «Creo que lo encontraré.» Ya en la primera planta, pasillo de la izquierda y primera puerta a la derecha, un cartel rotulado sobre una puerta de cristal traslúcido anunciaba con letras doradas JEFE DE PERSONAL.

—¿Y no te perdiste con tanto pasillo, abuelo?

—Bueno, tuve algunas dudas. Sobre todo, al descubrir ese rótulo dorado, tan pomposo, como si se tratara de la puerta del despacho de un jefe de Estado y no la de un jefe de personal de una empresa de instalaciones eléctricas en general. Llamé con los nudillos y la puerta se abrió. «Adelante», escuché con una voz engolada muy propia de los jefes. «Buenos días», dije. «Buenos días», contestó. «Siéntese, por favor.» «Gracias», dije mientras tomaba asiento en una silla giratoria, nada cómoda, frente a él. El aire acondicionado estaba graduado a una temperatura demasiado alta, como si el ocupante del despacho, o sea, el jefe de personal, hubiera pasado

mucho calor en otro tiempo y tratara de vengarse de su pasado poniendo el termostato con el frío a todo gas, a pesar de ser una hora temprana de la mañana.

—Me parece, abuelo, que aquel señor no te cayó bien —comentó el niño, dada la ironía empleada en la descripción.

—Pues ni fu ni fa, sino todo lo contrario. «Hablemos de lo que le trae a esta empresa. Supongo que ya sabe de la necesidad de contratar un electricista para unas instalaciones que en este momento se llevan a cabo fuera de Madrid.» «¿Un electricista?», pregunté. «Sí, supongo que viene por eso, ¿no?», preguntó el jefe. «Bueno, en realidad soy maestro industrial en electricidad, graduado por la Universidad Laboral de Sevilla, después de siete años de formación», contesté yo. «Siento defraudarle si le digo que en este momento lo que necesitamos es un electricista, no importa el título, los maestros electricistas se hacen a partir de entrar como aprendices, desde saber usar un alicate, un cortaalambres, un voltímetro o un amperímetro, hasta afrontar una obra de envergadura, después de años aprendiendo el oficio en la práctica diaria de las obras, no sobre un tablero de prácticas de una escuela, ya sea Universidad Laboral o cualquier otro centro. ¿Me comprende?», concluyó el jefe su monólogo.

—Será borde... —repuso Marcelo.

—«Sí, claro que lo comprendo», dije, aunque por dentro pensaba que un título de maestro industrial era para ejercer como maestro industrial, no para ejercer de aprendiz. «En todo caso», continuó el jefe de personal, engolando la voz si cabía un poco más, «convendrá conmigo en que nuestra solicitud en la oficina de empleo no iba dirigida a un maestro industrial eléctrico diplomado en ningún centro en concreto, iba simplemente dirigida a un electricista, aunque, caso de aceptar este trabajo, usted estaría en todo momento acompañado por un aprendiz con una larga experiencia de trabajo en esta empresa».

—¿Y tú qué contestaste? —preguntó el niño, intuyendo que a su abuelo no le había gustado en absoluto la propuesta de aquel jefe de personal y que, por tanto, habría dicho no.

—Aunque no fuera la propuesta que yo esperaba, en los pocos segundos que tuve para pensarlo decidí que era urgente aceptar aquella oferta en cuanto habláramos del sueldo que percibiría y del resto de las condiciones del contrato. No era un buen momento para exigir más, así que le contesté: «De acuerdo». El jefe de personal me dio su mano como si cerrar aquel contrato mereciera una celebración. «No se arrepentirá, se lo aseguro, esta es una gran empresa.»

—¿Una gran empresa? ¿Una gran empresa?... —se burló el crío—. Y ¿cuándo empezaste a trabajar, abuelo, y dónde?

—«Mañana saldrá en un tren hacia San Sebastián», me dijo el jefe de personal, «una vez allí se encaminará a la playa de La Concha».

—¡Qué guay!

—«Nuestra empresa se encuentra realizando unas obras de iluminación de la playa; al llegar, se

dirigirá a cualquiera de los hombres que encuentre por el paseo marítimo vestidos con un mono azul, ellos forman parte de nuestro personal que trabaja en ese proyecto, y le preguntará por nuestra oficina en la playa; allí encontrará al jefe de obras, y a partir de ese momento se pondrá a sus órdenes para lo que le mande. Ah, y pondrá a su disposición el aprendiz que él decida para que le acompañe. Le deseo toda la suerte, y no se preocupe, pronto aprenderá tanto sobre obras como el aprendiz que le acompañe.»

—Qué borde —repitió Marcelo, mirando el gesto decepcionado del abuelo—. Y ¿qué le contestaste?

—¿Por dentro o por fuera?

—Por dentro.

—Cabrito.

—¡Abuelo! —exclamó sorprendido el niño por aquella respuesta de un hombre tan educado como era José Pedraza.

—Tal cual lo has oído —remachó el abuelo—. Eso le contesté por dentro.

—¿Y por fuera? —preguntó el niño, satisfecho de la respuesta hacia dentro del abuelo.

—Nada, no le dije nada; le miré a los ojos sin responder nada durante unos largos segundos, durante los cuales creo que conseguí intimidarle, y me fui de aquel despacho con mi amor propio herido.

—¿Cómo se llamaba ese jefe de personal?

El abuelo respondió:

—No tiene nombre, pequeñín.

—Sí lo tiene, abuelo, y yo lo sé, pero soy pequeño todavía para decir palabrotas.

—Tú ya no eres pequeñín.

Casi sin darse cuenta, la tarde se fue apagando para los dos. Desde la terraza de la casa contemplaron una de las más hermosas puestas de sol, sobre un cielo tachonado de un color naranja. Antes de entrar para preparar la cena, en el salón, la abuela luchaba por ganarle la partida, una vez más, a ese juego endiablado que un día el abuelo había traído de Chile en uno de sus viajes.

—Mañana te seguiré contando, pequeñín —dijo el abuelo—, ahora hay que reponer fuerzas.

—Claro, abuelo.

**E**l tren salía puntual de la estación de Chamartín en Madrid, con destino San Sebastián — continuó el abuelo su historia, interrumpida la noche anterior—. El reloj marcaba las siete treinta de un día que prometía ser caluroso como correspondía al mes de julio. Tomé asiento en aquel tren, coloqué mi maleta en el portaequipajes y, sentado frente a la ventanilla, contemplé a cámara lenta los solares sin construcciones, refugio de mendigos y desheredados de la ciudad mientras la iba dejando atrás a medida que el tren aumentaba poco a poco su velocidad hasta salir a campo abierto. Más de cinco horas de viaje hasta San Sebastián daban para mucho, y mi cabeza era un hervidero de ideas de ida y vuelta, mientras el campo mostraba su color amarillo. Era la época de la siega.

»Aquel encuentro del día anterior con el jefe de personal de la empresa fue la primera bofetada que recibí pensando que aquellos siete años de estudios en aquel internado no eran valorados por un señor del que dependía el trabajo que esperaba encontrar, y que finalmente decidí aceptar por un simple motivo. Necesidad. Ese primer encuentro con la realidad no resultó reconfortante, sino todo lo contrario. En aquel encuentro sentí que las expectativas que a lo largo del tiempo había ido construyendo en torno a mi futuro se me venían abajo, solo por el hecho de haberme formado profesionalmente en un colegio y no en la calle, lugar muy respetable, en el que se habían educado los aprendices de los que aquel jefe de personal me hablaba, como única fuente de conocimiento, sin dar la más mínima oportunidad a otro tipo de formación como la adquirida en una escuela, como era mi caso.

»El ritmo monótono del tren y el calor en el interior de su vagón me empezaron a nublar la contemplación de aquel paisaje árido de la estepa castellana que atravesaba, pensando en cómo sería ese trabajo a cuyo encuentro iba a enfrentarme, sin el entusiasmo que hubiera deseado, siendo mi primera experiencia en el mundo laboral. Cómo sería esa ciudad de San Sebastián que solo conocía a través de su festival internacional de cine y por algunas otras cosas menos banales. Cómo sería esa playa de La Concha en donde iba a debutar profesionalmente. Cómo serían mis compañeros de trabajo y el jefe del cual iba a depender, cuyas órdenes tendría que acatar sin discutirlos. Cómo me sentaría ese mono azul que nunca había vestido, y cómo me haría sentir mezclado entre la gente siempre elegantemente vestida del norte. En qué zona de la ciudad viviría y por cuánto tiempo permanecería trabajando en aquella obra. Al despertar de mi sueño, el tren circulaba por un paisaje diferente al anterior: unos prados verdes y unas montañas cubiertas de

una variedad de árboles en los que se mezclaban los robles, las piceas, los olmos, las hayas y los abedules, con un cielo algo gris de fondo.

—¡Qué bonito! —dijo el niño.

—Estaba cruzando el País Vasco; el reloj de una estación cercana a mi destino marcaba las doce y media de la mañana, y en poco más de media hora llegaría a mi destino. Una vez en la estación, donde no me esperaba nadie, tomaría un taxi con destino a la playa de La Concha. De pronto recordé a mi profesor de matemáticas dejándome plantado en el patio de las aulas de mi colegio, en aquella despedida triste y con aquel suspenso guardado en su cartera de cuero que cambiaría el rumbo de mi vida, un rumbo cuya dirección empezaba ese día con mi primer trabajo como electricista y mi mono azul, acompañado de un aprendiz y obedeciendo órdenes de un jefe, que no había necesitado pasar por ninguna Universidad Laboral para llegar a serlo. A través de la megafonía del tren anunciaron la llegada a San Sebastián. Los viajeros se apuraban en bajar sus maletas del portaequipajes mientras el tren ralentizaba su marcha hasta parar en el andén, donde se producían los encuentros entre los que esperaban y los que llegaban de vacaciones a una de las ciudades más hermosas del mundo.

—Y a ti, abuelo, ¿no te esperaba nadie? —preguntó el niño con un gesto triste en la mirada.

—No, en la estación no, pero en la obra me esperaban un jefe y un aprendiz. Tenía que ir al encuentro de los empleados en aquellas obras de la playa. Tomé un taxi. «¿Adónde le llevo?» Y yo contesté: «A la playa de La Concha». «Y ¿a qué número del paseo marítimo?», me preguntó el taxista. «Solo a la playa de La Concha», contesté. «Pero la playa de La Concha es muy grande», me dijo. Yo respondí: «A cualquier punto de la playa de La Concha en donde usted vea unos hombres vestidos con un mono azul». Y él preguntó: «¿Esos obreros que andan instalando farolas en la playa?». «Esos, sí, señor.» Pronto, entre la gente que paseaba por el paseo marítimo, apareció uno de los hombres con mono azul y el taxista dio un frenazo en seco. «Hemos llegado», dijo, «son veinticinco pesetas». Le pagué y le dije «gracias» mientras me acercaba al hombre del mono azul que portaba una carretilla con farolas y una caja de herramientas de trabajo. Era un chico joven, de unos veinte años, pelo rizado y ojos vivarachos, que se sorprendió al llegar frente a él y saludarle. «Hola», le dije, «¿eres uno de los trabajadores de la empresa eléctrica que andan instalando las farolas de la playa?» Me contestó: «Sí, y tú ¿quién eres?». «Soy un nuevo empleado de la empresa, y vengo a trabajar, me llamo José Pedraza y estoy encantado de saludarte.» «Igual digo, yo me llamo Pato.» «¿Pato?», le pregunté. «Bueno, tengo otro nombre, como todo el mundo, pero todos mis compañeros me conocen por el Pato y soy un aprendiz.»

—Abuelo, ¿cómo alguien puede llamarse Pato?

—Pues no sé, pero algún motivo tendría. En todo caso, puede que desde pequeño, por alguna razón, empezaran a llamarle así.

—O quizá fue la primera palabra que dijo cuando era pequeño y empezó a hablar —dijo el

niño, tratando de encontrar un motivo para nombre tan especial.

—Eso es posible —convino el abuelo—. «Oye, Pato», le dije con la familiaridad que percibí en su trato hacia mí, «¿podrías indicarme en qué oficina puedo encontrar al jefe de obra?» «Por supuesto», me contestó, «te acompañaré», detalle que le agradecí. Tomó la carretilla con sus farolas y sus herramientas y, sorteando a la gente que llenaba el paseo marítimo, llegamos a una edificación junto a la playa con aspecto de sala de fiestas o club náutico. Dejé la carretilla y me dijo: «Hemos llegado». Era un amplio hall iluminado por unos grandes ventanales a través de los que podía contemplarse el mar Cantábrico y la playa de La Concha. A la derecha, una puerta con un cartel rotulado a mano sobre una cartulina blanca indicaba que se trataba del cuarto dedicado a la oficina de las obras. El Pato llamó a la puerta y desde dentro contestó una voz invitándonos a pasar. Entramos los dos. El Pato me presentó al jefe de obra, que al verme dijo: «Hola, le estaba esperando. Mi nombre es Antonio Cerezo y estoy al cargo de la obra, encantado de conocerte». «Lo mismo digo», contesté yo. «Mi nombre es José Pedraza.» Mientras, el Pato se disponía a marcharse. «¡Pato!», llamó al aprendiz el jefe de obra. «Dígame, Antonio», contestó el aprendiz. «Termina cuanto antes lo que estés haciendo porque después de comer tu trabajo será acompañar al nuevo empleado en el trabajo que se le encomiende. Mientras, él se quedará un rato conmigo para hacerse cargo del material de trabajo y el mono. Después comeremos los dos juntos mientras le explico en qué consistirá el trabajo para el que se le ha requerido aquí en la playa, que más o menos será el mismo que el tuyo y el de los demás empleados, o sea, instalar el nuevo alumbrado público, y tú», le dijo al Pato, «pregunta en la pensión donde te hospedas si hay alguna habitación libre para José». «De acuerdo, jefe, nos veremos después de la comida, y ya le explicaré yo a José en qué consiste el trabajo.» «Encantado, José.» «Encantado, Pato», contesté, sintiendo que aquel aprendiz empezaba a caerme bien, y pensando que ese, mi primer trabajo, podría ser mi tabla de salvación en aquel mar de confusión en que habría de moverme hasta acostumbrarme a esa forma de vida y a ese mundo, hasta entonces desconocido para mí. Durante la conversación del Pato con el jefe, yo guardé silencio, como el que asiste como espectador a un partido de tenis, girando la cabeza de un lado a otro, siguiendo sus palabras hasta que el Pato desapareció del despacho para desandar el camino por el que me había traído hasta la oficina y volver a recorrer el paseo marítimo con su carretilla, sus farolas y sus herramientas, en dirección contraria, de regreso al tajo. Yo seguía de pie frente al jefe, esperando su invitación a sentarme. «Toma asiento, José», dijo por fin Antonio Cerezo. «Desde Madrid me habló por teléfono el jefe de personal sobre su conversación contigo antes de decidirte a trabajar con nosotros.» «Sí, es cierto, para mí, que he estudiado en un internado de curas durante siete años, mi vida de estudiante ha sido hasta ahora como vivir en una burbuja, alejado del mundo laboral y de los problemas de la gente, quizá creyéndome que, al salir de aquel colegio, todo sería fácil para mí. En todo caso, durante mi viaje en tren de más de cinco horas de duración he tenido la oportunidad de pensar que cualquier

trabajo es tan digno como otro, y al pensar en ello he recordado a mi padre. Lo he visto sobre un andamio colocando ladrillos a punto de ser un jubilado más, con sus manos ásperas como la lija y ganándose honradamente un sueldo con el que mantener a su familia y ser feliz por eso. Espero acostumbrarme a este trabajo con la ayuda del Pato, y pido disculpas por creer lo que, a veces me hicieron creer, que mi nivel profesional de maestro industrial estaba por encima del nivel de un aprendiz.»

—Por supuesto que estabas por encima del aprendiz, abuelo —dijo el niño—. Porque para eso te pasaste estudiando siete años, y para ser aprendiz no necesitó el Pato tanto tiempo, y encima tú aguantando la disciplina de los curas durante siete años y al profesor ese que tú sabes, de cuyo nombre prefieres no acordarte.

—Mientras deshilaba mi monólogo —dijo el abuelo—, el jefe de obra me escuchaba con atención, para, finalmente, decirme: «Yo también estudié en un buen colegio y, como tú, esperaba comerme el mundo sin tener necesidad de vestir un mono, y ya ves, con los años le he tomado cariño como a un compañero de trabajo».

—Pues qué cariño le tomó al mono aquel jefe de obra, abuelo, tampoco es para tanto.

—«Pero ya es hora de comer», me dijo. «Aquí al lado hay una taberna donde como solo todos los días. Hoy celebro la compañía de un nuevo currante en esta obra. Te invito a comer.» «Gracias», le dije. «Pero no te acostumbres», me advirtió.

—Qué gracioso, ¿no, abuelo?

—«No te preocupes», le dije, «mañana pago yo».

—¡Bien dicho!

—A través de la ventana de su despacho veía a los bañistas dándose el último chapuzón antes de marcharse a comer. Una vez terminado el almuerzo, el Pato llegaba a la oficina antes que nosotros y esperaba sentado en el alfeizar de la ventana contemplando el mar. Al vernos llegar se levantó y nos saludamos antes de entrar en el despacho. «¿Has preguntado en la pensión lo de la habitación para José?», le preguntó el jefe al Pato. «Eso está resuelto», contestó mirándome. «Esta tarde, al terminar el trabajo te acompañaré a mi pensión para instalarte en tu suite cinco estrellas ocupada habitualmente por las más grandes estrellas que acuden cada año a los premios de cine de San Sebastián, y que curiosamente, me dijo la dueña, ha quedado libre junto a la mía.»

—Jo, abuelo, qué lujo —dijo Marcelo—. ¿Y viste muchas estrellas en aquel hotel?

—Sí, desde la ventana de mi habitación se veían muchas en el cielo. Esa fue una de las bromas del Pato. En un cuarto contiguo a la oficina, una puerta comunicaba con el almacén donde se guardaban herramientas, lámparas, rollos de manguera eléctrica, una carretilla y, colgado de un perchero, un mono azul.

—¿Y era de tu talla, abuelo?

—Pues, a juzgar por su tamaño, intuí que sí. «Bueno, Pato», dijo el jefe, «ya sabes lo que

necesitará para su trabajo nuestro nuevo compañero, así que súrtele del material que necesite y pónselo en la carretilla porque esta misma tarde José empezará su nuevo trabajo».

—¿Nuevo? —preguntó sorprendido el niño—. Si nunca habías trabajado, abuelo.

—Eso pensé yo —dijo este—. «Y muéstrale el tajo en el que empezará a trabajar», le ordenó el jefe al Pato. «Y a ti, José, te deseo suerte. El Pato estará a tu lado por si necesitas saber algo más de lo que ya sabes; espero que la talla del mono sea la tuya, pero si no es así te compraremos otra, porque, eso sí, del mono no te vas a librar, mal que te pese», una broma que tomé con humor. Una vez llena la carretilla con todos mis instrumentos, y tras comprobar que el mono me sentaba como un guante, acompañado por el Pato nos despedimos del jefe. Después de una larga caminata por el paseo marítimo aspirando el olor salado del mar, llegamos al lugar donde mi nuevo compañero había dejado sus herramientas y una escalera apoyada en el muro donde se iban colocando las farolas que un día iluminarían la playa. No me pareció difícil aquel trabajo, y menos teniendo un experto como el Pato dirigiendo mis primeros pasos en mi primer debut. La tensión del día anterior al viaje a aquel lugar desconocido se fue calmando y bajo su vigilancia instalé mi primera farola, sobre la que un día podría decir: «Yo colaboré en iluminar la playa más bonita del mundo». Durante el tiempo en el que realicé aquel trabajo, el Pato no me perdía de vista; al final, en cuanto hube terminado, me dijo: «Tal como lo has hecho ahora, seguirás haciéndolo hasta que se termine la obra».

—O sea, abuelo —dijo el niño—, que no necesitaste mucha ayuda del aprendiz.

—Pues no mucha, en todo caso. Me dijo: «Sabes que aquí estoy para lo que necesites». «Gracias, Pato. Por cierto, al terminar la jornada espero que me acompañes a la pensión en la que me has reservado esa suite. ¿Está lejos de aquí?», le pregunté. «No», respondió, «no está lejos, pero prefiero que no vayas solo hasta acostumbrarte al barrio. No es precisamente el barrio más lujoso de San Sebastián, pero sí el más adecuado a nuestras posibilidades económicas». «Y ¿cómo se llama el barrio?», le pregunté. «Gros, es el barrio de Gros, luego lo conocerás. Es un barrio obrero, y hay buenos bares donde pasar el rato y tomar buenos vinos.»

—Así que en ese barrio de San Sebastián te aficionaste a tomar vino —dijo el niño.

—No exactamente —dijo el abuelo—, pero la verdad es que aquel vino no estaba nada mal.



**T**ú eres nuevo?», me preguntaron algunos de los obreros que se acercaron a saludarme. «Sí, soy el nuevo.» «Bueno, pues mucha suerte, hasta mañana.» «Gracias, hasta mañana», les contesté. Una vez cambiados de ropa, el Pato me acompañó a mi nuevo domicilio. Tomé mi maleta y nos dirigimos a la parada del autobús. El barrio de Gros era un barrio gris y la noche al llegar se empeñaba en caer rápidamente sobre sus tejados mojados por la cercanía del mar. Las calles, pobremente iluminadas, hacían resaltar los nombres de los bares y algún que otro club nocturno adonde el Pato, según me contó, solía ir en sus noches tristes a buscar compañía. Caminamos unos minutos por aquellas calles adoquinadas y brillantes con olor a sal y casi solitarias a pesar de la hora, aún temprana. Unos pasos más y la pensión, con su cartel luminoso LA VASCA, nos saludó al llegar. Un pequeño espacio hacía las veces de recibidor, en donde, sobre un mostrador de madera rústica, la recepcionista, una mujer fuerte, con aspecto de bien alimentada, de mofletes rosados y simpática, nos recibió. «Es el cliente del que le hablé esta tarde», me presentó el Pato. «Encantada», dijo la mujer con la mejor de sus sonrisas, «tengo su habitación preparada. ¿Quiere verla?» «No importa, seguro que me gustará, gracias.» Pero ella insistió. Después de pedirme mi carnet de identidad me dio la llave de la habitación y, a pesar de mi negativa, caminó tras de mí para mostrármela. El Pato nos acompañó para comprobar que estaba limpia y ordenada, «propia de un maestro industrial», dijo con cierta sorna al verla, como un signo de aprobación. «¿Salimos a cenar?», me preguntó. «En la planta baja se come una comida casera que te quita el sentido, aparte del hambre. ¿Te apetece?» «Sí», contesté, y bajamos a cenar. El Pato era un joven simpático y trabajador cuyo apelativo de aprendiz no le hacía justicia, ya que era un verdadero profesional, y un apoyo para un recién llegado inexperto en ese trabajo como lo era yo. Después de la cena me fui a dormir y el Pato, a dar una vuelta antes de acostarse. Al salir de la pensión me recordó: «Mañana a las ocho». «Mañana a las ocho», contesté mientras le daba las buenas noches y subía a mi habitación. La mañana siguiente amaneció con un suave chirimirí.

—¿Qué es el chirimirí, abuelo?

—Pues es la forma que tienen en el País Vasco de llamar a la lluvia cuando es muy fina pero te moja. En el bar de la pensión —continuó—, me reuní con el Pato. Desayunamos y tomamos después el autobús que nos llevaría a La Concha para seguir trabajando, esta vez ya sin su ayuda, como lo seguiría haciendo los días siguientes, con la rutina que crea el hacer cada día lo mismo, sin más aliciente que ver pasar el tiempo, mientras los veraneantes, también sumidos en su rutina,

aunque la suya diferente a la mía, paseaban de un extremo al otro del paseo marítimo, esperando ver terminar por fin sus vacaciones para regresar a su casa, a su ciudad o a su país.

—Y a pesar de esa lluvia ¿pudiste trabajar, abuelo? —preguntó el niño.

—La lluvia en el norte es tan suave cuando es chirimiri que la gente de allí la considera como una caricia que no les impide trabajar. Los vascos son fuertes como robles y están preparados para cualquier cosa —dijo el abuelo—. Habían pasado quince días cuando el jefe de obra me llamó a su despacho. Pensé que ese encuentro significaba mi despido de la empresa.

—¿Por qué, abuelo?

—Pues no lo sé, aunque el hecho de pensarlo suponía, para mí, más que motivo de disgusto, la liberación de un trabajo que no me llegó a atrapar. Pero no se trataba de eso, y con la misma inmediatez que me habían enviado a San Sebastián de la noche a la mañana, sin previo aviso, el jefe de obra me comunicó mi partida para Madrid al día siguiente en el primer tren de la mañana. Así que, después de liquidar mi cuenta en la pensión y de despedirme del Pato, salí en un taxi con destino a la estación de ferrocarril. Una vez en Madrid, debería dirigirme al barrio de La Latina y, tal como había hecho en San Sebastián, seguir los pasos del hombre del mono azul. El jefe de la obra era un tal Regueiro, a quien debería presentarme al llegar. Después de informarme por un guardia de tráfico dónde se encontraba ese barrio, y una vez allí, apostado en una esquina me dispuse a observar si entre la gente pasaba algún hombre vestido con un mono azul.

—Qué emocionante, abuelo —dijo el nieto—, parece una película de espías.

—Recuerdo —siguió contando el abuelo mientras el niño lo escuchaba con los ojos como platos— que después de mucho tiempo observando a la gente que llenaba aquella calle en todas direcciones, frente a mí, pero lejos, vi cruzar, mezclado entre la gente, un hombre fumando que por su paso ligero parecía tener mucha prisa para llegar a algún sitio donde debía de esperarlo alguien. El color de su ropa era azul, pero la distancia a la que yo lo observaba no me permitía saber si era un mono o cualquier otra prenda de vestir. Entre la gente fui acercándome al hombre y, en efecto, vi que vestía un mono azul, tal como el que yo había vestido en la obra de San Sebastián. Al sospechar que alguien le estaba siguiendo, el hombre, de pronto, se paró, volvió la cabeza y se me quedó mirando como si yo fuera un ladrón. «¿Pasa algo?», me dijo con cara de pocos amigos. «Perdona, ¿trabajas en el alumbrado público de este barrio?» «Sí, y ¿qué pasa?» «¿Y eres electricista?» «¿Y tú qué crees?», contestó en un acento castizo, haciendo honor a ese barrio tan madrileño en el que seguramente vivía, «no voy a ser ingeniero con esta pinta, ¿no te parece?» «Podría ser», le contesté. «Ya quisiera yo», dijo con una media sonrisa torcida. «Bueno, al grano, que tengo prisa», me dijo. «Ando buscando a Lorenzo Regueiro, el jefe de obras de esta empresa. ¿Lo conoces?», le pregunté. «¿Si lo conozco? Menudo negrero», dijo como si no le tuviera demasiado afecto.

—¿Qué es un negrero, abuelo?

—Un hombre que trata mal a sus empleados. «Acompáñame», dijo el hombre del mono azul, «porque yo voy a la nave donde se encuentra. Por cierto, bonita forma de buscar a alguien en un barrio de Madrid». «Bueno, tampoco es tan raro encontrar en este barrio un hombre vestido con un mono azul.» «¿A qué te refieres?», preguntó con cierta malicia. «A nada en especial.» «Pues ya hemos llegado. Ahí lo tienes», me dijo, señalándome el local donde se encontraba. Era una calle estrecha y oscura en la cual, a juzgar por su aspecto, los barrenderos debían de estar en huelga permanente. Unos gatos hurgaban en los cubos de la basura, y en los balcones a duras penas sobrevivían algunos geranios rojos. «Tu trabajo aquí no será muy diferente al que se está haciendo en San Sebastián, de donde vienes», me dijo Regueiro al conocernos. Se trataba de cambiar la vieja instalación de alumbrado público del barrio por una nueva, así que quedé en acudir al trabajo al día siguiente a las ocho de la mañana. Esa noche me dirigí a la casa que recientemente había adquirido Victoria, mi hermana, en donde sería su invitado hasta alquilar para mí, unos meses más tarde y en el mismo barrio, un pequeño apartamento. Pero mi trabajo en aquella obra duró poco.

—¿Te echaron, abuelo? —preguntó el niño, temiéndose lo peor.

—No fue necesario —contestó el abuelo, dispuesto a contarle al nieto su última historia—. Una mañana, mientras me apoyaba con los pies sobre el brazo del farol a cuatro metros de altura de la calle y con la espalda apoyada en la pared para cambiarle la lámpara, sentí cómo se desprendía de su anclaje el farol sobre el que me encontraba trabajando y caí al suelo quedándome inconsciente.

—¿Inconsciente, abuelo? ¿Y no veías, ni hablabas ni oías nada, como si estuvieras muerto?

—Tal cual, como si estuviera muerto. Una hora después me desperté en un hospital, donde me sometieron a una operación en los pies, dañados por el impacto de la caída contra el suelo.

—Pues no cojeas nada, abuelo —dijo el niño, celebrando su suerte.

—De milagro —contestó el abuelo.

—¿Por qué?

—Porque parece ser que el único paciente operado por las manitas de aquel doctor, y superviviente a tal operación, fui yo, el resto andan más cojos que los canguros.

—No será para tanto, abuelo.

—Bueno, pues no será para tanto —contestó este—, pero a mí me lo han contado. Esa fue la última vez que hice aquel trabajo. Convencido de que aquello no era para mí, pedí mi baja en la empresa, si es que no me ofrecían otro puesto más acorde con lo que yo podría realizar. La empresa accedió a mi petición y dado mi conocimiento del dibujo lineal, por haber sido una de mis asignaturas en mi época de estudiante, me dieron un trabajo como delineante en la oficina, a las órdenes de un ingeniero de la empresa, por entonces ocupado en los proyectos del alumbrado público, cuyos planos yo trazaría sobre un tablero de dibujo. En aquella oficina, una mampara de

crystal marcaba dos espacios. En uno de ellos trabajaba el ingeniero de la empresa y en el otro, una secretaria y yo. Ella era soltera, con un humor de perros que no soportaba el olor del tabaco, algo incompatible con mi vicio de fumar sin medida, lo que nos costó alguna que otra bronca, pero el vicio del tabaco no se corrige solo con una bronca. Esa mampara de separación entre los dos espacios me ayudó, no solo en la distancia que me separaba de aquel ingeniero observador incansable de mi trabajo, sino en mi dedicación vocacional: en mi tablero de dibujo escribía canciones. En aquella oficina nacieron algunos temas que algún día verían la luz en forma de discos.

—¿Y no te descubrió nunca el ingeniero escribiendo música?

—No.

—¿Y la secretaria no le dijo nada?

—Pues supongo que no, y eso que no le caía yo muy bien.

—Pues tuviste más suerte que en aquel examen de matemáticas que el profesor te descubrió con la chuleta pegada a la mano izquierda.

—No me lo recuerdes. Desde la ventana de aquella oficina, cada mañana veía llegar una chica morena de ojos negros y unos años más joven que yo; en alguna ocasión buscaría la oportunidad de acercarme a ella.

—Abuelo, ¿a que sé quién era esa chica morena de ojos negros?

—Seguro, como eres tan listo... —respondió el abuelo.

—¿A que era la abuela? —insistió el niño.

—Pues debo decirte que para llegar a ser tu abuela no me lo puso nada fácil —contestó el abuelo.

—O sea, que sí.

—Después de aquella chica morena de ojos negros no hubo otra en mi vida.

—Ya lo sabía yo.

—Claro, porque yo tengo un nieto muy listo. El nuevo trabajo me cambió la vida, a la vez que me permitió cambiar aquel mono azul de las obras por una bata blanca de oficinista que acepté de mejor grado. También en unos meses dejé la casa de mi hermana en la que había vivido, y me mudé a un apartamento alquilado. Durante aquellos años en Madrid, la música siguió ocupando mi actividad más apasionante, mientras el trabajo como delineante en aquella empresa me permitía pagar el alquiler de mi pequeño apartamento, y más tarde, privándome en parte del tabaco y en parte de la cerveza, compré un Seat 600, o sea, un Seat de baja gama.

—¿Por qué de baja gama? —preguntó Marcelo.

—Porque era el más barato de todos los Seat que se vendían, y, además, de tercera mano, cuyas puertas se abrían de delante hacia atrás, y por el que pagué la bonita cifra de treinta mil pesetas.

—Pues supongo que en aquella época era un lujo comprarse un coche —dijo el niño.

—Bueno —contestó el abuelo—, comprarse un Seat 600 no es que fuera un lujo asiático, pero para un joven como yo lo era entonces suponía un privilegio. Creo que después de aquel «utilitario» que me permitió esa parcela de libertad que siendo joven uno necesita disfrutar, nunca otro coche me hizo tan feliz, hasta que un día, harto ya de ser viejo, al coche le dio por perder aceite y la aguja que marcaba la temperatura del motor se instalaba en el rojo apenas andaba unos pocos kilómetros, lo que me obligaba a llevar el maletero lleno de botellas de agua para calmar aquella sed del radiador. Y como siempre hay un sabio recogiendo las hierbas que otro arrojó, el pobre Seiscientos pasó a otras manos por una cifra inferior a la que yo había pagado por él, y tachándome de Judas, por haberle vendido por un plato de lentejas, devaluado y triste, se fue con otro dueño, mientras yo me compraba un coche más grande con el que me sentí el rey de la carretera, como si fuera al volante de un Ferrari. Era un Seat 850, pero, eso sí, cuatro puertas, lo que lo diferenciaba del que solo tenía dos.

»Mi nueva situación en Madrid me ofreció la oportunidad de continuar con mi desarrollo musical como autor burlando la vigilancia de mi jefe en aquella oficina. Mi relación con los compañeros de otros departamentos de la empresa se producía cada mañana en la máquina de café, donde surgió una amistad que se prolongaría en el tiempo fuera del ámbito de la empresa para compartir salidas por Madrid o asistir a algún guateque.

—¿Qué es un guateque, abuelo? —preguntó el niño.

—Una fiesta organizada por alguno de los amigos, generalmente en su casa en ausencia de sus padres. Durante aquellas escapadas del puesto de trabajo, para compartir unos minutos de conversación saboreando aquel café infecto como pretexto, iban surgiendo cuestiones personales de cada uno, lo que suponía un conocimiento más personal de nuestras vidas fuera de la oficina: nuestras aficiones, el equipo de fútbol al que seguíamos, algún comentario sobre las chicas que trabajaban a nuestro lado y que se asomaban a las ventanas de sus despachos para ver llegar al más guapo de los chicos por el que todas suspiraban, y que nosotros, los menos guapos, llegamos a odiar. En esos minutos de conversación lo menos importante era el café, pero con el tiempo llegamos a saber casi todo de todos. De mí se supo de mi afición por la música, el colegio en el que había estudiado y mi verdadera vocación como autor de canciones.

»Un día pensé que estaría bien hacer una pequeña fiesta en mi apartamento e invitar a algunos de los compañeros cafeteros para reafirmar aquella amistad con el grupo, y también a algunas de las chicas de los departamentos de dirección, entre ellas, la chica a la que, desde la ventana de mi oficina, esperaba ver llegar cada día y que había despertado en mí algo especial en nuestros encuentros en la máquina del café. Siendo una de las invitadas a mi fiesta tendría la ocasión de conocerla un poco más, aunque era demasiado joven para pretender otra cosa que no fuera ir afianzando esa amistad reciente, que tanto a ella como a mí nos daba la oportunidad de pasar unos

minutos agradables de conversación, mientras apurábamos nuestro café, aun siendo el peor café del mundo.

—Y en esa fiesta en tu apartamento a la que asistió la chica morena de los ojos negros, o sea... —insinuó el niño—, ¿os conocisteis un poco más?

—Claro —contestó el abuelo—, con esa intención la organicé. De eso se trataba. La invitación a mi fiesta tuvo una respuesta masiva entre mis compañeros, tanto por parte de los chicos como de las chicas. El día fijado fueron llegando hasta llenar el pequeño salón del apartamento. La música de aquel tocadiscos empezó a sonar, y me dio la impresión de que cada uno de los chicos tenía ya echado el ojo a la chica que quería tener de pareja; de la misma manera, las chicas tenían decidido cuál sería el chico al que deseaban, desde mucho tiempo atrás, sentir cerca, mientras la voz de Adamo sonaba cantando «Mis manos en tu cintura», y en la terraza del apartamento, asomada desde el primer piso a la calle, se fumaba y se tomaba algo de beber, y a falta de aire acondicionado en el interior del apartamento, las parejas salían a respirar el aire de Madrid, entonces aún limpio, mientras la música inundaba el barrio. Aquella chica morena de ojos negros, esa tarde, sin pretenderlo, o tal vez sí, me conquistó de una forma sutil, como si no se lo hubiera propuesto. Yo, por mi parte, temeroso de que el próximo fin de semana proyectara algún plan en el que no me incluyera, me precipité a pedirle una nueva cita. Ella, después de pensarlo, y aún temerosa de que aquello pudiera suponer el principio de algo que ella no deseaba en absoluto, con cierta reticencia me dijo: «Bueno».

—¿Ves, abuelo? —volvió el nieto a la carga, con una risilla maliciosa—. ¿A que era la abuela?

—Todavía no, chiquitín —contestó el abuelo con una sonrisa cómplice—. En un momento de la fiesta, Víctor, uno de mis invitados y compañero de la oficina, propuso que yo cantara, acompañado con mi guitarra, alguna de esas canciones que yo había escrito y que guardaba solo para mí. «Que cante, que cante», corearon todos. Confieso que no me hice de rogar, tomé mi guitarra y de pronto se hizo un silencio que me hizo sentir como el artista en un teatro. Después de mi breve concierto recibí un aplauso que me emocionó. Tal vez porque era el primero. Después continuó la música de disco, y con la melodía de Mina y su «Ciudad solitaria», dimos por terminada la fiesta. Luego, unos solos y otros acompañados de la pareja surgida del guateque se marcharon. Yo acompañé en mi coche a la chica morena de los ojos negros a su casa. El lunes volveríamos a vernos en la máquina del café, comentaríamos la fiesta y confirmaríamos nuestra cita para el próximo fin de semana.

Mientras el abuelo le contaba esto, Marcelo escuchaba con una gran atención.

—Abuelo, ¿cuántos años teníais?

—Yo veinticinco, y la abuela creo que dieciocho.

—¿Y ese fin de semana os hicisteis novios? —preguntó el nieto.

—No. Después de salir aquel fin de semana durante el cual hicimos una visita «romántica» a

Aranjuez, yo pensé que continuar saliendo en adelante sería algo con lo que ella contaría.

—¿Y no fue así? —preguntó curioso Marcelo.

—No, no fue así. Al acercarse el siguiente fin de semana, y dando por hecha la respuesta positiva a mi pregunta sobre dónde iríamos, su respuesta fue: «No sé tú, pero yo he quedado con mis amigas para ir a la sierra».

—Jo, abuelo, vaya corte que te dio —dijo el crío—. ¿Y tú qué le dijiste?

—«Que lo pases bien», le contesté.

—¿Y ella?

—«Gracias», me dijo, y desde ese momento nuestra relación siguió siendo meramente amistosa. Al día siguiente, desde la ventana de mi oficina la vi pasar, hasta desaparecer por el fondo del patio. Al volver la cabeza, hacia el interior de la oficina, el ingeniero, de pie frente a mi tablero, examinaba mi trabajo mientras la secretaria escribía a máquina copiando algo. «Buenos días», saludé al ingeniero. «Buenos días», me contestó él con gesto serio, preámbulo de la bronca que estaba a punto de caerme encima por la lentitud con la que, a su parecer, estaba realizando aquellos planos. «Debería estar terminado ya este trabajo», dijo con cara de perro. «Lo quiero sobre mi mesa mañana por la mañana cuando llegue a mi despacho.» «Sí, señor», contesté. Después dio media vuelta y entró en su despacho acristalado cerrando la puerta con cierto aire de pocos amigos. Mientras la secretaria daba a las teclas de la máquina de escribir, su mirada de reojo estaba dirigida a mí, denotando un «fastídiate», y yo, como respuesta a esa mirada suya, respondí con lo que más le fastidiaba a ella.

—Y ¿qué le dijiste? —preguntó el niño.

—Nada. Encendí un cigarrillo de tabaco negro, habitual en mí, y disfruté mi venganza por su mirada; de pronto la vi levantarse de su silla y abrir de par en par la ventana para limpiar el aire contaminado por el humo del tabaco.

—Qué mala leche, abuelo; ya dice la abuela que no eres tan bueno como la gente cree.

—Después, una vez apurado el cigarrillo, busqué un cenicero que posiblemente la mujer de la limpieza había colocado en otro lugar desacostumbrado, y sin pensármelo más, apagué la colilla en uno de los tiestos con geranios que adornaban su ventana. Al verme, su mirada no fue de reojo, sino que, clavándose en la mía con un odio que yo desconocía en ella, me dijo «¡imbécil!» con tal ira, que, como dos rubíes rojos, le brotaron de los labios dos gotas de sangre.

—¿Sangre? —dijo alarmado el niño—. ¿Le pegaste, abuelo?

—No, Marcelo, no. ¿Cómo se te ocurre tal cosa? Alarmado yo por fenómeno tan extraño, sin esperar su respuesta, le pedí disculpas —dijo el abuelo, pensando que su descripción del momento había sido demasiado dura para los oídos de un crío.

—Y ¿qué te contestó ella, abuelo?

—Silencio. Solo un silencio que se prolongó a lo largo de toda aquella semana, durante la cual,

cada vez que yo quería fumar, para evitar tal reacción en ella, me salía a la escalera tratando de hacer breve la ausencia en mi tablero, que, por otra parte, podría provocar la ira del ingeniero.



**A** la vez que trabajaba, no había renunciado a mi preparación en mis clases de matemáticas que tomaba tres días por semana, o mejor dicho, tres noches por semana, ya que después del trabajo, acudía a una academia en el centro de Madrid para preparar el Selectivo de peritos, y que una vez preparado, por recomendación de algunos amigos decidí presentarme a examen en una escuela fuera de la capital. Mi sorpresa fue un aprobado con notable, lo que incluía también las matemáticas. Al conocer el resultado de notable en el examen, brindé por aquel profesor. Fue por aquel tiempo cuando me surgió un nuevo trabajo en otra empresa, también como delineante, y al marcharme, perdí el contacto con mis compañeros y también dejé de ver durante al menos año y medio a la chica morena de los ojos negros.

—¿Y no te acordabas de ella en todo ese tiempo?

—Sí, continuamente, pero después de aquella despedida, me resistía a llamarla.

—¡Qué cabezota, abuelo!

—Sí, llevas razón. En aquel tiempo empecé a escribir canciones para diferentes cantantes de una compañía discográfica, pero yo seguía madrugando cada día para llegar a mi oficina en la calle Serrano, donde trabajaba en el proyecto de una central nuclear en Ascó, un pueblo de Cataluña. Y aunque aquella oficina no era tan divertida como la que había dejado, sus condiciones económicas eran claramente mejores. Y a pesar de que burlar la vigilancia del jefe no era tan fácil, el trato con los compañeros de delineación era amable. Y algo que me llamó poderosamente la atención en aquella oficina fue el café con cruasán que nos servían cada mañana en nuestra propia mesa de trabajo a cada uno de los empleados.

—Más que una oficina eso era un hotel, ¿no, abuelo? —dijo el niño.

—Pues casi. Solo nos faltaba una habitación para dormir la siesta. Lo que me hacía recordar la visita a la máquina del café en la otra empresa, que nos servía para hablar de cualquier cosa, y robarle unos minutos de tiempo al trabajo monótono de la oficina.

»Fue durante ese tiempo en aquel nuevo empleo cuando Rafael Trabucchelli, uno de los grandes productores de discos en aquella época, al escuchar mis canciones me propuso grabar mis temas con mi propia voz, para la compañía Hispavox. Mi negativa a su propuesta, contrariamente a lo que se pudiera pensar, le sorprendió y no la aceptó fácilmente. A fin de cuentas, él era el productor de los artistas más importantes de España. Mi razón para negarme a ser un cantante era,

fundamentalmente, la timidez que desde niño me atormentaba, cuando el maestro en la escuela me sacaba al encerado para resolver el más elemental de los problemas y me echaba a temblar.

—Lo mismo que te pasaba más tarde —dijo el niño—, cuando salir a la pizarra te producía un auténtico pánico.

—Así es —contestó el abuelo—, aunque estas situaciones no eran nada comparables al hecho de salir a un auditorio que yo imaginaba con cientos o miles de espectadores para cantar mis canciones sin la seguridad de ser aceptado sino, posiblemente, todo lo contrario. Algo que solo de pensarlo me producía escalofríos, lo que me afianzaba cada vez más en mi trabajo solo como autor, donde no tenía que mostrarme frente a un auditorio para ser juzgado por mi trabajo ya que ese era un trabajo solitario, hecho en la soledad del campo, y como únicas acompañantes las musas para dictarme las melodías al oído, cada vez que me retiraba para escribir. Definitivamente, esa era mi verdadera vocación. Pero aquel productor no lo entendió así y un día me convenció para entrar en el estudio de Hispavox; me dio una guitarra y me dijo: «Canta». Y yo canté canciones que nadie, excepto mi madre, primer y único público de cada una de mis nuevas canciones, conocía. Durante más de una hora, mi único auditorio fue Rafael Trabucchelli, quien desde el control del estudio escuchó, una tras otra, mi repertorio secreto de canciones escritas en mi cuaderno, sin la menor intención de dárselas a ningún artista para ser grabadas. «Vamos a grabarlas», me dijo. «Esas canciones no merecen estar guardadas en ese cuaderno sin que nadie las escuche. ¿Para quién están escritas?», me preguntó. «Son demasiado mías», contesté. «Demasiado personales para ser interpretadas por otros.» «Justamente es lo que he pensado yo al escucharte cantarlas. He sentido tu voz emocionada al hablar de cosas muy cercanas a ti, y he oído quebrarse tu voz en otros momentos; momentos que nos identifican a todos, historias que a todos nos han emocionado igual que a ti. Me dices que estas canciones son muy tuyas, tus historias más íntimas y tus sentimientos más profundos. Vamos a grabarlas», me dijo Trabucchelli. «Sácalas de ese cuaderno en donde las guardas y échalas a volar.» Y así fue como comenzó una historia que no figuraba entre mis planes de futuro.

—¿Y te arrepentiste alguna vez de dedicarte a cantar? —preguntó el niño.

—No, nunca me arrepentí de eso, aunque mi miedo escénico nunca lo perdí —contestó el abuelo—. Con el tiempo había perdido el contacto con los antiguos compañeros de aquella oficina, y la distancia se hizo cada vez mayor. Sin embargo, a la chica morena de los ojos negros, a pesar del tiempo, no la había olvidado. Un día la busqué en mi agenda y allí estaba. Llamé a su teléfono, pregunté por ella y una voz de persona mayor me contestó: «No se encuentra en casa en este momento. ¿Quién la llama?». «Soy un antiguo compañero de la oficina, en donde supongo seguirá trabajando.» «Y ¿cómo dice que se llama?», insistió curiosa la mujer que supuse era su madre. «Dígale que la llamó José Pedraza, ella sabe quién soy.»

»Y pasados unos días... ¿me llamó ella? ¿La volví a llamar yo? Esa sigue siendo, después de

más de cuarenta años juntos, la pregunta cuya respuesta sabemos los dos y ninguno confesamos.

—Pues, abuelo, creo que sois un par de cabezones —dijo el nieto—. ¿Y a mí tampoco me vas a decir cuál de los dos llamó primero?

—Bueno —dijo el abuelo, bajando la voz para no ser oído por Valentina, que andaba por la casa—. Fue ella la primera en llamarme, aunque a veces tengo dudas. El caso fue que se produjo el encuentro. Ella había cambiado. Era una mujer muy atractiva, con el pelo largo y los mismos ojos negros de entonces, algo desconfiada en este nuevo encuentro, que pretendía ser por mi parte un reencuentro especial, después de haberla echado mucho de menos en la distancia. Nuestra segunda cita fue breve. Ella debía marcharse a Londres a estudiar inglés. Desde allí me escribiría, contándome cómo era el barrio donde vivía, el otoño hermoso en Hyde Park, la familia típicamente inglesa con la que vivía y su soledad sin mí, cosas que le resultaba más fácil decirme a través de una carta.

—¿También era tímida? —preguntó el niño.

—Tal vez, más que eso, era demasiado joven, o al menos eso creía ella, para afrontar esa relación. Precisamente, en el año mil novecientos setenta y tres salió al mercado mi primer disco titulado *Mis canciones*. Era momento de tomarme en serio mi nueva profesión. Mi voz empezó a sonar al mínimo volumen en mi pequeña radio mientras trabajaba en la oficina, sin que mis compañeros me descubrieran.

—¿De verdad seguías trabajando en la oficina habiendo grabado un disco?

—Pues sí. Tal era mi inseguridad de que aquella aventura durara mucho tiempo. Un día, mientras trabajaba, el jefe se acercó a mi mesa de dibujo y me dijo: «¿Ese que canta por la radio una canción que habla sobre los celos de tu guitarra, o algo así, eres tú?». «Sí, soy yo», contesté, sin estar seguro de la conveniencia de haber desvelado mi secreto.

—¿Y te echó del trabajo aquel jefe? —preguntó Marcelo, alarmado.

—No me echó, pero unos días después, animado por aquel productor, me marché de aquella oficina donde, por cierto, ganaba un buen sueldo.

—¿Cuánto ganabas? —preguntó curioso el niño.

—Suficiente para pagarme el alquiler de mi pequeño apartamento de soltero en la periferia —contestó el abuelo, esperando la siguiente pregunta de su nieto, que no tardó en llegar.

—¿En qué ciudad? —preguntó el crío, pensando si esa ciudad estaría muy lejos de Madrid.

—No es una ciudad —contestó el abuelo—, la periferia es un lugar a las afueras de Madrid. A partir de entonces, mi gran pasión fue la música, y aquella chica morena de los ojos negros.

—¿O sea, la abuela? —insistió el niño, intuyendo su respuesta.

—Pues sí, la abuela. ¿Quién podría ser, si no? —contestó el abuelo.

—Pues no sé, abuelo, podría haber sido Luisita Pinilla, aquella novia de tu infancia que te llamó de todo lo peor en la plaza del pueblo al salir al recreo después de tu declaración... de

amorr... —contestó Marcelo, muerto de risa, ante la carcajada sonora del abuelo—. Y desde entonces todavía sigues cantando, abuelo.

—Ya lo ves, a pesar de mis *taitantos* lo sigo haciendo con la misma ilusión y casi con el mismo miedo escénico.

—Y a pesar de tus *taitantos*, ¿hasta cuándo piensas seguir cantando? —quiso saber el nieto, esperando ansioso la respuesta del abuelo.

—Hasta que tú quieras, chiquitín —respondió este.

—¿Seguro? —preguntó sorprendido el niño.

—Seguro. Eso sí, con una condición: siempre que haya cumplido con mis compromisos profesionales ya adquiridos —puntualizó.

—Y ¿cuántos compromisos tienes, abuelo?

—Bueno, unos cuantos conciertos en los países en donde más me han querido.

—¿Por ejemplo?

—Pues... por ejemplo... Y haciendo memoria... —José Pedraza empezó a enumerar países y ciudades del mundo en los que había cantado, a los que les debía la más agradecida despedida por tanto cariño a lo largo de más de cuarenta años de profesión. A medida que los iba enumerando, la emoción le iba quebrando la voz, mientras el niño, apoyado en sus rodillas, poco a poco se quedó dormido escuchándolo.

**E**l siguiente día amaneció con un sol radiante. José Pedraza madrugó más de lo habitual y antes de bajar a la cocina para preparar el desayuno, despertó a Marcelo, que, desatendiendo su llamada, se dio media vuelta en la cama dispuesto a seguir durmiendo. Sin embargo el abuelo tenía un plan ese día para los dos.

—Bueno, te dejaré dormir, me voy —dijo en voz alta para que lo escuchara Marcelo.

—¿Adónde vas, abuelo? —preguntó, incorporándose en la cama como activado por un resorte.

—Al campo, al cerro por donde llegan las lluvias a Vallehondo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó el crío mientras se desperezaba lanzándose de la cama y dando bandazos por el pasillo hacia el cuarto de baño sin escuchar la respuesta afirmativa del abuelo, que le urgía a bajar cuanto antes a desayunar si quería acompañarle.

En cinco minutos, Marcelo estaba sentado a la mesa desayunando mientras pedía al abuelo más información acerca del paseo que le proponía realizar esa mañana.

—Es un paseo un poco largo —le advirtió el abuelo—. Se trata de subir a la cumbre de la montaña más alta de toda la comarca de Vallehondo.

—Y ¿cómo está de lejos, abuelo? —se interesó el niño.

—A treinta leguas de Pinto y quince de Marmolejo... —recitó el abuelo en broma un poema que le venía a cuento con la pregunta de su nieto sobre la caminata que le esperaba hasta llegar a la cima de la montaña.

—¿Te ocurre algo, abuelo?

—¿Por qué?

—Porque acabas de decir unas cosas muy raras.

—Pues sí que me ocurre algo, sí. Me ocurre que hoy tendremos toda la mañana para nosotros, y me siento feliz que hayas decidido acompañarme. Y esas cosas raras, aparentemente sin sentido, que he dicho son unos versos que aprendí hace muchos años, escritos por un poeta llamado Joaquín Abati, y que formaban parte de un poema larguísimo titulado «Sisebuto».

—¡Ja!, vaya nombrecito —dijo el niño—. ¿Y ese quién era?

—Pues era el señor del castillo... Si no fuera tan largo este poema te lo recitaría entero, pero se nos enfriaría el desayuno.

—¿Y dices que es muy largo ese poema? ¿Cómo de largo? —preguntó intrigado el niño.

—Pues, si no me equivoco, el poema completo consta de ciento cuarenta y cuatro versos.

—¿Y te lo aprendiste entero de memoria, abuelo?

—No. Y creo que deberíamos levantarnos ya, recoger la mesa y marcharnos a nuestro paseo antes de que se levante la abuela.

—Pues ya estoy levantada —dijo la voz de Valentina al entrar en la cocina—. ¿Está listo mi desayuno? —añadió en un tono a todas luces reivindicativo.

—Pues claro que sí, mujer —dijo José Pedraza.

—Y hoy ¿qué da el día? —preguntó la abuela mientras el nieto y el abuelo le servían el café, las tostadas con aceite y un zumo de naranja.

—Pues como hace un día espléndido, hoy quiero mostrarle a Marcelo el cerro más alto de la comarca, para que pueda disfrutar de este paisaje de Vallehondo visto desde su altura, y pasear por los campos de labor que un día fueron cultivados por nuestros abuelos.

—¿Eran ricos? —preguntó el niño.

—No —contestó el abuelo—, pero fueron felices, porque no necesitaban grandes cosas para serlo. Como ya te he dicho alguna vez, y si no lo he hecho te lo digo ahora, no es más rico el que más tiene sino el que menos necesita. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó el niño—, pero yo, cuando sea mayor, quiero ser de los que más tienen y no de los otros.

—Y ¿qué piensas hacer cuando seas mayor para ser de los que más tienen? —preguntó el abuelo.

—Ser futbolista —contestó el niño sin dudarle un segundo.

—Bueno, eso está bien —repuso el abuelo—, pero no todos los futbolistas se hacen ricos.

—Claro, abuelo, eso ya lo sé, pero yo quiero ser Ronaldo y jugar en el Real... Bueno, en la Juve —contestó el niño, sabiendo que su respuesta era una traición a su equipo de siempre.

—Tengo que decirte que me pareces un poco chaquetero.

—¿Por qué?

—Ya sabes tú por qué —dijo el abuelo para terminar la conversación—. Y vámonos ya, que se nos hace tarde para subir al cerro, recorrer los llanos y regresar a casa a la hora de la comida.

—Pues si el monte está «a treinta leguas de Pinto y quince de Marmolejo», como me dijiste, creo que en lugar de venir a comer al pueblo, podríamos llevarnos un bocadillo y unas coca-colas, y tomarnos el día entero para conocer las tierras de tus antepasados que fueron tan felices con tan poca cosa —comentó el crío con unas gotas de ironía.

—Pues pensándolo bien —dijo el abuelo—, no es mala idea. Prepararé unos bocadillos para los dos.

—Yo quiero uno de jamón y otro de lomo —dijo el nieto—, y dos coca-colas, porque para un día tan largo...

—¿Desea algo más el señorito?

—No, el señorito no desea nada más.

En una pequeña nevera el abuelo guardó la comida para los dos, una cerveza para él, una botella grande de agua, hielo y dos coca-colas.

Después de ascender una carretera estrecha durante algo más de treinta minutos, los excursionistas sintieron que la temperatura en la cima del cerro era ligeramente inferior a la que habían dejado abajo en El Castro, y que un vientecillo suave movía las aspas de los molinos instalados en la zona más alta para la producción de energía eólica. Una vez dejada la carretera, una senda de tierra conducía a la punta del cerro, desde donde contemplar el paisaje lejano y profundo de Vallehondo.

—Bueno, pues hemos llegado.

—Es precioso —dijo el niño mientras recorría con la mirada el paisaje allí abajo, salpicado de pueblecillos, olivares y tierras de labor, limitado por un fondo de montañas, y la sensación de estar flotando sobre El Castro, situado a los pies del cerro, hasta donde llegaba lejano el sonido de la campana del reloj de la iglesia dando la hora.

El abuelo señalaba con el dedo cada uno de los lugares que pudieran tener interés para Marcelo.

—¿Ves aquel bosque?

—Sí, lo veo.

—Y dentro del bosque, ¿ves una mancha blanca?

—Sí, abuelo.

—Pues esa mancha que ves entre la espesura del bosque es el convento de frailes, del que te hablé el otro día, el mismo con las rejas de hierro en las ventanas cuyos barrotes podía contar usando el catalejo desde la ventana de la cámara.

—El desván, abuelo.

—Bien, pues desde el desván de la casa, con el catalejo que, por cierto, hay que arreglarlo y ponerle las lentes que un día se llevó el viento. ¿Ves esa cinta blanca que saliendo del pueblo se va alejando como una serpiente blanca hasta perderse?

—Sí —contestó el niño.

—Pues ahí, donde la carretera se esconde entre una franja verde de álamos, está el río donde estuvimos pescando.

—Y donde aquel pastor nos despertó de la siesta llevando sus ovejas a beber agua justo al lugar donde teníamos echadas nuestras cañas.

—Exactamente.

—Creía que el río no quedaba tan lejos de El Castro.

—Claro —contestó el abuelo—, como fuiste en coche... Para saber lo lejos que está el río tendrías que haber ido andando, como íbamos los chicos del pueblo cuando éramos pequeños.

—¿Andando? Y ¿cuánto tardabais en llegar? —preguntó Marcelo.

—Una hora y media exactamente —respondió el abuelo con una seguridad pasmosa.

—Abuelo, ¿es que alguno de los chicos llevaba reloj para cronometrar con tanta exactitud el tiempo que tardabais en llegar al río?

—No, nos regíamos por la sombra que proyectábamos en el suelo al darnos el sol. De igual manera hacían los labradores para saber la hora del almuerzo cuando estaban en el campo.

—¿Y si no había sol? —Pregunta capciosa del niño.

—Pues ese día no íbamos a bañarnos al río y en paz —contestó el abuelo, esperando la siguiente pregunta de su nieto, que no tardaría en llegar.

—¿Y los labradores? ¿Cómo sabían la hora de comer si no había sol?

—Esos días oscuros hacían las labores del campo cerca del pueblo; así escuchaban las campanadas que, puntualmente, daban las horas en el reloj de la torre de la iglesia, que para eso estaba.

José Pedraza, mientras contestaba las preguntas de Marcelo, mantenía el dedo al frente, señalando el siguiente punto de interés.

—Ahora, un poco más a la izquierda, bordeando los árboles que marcan el curso del río, ¿ves un desierto inmenso, sin árboles ni vegetación de ningún tipo?

—Sí, abuelo, pero ¿aquel desierto es de arena como los de África?

—No, aquel desierto es la tierra que un día fue tierra de labor, donde los labradores de El Castro cultivaban trigo, cebada y girasoles y que un día fue inundada por ese lago al que ahora, y desde hace años, hay que buscar ribera abajo siguiendo el cauce del río.

—¿Por qué, abuelo? ¿Se fue?

—No, no se fue; se lo llevaron para regar otras tierras al otro lado del mundo, y con el agua se llevaron también los peces, las ranas, los patos azules y la esperanza de los campesinos en un futuro que nunca llegó. ¿Y ahora ves a la izquierda aquellos álamos que sobrepasan la altura de un bosque de pinos y unos cipreses que tocan el cielo?

—Sí, abuelo, los veo, y creo reconocerlos, porque son los únicos cipreses que crecen en toda la comarca de Vallehondo —contestó el niño—. Es el lugar en donde brota el agua de la tierra, y crecen los rosales y las lilas, y hay un estanque en la que nos bañamos durante el verano.

—¿Has reconocido ese lugar? ¿Lo has reconocido? —preguntó el abuelo mientras abrazaba a su nieto con un quiebro de emoción en su voz.

—Sí, abuelo. Ahí, entre esos árboles y a la orilla de lo que era el lago y hoy es un desierto, está tu lugar preferido. Ahí está tu refugio.

—Y también el tuyo. Aunque ya no es ni la sombra de lo que fue cuando tú ni habías nacido.

—Y ¿cómo se te ocurrió construir una casa en medio de la nada, sin luz, ni agua ni teléfono, pudiendo haberla construido en El Castro? Explícamelo, abuelo, porque no lo entiendo.



—Lo que yo buscaba era la soledad necesaria para escribir; además te diré que en el pueblo no había agua corriente, y en cuanto al teléfono, solo tenían una centralita para el uso de todos los vecinos. Hacía siglos que en aquel paisaje olvidado nadie había osado construir nada, solamente había cerca de allí un corral de piedra donde el único pastor del pueblo encerraba su rebaño en las noches de invierno.

—Abuelo —le interrumpió el niño—, ¿no será el hijo del pastor que nos vino a molestar en el río?, porque ese del que tú hablas debe de ser ya muy viejo para andar con las ovejas.

—Es posible —contestó el abuelo.

—O sea —dijo el niño—, que tú fuiste el único a quien se le ocurrió construir una casa en mitad de la nada, por donde ni la luz eléctrica ni el agua potable pasaban a una distancia menor de treinta leguas de Pinto y quince de Marmolejo.

José Pedraza asintió con la cabeza mientras celebraba la ocurrencia de su nieto.

—Te equivocas —contestó el abuelo—, ese lugar era, junto al viejo molino de El Castro, una pequeña propiedad heredada de mis padres, que el destino quiso colocarla a la orilla de un lago, algo impensable para los habitantes de aquellas tierras, que de ser un lugar olvidado en medio de la nada, como tú has dicho, se convirtió en un lugar privilegiado de Vallehondo, a pesar de todas sus carencias, y que nosotros finalmente elegimos para construir una casa. No importaba la distancia al pueblo, siempre que dispusiera, como así era, de una tienda en la que adquirir lo necesario para cubrir las necesidades mínimas. Pero lo más importante era el lago. Un pequeño mar de agua dulce junto a la casa. Definitivamente, ese era el lugar elegido por nosotros para vivir, y disfrutar durante largas temporadas. El agua potable no sería problema, ya que las tiendas del pueblo surtirían de agua mineral. La luz eléctrica tendría que ser sustituida en principio por unos quinqués de petróleo que darían al lugar un ambiente... romántico —le explicó al crío con un cierto gesto teatral—. El agua para el riego del jardín habría que buscarla perforando un pozo.

—O esperar a que lloviera.

El abuelo no tardó en responder a la coletilla aportada por su nieto:

—Las dificultades no se ven cuando se trata de un sueño, y menos aún si los que sueñan son dos jóvenes, como lo éramos tu abuela y yo, con derecho a soñar cualquier locura.

**Y** un día decidimos buscar el agua, pensando que, al estar tan cerca el lago, tal vez una filtración podría abastecer aquel pozo sin tener que profundizar demasiado en la tierra. Cuatro hombres del pueblo, armados de pico y pala, a las órdenes de un improvisado encargado, que no era otro que Claudio Pedraza, mi padre, empezaron a excavar lo que sería en el futuro el pozo para el consumo de agua en la casa y el riego del jardín. Sin un criterio concreto, marcaron el punto en el que perforar ya que cualquier lugar de la parcela estaba a solo unos metros de la orilla del lago y, por tanto, del agua. Después de unos cuantos días sin el más mínimo síntoma de alumbramiento, decidieron esperar mi decisión sobre si seguir perforando o abandonar definitivamente lo que parecía ser un proyecto irrealizable. A los hombres que trabajaban cada día sacando tierra les parecía imposible que, estando prácticamente varios metros por debajo de la superficie del lago, no se filtrara ni una sola gota de agua que alimentara el pozo. Ante el desánimo de los hombres por el fracaso, después de varios días de trabajo, decidí ir desde Madrid para comprobar lo que por lógica no tenía sentido.

»Era un día de verano cuando llegué al campo. El único sonido que se percibía en aquel desierto era el canto de las cigarras, preludio de su muerte, y un airecillo moviendo suavemente las ramas más delgadas de los pinos que rodeaban el lago. Llegué solo desde la ciudad para visitar las obras, y agarrado a una cuerda bajé al pozo.

—¡Qué valiente, abuelo! ¿Cuántos años tenías entonces?

—Creo que treinta y tres, más o menos —contestó el abuelo.

—Y en el fondo ¿qué había? —preguntó el niño, ansioso por conocer el final de aquel sondeo.

—Ni rastro de agua, aunque la tierra parecía estar húmeda. En un rincón del pozo, iluminado a duras penas por la luz que llegaba desde arriba, alguno de los obreros había olvidado una piqueta. La cogí, y sobre la tierra me puse a cavar con la fe de quien espera un milagro. De pronto sentí cómo la herramienta se clavaba en la tierra más de lo que yo esperaba, y un hilillo de agua brotó del fondo. Un mínimo caudal que en unos minutos formaría en la base del pozo un charco que me mojaría los pies. Había nacido el agua y, con ella, la posibilidad de poner la primera piedra de lo que un día sería El Refugio. Entonces me puse a gritar: «¡Gracias, Dios!». El agua brotaba poco a poco de las entrañas de la tierra. Trepé por la cuerda y subí a la superficie, encontré una botella, que antes contuvo vino, descendí de nuevo al fondo del pozo y la llené de aquella agua recién nacida. Era la prueba indiscutible que mostrar a mi padre, incrédulo de los milagros, al subir a El

Castro. «¡Agua del pozo!», «¡Agua del pozo!», exclamé al entrar en la casa mostrando la botella de agua, a lo que mi padre, al oírme, se echó a reír, pensando que se trataría de una de mis bromas, sabiendo del fracaso sufrido por su cuadrilla de hombres al haber abandonado la excavación sin la más mínima señal de agua en aquel hoyo. «¡A otro perro con ese hueso!», me contestó, sin conceder el menor crédito a mi euforia.

—Era un poco incrédulo el bisabuelo, ¿no?

—Claro que era incrédulo —contestó el abuelo—. Y no me extraña, después de haber trabajado durante días y días en aquella excavación sin obtener ningún resultado satisfactorio. Al día siguiente, me acompañó para ver qué nivel marcaba el agua en el interior del pozo o si, por el contrario, bromeando muerto de la risa, el agua habría rebosado su capacidad inundando la pequeña parcela y tal vez haciendo crecer el nivel del lago.

—Estaba claro —dijo Marcelo— que el bisabuelo se estaba riendo de ti. ¿No crees, abuelo?

—¿Y tú en qué lo has notado?

—Porque el bisabuelo tenía el mismo sentido del humor que tú.

—¿No será al revés?

—Pues será eso —contestó el niño sin profundizar más en el tema.

—El resultado fue un nivel a todas luces insuficiente para lo que serían las necesidades de la casa, pero, aun así, aquel pequeño caudal era suficiente para comenzar las obras. Una vez cimbrado el pozo y tras dejar en su centro un brocal, como debe tener un pozo que se precie, y como buen aficionado a la jardinería, en torno al brocal coloqué unas macetas con geranios, primera pincelada de lo que un día sería el jardín.

—Hay que ver, abuelo, cuánto te gustan las plantas.

—Pues sí. ¿Has pensado alguna vez lo triste que sería el campo si no hubiera árboles que dieran sombra a los campesinos durante el verano y yerba para que se alimentasen los animales?

Marcelo celebraba con José Pedraza la emoción con la que narraba sus historias, y entendió su pasión por ese lugar inventado por él: El Refugio.

—Pero, abuelo, con ese hilillo de agua que nacía en el pozo poco podías hacer como para darle tantas gracias a Dios —dijo su nieto.

—¿Tú sabes lo que supone un manantial en Vallehondo aunque su caudal sea un simple hilillo de agua? Siendo un niño, cuando el agua corriente no se había instalado en las casas del pueblo, dependíamos de la lluvia, siempre escasa. Recogíamos el agua de los tejados de las casas, en aljibes o en tinajas, o durante épocas de sequía, en la fuente nueva, un pequeño manantial brotado de las entrañas de una piedra arenisca a una hora de camino del pueblo, para recoger en unos cántaros de barro, gota a gota, el agua de aquel grifo después de haber guardado turno, a veces durante horas. De esas gotas dependía nuestra supervivencia.

—¡Qué miseria! —dijo el niño—. Ahora entiendo, abuelo, que le des tanta importancia a un

hilillo de agua que nació en tu propio jardín. Lo que sigo sin entender es como quisiste hacerte una casa en ese lugar tan raro.

—Es cierto que nadie entendió aquella locura, pero en ese lugar, producto de esa locura, he vivido mis momentos más felices junto a tu abuela y he escrito toda mi música durante más de cuarenta años. Además, allí conseguía desconectar de la actividad tan intensa durante las giras. ¿Lo entiendes mejor ahora?

—Sí, abuelo —respondió Marcelo—, pero creo que tú habrías escrito esas canciones, simplemente, bajo la sombra de una higuera que, por cierto, es uno de tus árboles favoritos.

—¿Y sabes por qué son mis árboles favoritos?

—Pues no —contestó el niño, esperando una respuesta convincente.

—Porque son árboles que me resultan muy familiares ya que en cada huerto había uno y tengo grabado en la memoria su olor; también porque dan dos frutos: primero las brevas y más tarde los higos, y, además, porque son de secano.

—¿Qué quiere decir «secano», abuelo?

—Que crecen en cualquier terreno, incluso entre las piedras, y no necesitan agua para dar unos frutos tan exquisitos como son los higos. Por cierto, Marcelo, ¿te gustan a ti los higos?

—Ni verlos, abuelo, no me gustan nada.

—¿Los has probado alguna vez?

—No.

—Claro —dijo el abuelo—, por eso no te gustan. Pues esa higuera, que aun después de tantos años de ser plantada sigue dando frutos en el centro del jardín de aquella casa que apenas se distingue desde este cerro, se alimentó con aquel hilillo de agua embalsada en el pozo durante la noche, al igual que los ciruelos, los perales, los manzanos y los rosales, que aún siguen floreciendo cada primavera cubriendo de rosas la valla que limita el jardín con el campo, y calmó la sed de aquellos cipreses que ves allí a lo lejos tocando el cielo.

—Abuelo, ¿por qué repites tanto lo de aquel hilillo de agua encontrado en el pozo, como la solución a casi todos tus problemas, teniendo nada menos que el agua de un lago a pocos metros del lugar en donde construirías la casa?

—Yo también pensaba eso entonces —contestó el abuelo—, que el agua de los ríos era propiedad de todos, pero no era así. Para disponer de ella, aunque solo fuera para regar un pequeño huerto, había que tener el permiso de la confederación hidrográfica del río correspondiente.

—¿El río en donde pescamos el lucio?

—Eso es.

—Pero si el río no era nuestro, tampoco era nuestro el pez que pescamos, ¿no, abuelo?

—No exactamente. Para pescar en ese río tuve que pagar una licencia, que te da el permiso de

las autoridades.

—¿Y si no tienes esa cosa?

—Licencia de pesca —puntualizó el abuelo.

—Bueno, pues licencia de pesca, ¿te multan si no la tienes? —preguntó el niño.

—Veo que lo has entendido muy bien —contestó el abuelo—. El trámite para conseguir usar el agua del lago era tan largo que no iba nada con mi prisa en empezar a construir la casa. Aquel hilillo de agua sería motivo suficiente para poner la primera piedra de lo que en unos meses sería El Refugio. Así que, una mañana, llegó desde El Castro un hombre subido en una excavadora amarilla y entró en la parcela para, una vez marcadas con unas líneas, excavar las zanjas sobre las que construir los cimientos de la casa que, a juzgar por sus dimensiones, podrían soportar el peso de un castillo debido a su exagerado tamaño.

—¿Un castillo como el que viste desde el tren cuando viajaste a la Universidad Laboral de Sevilla? —recordó el niño.

—Algo parecido, aunque yo diría que aún más grande —contestó con una sonrisa el abuelo—. Se necesitaron camiones y camiones de hormigón para cubrir aquellas sepulturas innecesarias para soportar simplemente el peso de una casa que, a lo largo de los años, como era de esperar, no sufriría el más mínimo quebranto en su estructura. La casa se construyó embutida en aquella pequeña parcela de más o menos mil metros cuadrados, cuya escalera de acceso, bastante pretenciosa, se acercaba peligrosamente a los límites de la tierra de un vecino de El Castro. En una reforma posterior encargada a un arquitecto, la escalera pomposa y sin sentido fue demolida, poniendo en la obra un poco de cordura. Al enterarse de las obras, el dueño se pasaba por allí cada día, como de forma casual, para vigilar si con mi obra invadía su propiedad. Dadas las reducidas dimensiones de mi tierra, a lo largo de varios años intenté comprarle un pequeño trozo de su parcela para ganarlo a la mía, y siempre encontraba en él la misma respuesta: «Si no es lo que vale la tierra, que no vale *na*, es el favor que te hago».

—¿Y no te la vendió? —preguntó el niño.

—No —contestó el abuelo—, tuve que esperar a que muriera para que su hijo, sin dudarlo un momento, sabiendo el servicio que me hacía, me la vendiera.

—Qué tío tan guay, abuelo.

—Sí, verdaderamente era un tío guay. Y no necesitamos más compromiso que nuestra palabra, las formalidades legales llegaron en su momento sin ningún problema —concluyó el abuelo.

—Porque los hombres de El Castro erais gente seria —dijo el niño como un cumplido al abuelo, que sacó pecho.

—Finalmente conseguimos el permiso para la captación de aguas del lago. Por aquella época el nivel había descendido hasta dejar el fondo sin agua, lo que hizo posible la excavación de la zanja por la que pasaría la tubería y una manguera eléctrica para la bomba que habría que instalar a la

orilla del río; para ello necesitaríamos un grupo electrógeno ya que entonces y, aun después de casi cincuenta años, el tendido eléctrico se resistía a pasar cerca de la casa. Aquel grupo hizo que abandonáramos los faroles de petróleo por bombillas y su montaje nos dejó una nueva anécdota.

—¿Qué pasó, abuelo?

—El grupo se colocó sobre una plataforma de cemento. Una vez conectado a la instalación eléctrica de la casa, se puso en marcha y todas las luces se encendieron iluminándola hasta el último rincón. De pronto, para nuestra sorpresa, la luz empezó a producir unos altibajos tremendos y la casa empezó a vibrar como si hubiera un terremoto. «¡Apágalo!», gritaba el técnico. Otra vez nos quedamos a oscuras y corrimos a la caseta que guardaba el grupo electrógeno para ver qué había sucedido. La bancada de cemento sobre la que estaba instalado se encontraba totalmente agrietada. ¡Los *silentblocks*! «Pero ¿qué ocurre?», le pregunté. «Se nos ha olvidado poner unas gomas donde debe apoyarse el motor para amortiguar la vibración. Menos mal que lo hemos parado a tiempo.»

—¿Qué difícil conseguir la luz y el agua! —dijo Marcelo.

—No te lo puedes ni imaginar, pero cuando uno quiere una cosa, si te empeñas, lo logras.

—Ya, ya, pero la luz todavía no la has conseguido —comentó el crío.

—Nunca es tarde, aún no hemos perdido la esperanza. Esos son los problemas de hacer una casa en medio de la nada. Otro inconveniente grande era la comunicación con el mundo exterior, algo tan necesario para mi profesión. Para poder hablar desde El Refugio con la familia residente en el pueblo, ya que en aquella época no había teléfono en las casas, compramos unos walkie-talkies.

—Pues no me imagino a tus padres hablando por ese aparato —dijo el niño—. ¿Cómo lo hacíais?

—Para ello, debimos fijar una hora exacta para el contacto entre ambos puntos, uno en El Refugio y otro en El Castro —contestó el abuelo—. Solo un pequeño inconveniente dificultaba la comunicación entre las dos familias, debido a que El Refugio se encontraba en un valle rodeado de unas pequeñas lomas de mayor altura que la casa, lo que impedía la cobertura, produciendo una interferencia que entrecortaba la voz y hacía difícil entenderse: «Hola... tu... gef... mio... sint... no... Vale. Oye, oye. Nada. Sí, Ya, ya, qu sí... qu si... Ha...». Era imposible articular una frase completa. A veces, a pesar de buscar la zona más alta de la casa e intentando entender el mensaje emitido por mi madre, que se empeñaba en repetirlo una y otra vez, me veía obligado a subir al pueblo para salir de dudas.

—Y ¿cómo te comunicabas con la gente con la que trabajabas? —preguntó el niño.

—Pues la compañía discográfica para la que trabajaba lo tenía difícil a la hora de comunicarse conmigo desde la ciudad, cuando la temporada de descanso en el campo se prolongaba por tiempo

indefinido. En esos casos era necesario un mensajero personal que debía desplazarse desde la ciudad hasta el campo, a cualquier hora del día o de la noche, según la urgencia del mensaje.

—Pero, abuelo, ¿es verdad eso que me estás contando?

—Claro que es verdad. Es lo que tiene el campo. En una ocasión, a las tres de la madrugada, mientras la abuela y yo dormíamos arrullados por los ruidos de la noche, a los que ya nos estábamos acostumbrando en la nueva casa, se impuso uno que nos sobresaltó. Alguien llamaba a la puerta de la casa, y mientras yo di un salto en la cama, tu abuela se levantó como si esa llamada a esas horas de la noche fuera la cosa más natural del mundo.

—Es que la abuela es mucha abuela —dijo Marcelo—, y eso que es de ciudad.

—Pues sin inmutarse por esa interrupción tan inesperada en mitad del campo, encendió una cerilla y el quinqué de petróleo iluminó el dormitorio. Después, sin alterarse lo más mínimo, vestida con su camión y el farol en la mano para alumbrarse el camino, llegó a la puerta. «¿Quién es?», preguntó. «Soy un empleado de la compañía para la que trabaja don José Pedraza», contestó una voz asustada desde el otro lado de la puerta. «Traigo un mensaje para él.» Abrió la puerta, y el hombre, como si de una aparición se tratara, la miró intimidado por su aspecto. «Buenas noches», dijo el mensajero. «Siento molestarlos a estas horas de la noche, pero me ha resultado muy difícil encontrar la casa, y al no haber ninguna indicación en la carretera, llevo ya más de dos horas dando vueltas por esta zona. Me envía su representante, ya que no tiene posibilidad de comunicarse con usted, para decirle que mañana tienen que viajar y que, por tanto, debe estar usted en Madrid a primera hora.» Una vez dado el mensaje y recibida la respuesta, el mensajero desapareció como alma que lleva el diablo, y a buen seguro preguntándose por qué habría en el mundo gente tan rara. Con el tiempo conseguimos llevar el teléfono a la casa aunque en muchas ocasiones nos quedábamos incomunicados, pues los labradores, cuando estaban en el campo con sus tractores, tropezaban con los postes y caían al suelo.

»Esa visita a deshora nos desveló tanto que nos resultó imposible conciliar de nuevo el sueño. Tu abuela y yo hablamos durante un buen rato sobre la casa, sus inconvenientes y también sobre la felicidad que nos aportaba vivir largas temporadas en el campo. También sobre lo duro que era el cuidado de una casa de esas dimensiones y la necesidad de contar con la ayuda de alguien para cuidar el jardín. Esa misma noche, en aquella duermevela decidimos contratar la ayuda de unos guardeses. Con tal fin pusimos un anuncio en el periódico: “Se necesita con urgencia matrimonio joven, sin hijos, para el cuidado y mantenimiento de casa de campo aislada junto a un lago. Carece de electricidad y agua potable y no está demasiado lejos de la ciudad. Interesados llamar al teléfono...”. Para evitar ser molestados continuamente en la casa de la ciudad decidimos dar la dirección del bufete de nuestro abogado; allí una persona de nuestra confianza sería el filtro para seleccionar las llamadas más apropiadas para ocupar la plaza de guardeses en una casa de la que no dábamos información exacta de dónde se encontraba.

—Abuelo, y ¿pensabas que podría haber gente que quisiera trabajar en un sitio tan raro?

—La verdad es que no estaba yo tan seguro de que hubiera algún loco como yo. Sin embargo, desde el bufete nos informaron de que, dada la avalancha de llamadas recibidas a lo largo de la semana, ellos entendían que sería conveniente retirar el anuncio del periódico ya que, de no ser así, se bloquearía su teléfono creando un verdadero caos en la oficina.

—Y ¿cómo eran esos locos interesados? Porque de verdad, abuelo, que había que estar un poco *chalado* para ir a ese desierto donde se te ocurrió hacer la casa.

—De *chalado* nada. Desde luego tenía que ser alguien muy especial y te puedo decir que después de entrevistar a tantas personas, encontramos a esas personas tan especiales amantes de la naturaleza, algo fundamental para vivir en un sitio así.



**E**l encargado de recibirlos nos iba contando diariamente cómo eran los aspirantes al puesto de guardeses. Entre tantos interesados te puedo contar la entrevista con alguno de ellos. Llegó un matrimonio de jubilados. La que llevaba la voz cantante era la mujer, quien contaba que, aun siendo mayores (ochenta años), se conservaban muy bien y que al tener ya tan pocas cosas que hacer en la ciudad, se aburrían tanto que al leer el anuncio pensaban que podrían ser los elegidos. Suponían que el trabajo no sería muy duro y que estando cerca de un lago su marido, apasionado de la pesca, podría dedicar su tiempo libre a esa actividad.

—Jo, ¡vaya morro! Confundieron El Refugio con una residencia para mayores, ¿no te parece, abuelo?

—Eso mismo pensamos tu abuela y yo. Otra pareja de las que se presentaron era un taxista casado con una señora china que hablaba fatal el español. El hombre contaba que estaba cansado de su trabajo, que para su edad empezaba a acusar el dolor de espalda y a perder la paciencia con los clientes: que «me lleve a la calle tal por el camino más corto», que si «al aeropuerto muy rápidamente porque voy a perder el avión», que si «a la estación de tren», que «más rápido, por favor, que llego tarde a la oficina y vaya por algún atajo, que me cuesta menos»... Total, que estaba harto de la gente, del tráfico y de perder el tiempo esperando en la parada a que llegue el cliente, que se suba al coche y le diga que le ponga la radio para ver cómo va el partido de fútbol de la Copa de Europa. «Y a mí», decía, «que odio el fútbol, se me pasa el día sintonizando la emisora de deportes. Y encima, cuando llego por la noche, harto de trabajar y con ganas de acostarme, mi mujer me manda sacar la basura. Vamos, que no lo aguanto. De pronto veo un anuncio en el periódico en el que ofrecen un trabajo en una casa en el campo para cuidar un jardín, que no creo que sea tan difícil. Mi mujer me pregunta cuánto vamos a ganar de sueldo. Y ya le digo yo: “¡Salud!, ¿qué más quieres?”. También me pregunta sobre el tipo de trabajo que hay que hacer en la casa. Ya le he dicho yo: “Pues como en la tuya, aunque se supone que la casa será más grande que la nuestra”. ¿Sabe lo que me ha contestado? “Uf... y yo con esta edad.” También quiere saber si puede llevarse su gato persa». Lo cierto es que no podía imaginar un gato tan sofisticado en un medio tan rural.

—Abuelo, ¿esto que me cuentas es verdad o te lo has inventado?

—Es cierto, aunque te parezca mentira. Pero te voy a contar un caso que te va a parecer

increíble. Era un matrimonio procedente de un país caribeño que llegó a la oficina arreglados como para ir a una boda. Ella con un vestido muy ceñido marcando sus curvas.

—O sea, el culo, ¿no, abuelo?

—Sí, y otras cosas.

—Claro —dijo el niño—, las tetas.

—Pues eso, continuemos. Él con un traje blanco y una llamativa camisa de flores. Parecían artistas y de hecho dijeron que tenían algo que ver con el mundo del espectáculo. Nunca habían hecho un trabajo como el que se ofrecía, pero pensaban que no sería difícil aprender el manejo de un cortacésped, un rastrillo o cualquier otra herramienta de jardinería, y que él tendría tiempo libre para dedicarse a la composición de canciones, lo que requería una gran dosis de concentración y silencio, algo muy difícil de encontrar en el centro de la ciudad donde vivían, llena de ruidos de sirenas de policía, bomberos y, para colmo, el de las terrazas de las aceras de su calle. Por tanto, estaba seguro de que el empleo le iba como anillo al dedo. ¿Qué te parece, Marcelo?

—Pues creo que lo que querían era tener unas vacaciones en el campo al lado de un lago. ¿Y a quién elegisteis por fin?

—Encontramos una pareja joven que esperaban tener trabajo para poder casarse. Habían crecido en una finca solitaria donde habían trabajado los padres de ambos durante muchos años; por tanto, estaban acostumbrados al trabajo y a las carencias que conlleva vivir en sitios tan aislados como El Refugio. Enseguida vimos que eran las personas adecuadas para ese empleo y sin pensarlo demasiado los contratamos. Ellos, sin pérdida de tiempo, prepararon su boda y, una vez terminada su luna de miel, se instalaron en la vivienda que les habíamos habilitado. En ese tiempo el agua corriente fue llevada al pueblo y, por tanto, nosotros realizamos las obras para llevarla a nuestra casa. El hombre de la excavadora amarilla de nuevo fue el encargado de hacer una zanja desde El Refugio hasta El Castro distante unos cinco kilómetros. En el tiempo que duró la obra, trabajando cada día de sol a sol, vio cómo la piel de su cara se le volvió negra, y durante esos días yo diría que envejeció hasta hacerse irreconocible. Aprovechando que la tubería del agua camino de El Refugio pasaba por la ermita de San Blas, patrón del pueblo, mandamos al fontanero que instalara un grifo para servicio de los devotos del santo el día de la romería. Cuando unos meses más tarde llegó todo cambió. El agua fluyó con fuerza por todas las tuberías de la casa, llenó la piscina y cubrió el jardín de una lluvia fina que agradecieron los perros y asustó a Tigre, el gato. Los niños construyeron cabañas en el bosquecillo de acacias y una nueva vida comenzó en el campo.

—Y ¿qué pasó con el hilillo de agua del pozo por el que un día diste tantas gracias a Dios? —preguntó el niño, sabiendo que esa pregunta era del agrado del abuelo.

—Pues ahí estará bajo la cubierta de cemento que actualmente soporta una fuentecilla que

alberga ranas y renacuajos. ¡Qué tiempo aquel! —exclamó José Pedraza mientras su mirada se iluminaba recordando un tiempo feliz a pesar de las dificultades.

—Y ¿quién crees ahora que es más feliz, abuelo, el que más agua tiene o el que menos necesita?

—Eres muy malo —contestó el abuelo, sabiendo la doble intención de la pregunta de su nieto.

—Anda, abuelo, contéstame, contéstame.

—No importa la cantidad de agua de la que uno disponga, sino la cantidad de amor necesario para vivir pendiente solo de un hilillo —contestó el abuelo—. Con su llegada todo cambió. Lorenzo, el jardinero, experimentado en ese tipo de trabajo, dedicaba casi todas las horas del día al cuidado de las plantas. Por su parte, Quiteria, su mujer, se ocupaba de la casa y ayudaba a su marido cuando era necesario.

—Menos mal, abuelo, que por fin pudisteis disfrutar de la casa.

—No creas. Nunca faltaron los problemas. Aquel bucólico tipo de vida tan apacible a veces se veía interrumpido por culpa del agua.

—Otra vez el agua, abuelo. ¡Qué rollo!

—Pues sí. Un día, mientras toda la familia dormía la siesta, práctica muy habitual en esa tierra en verano, oímos unas voces al otro lado de la valla que gritaban: «¡El agua, José!, ¡el agua!». Alertados por tales gritos a hora tan inoportuna, salimos a ver qué pasaba, intuyendo que no parecía augurar nada bueno. Un hombre del campo nos avisaba de la rotura de la tubería de agua que estaba inundando una parcela de trigo a punto de segar. Esa sería la primera pero no la última vez que por alguna razón surgían averías en la instalación, lo que conllevaba un aumento considerable en la factura del agua y obligaba a Lorenzo, por precaución, a revisar la instalación entre El Refugio y El Castro, un trabajo con el que no contaba y que le dejaba exhausto, cosa nada recomendable para un recién casado —reflexionó el abuelo en voz alta—. A pesar de lo que nos había costado llevar a cabo esa obra faraónica, creíamos que tampoco esa era una solución definitiva. Decidimos buscar otra forma de suministro de agua a la casa y, eso sí, dejamos la instalación únicamente para servicio de la ermita del patrón del pueblo.

—Claro, el santo no tenía culpa de nada —dijo el niño, cargado de razón.

—Reconozco que a veces —dijo el abuelo—, desanimado por tu abuela, estuve a punto de tirar la toalla y buscar otro lugar menos complicado que Vallehondo donde encontrar agua. Entonces pensamos en esos lugares en los que tanto escasea el agua imprescindible para los seres humanos. Ese pensamiento nos sirvió para solidarizarnos con ese tercer mundo y asumir de mejor grado un incidente tan temporal como sería el nuestro. Alguien un día nos habló de un zahorí.

—¿Un qué? —preguntó el niño.

—Es un hombre con una sensibilidad especial para saber dónde hay agua bajo la tierra.

—¿Un adivino, quieres decir?

—Algo parecido. El caso es que me puse en contacto con él y, procedente de un pueblo alejado

de El Castro, llegó al pueblo en el coche de línea. Yo lo esperaba en su parada en la plaza de la iglesia. Después de presentarnos, nos fuimos en mi todoterreno a El Refugio. Se llamaba Serafín, era un hombre bajo de estatura, piel morena de mil horas al sol, ojos vivarachos y cabello negro rizado. Su sonrisa era amable, y bajo su brazo portaba un cartapacio.

—¿Qué es un cartapacio? —preguntó el niño.

—Una carpeta para llevar documentos —contestó el abuelo—. En la del zahorí estaba todo el historial de sus múltiples alumbramientos de agua a lo largo y ancho del país, que mostraba orgulloso como su primera carta de presentación. No cobraba nada por su trabajo si no encontraba agua, solo la comida y el viaje de vuelta. En caso de encontrarla, la cantidad no era nada elevada. Nos pareció razonable y en ese momento el zahorí se puso manos a la obra. Bajo el brazo se colocó un frasquito de cristal con agua y, orientada al cielo, una antena metálica similar a las que usaban los coches para sintonizar la radio, y sujetas fuertemente con sus manos, unas varillas metálicas en uve, esperando comunicar con el subsuelo y la energía del agua como un río situado a muchos metros de profundidad, en aquella tierra árida y arcillosa de la parcela. Caminaba despacio mientras tu abuela y yo le seguíamos los pasos. Sus ojos vivarachos, concentrados en la búsqueda del agua, a veces me miraban como insinuándome lo que estaba a punto de suceder. Llegó un momento en que tu abuela y yo no podíamos aguantar la risa al mirar a aquel mercachifle empeñado en la búsqueda del agua con la concentración de un místico. Caminábamos tras él tratando de no molestarlo. «¡Ni hablar, ni reír!», ordenó. «Que me desconcentro.» Al llegar a una zona del jardín, Serafín sintió la fuerza en sus varillas, que se encabritaron verticales golpeando su camisa, ya maltrecha por mil experimentos como ese. «Aquí hay agua», sentenció. «Pero es muy pequeño el caudal, vamos, como un hilillo de agua.» En ese momento empezamos a creer en el zahorí. Había captado el manantial del pozo.

—¿El hilillo de agua, abuelo? —preguntó el niño.

—El hilillo de agua —contestó el abuelo—. «Claro que ahí hay agua, como que ahí abajo hay un pozo», dije yo, «pero con un hilillo de agua». «Si, aquí no hay agua apenas», dijo el zahorí. «Podemos intentarlo en la finca de al lado», propuso. Como si fuera tan fácil. Sorprendidos por la propuesta de Serafín, le pregunté qué sentido tendría buscar en una propiedad de la que no éramos los dueños. «Pues la compras», me dijo como la cosa más natural del mundo. Y sin más, a pesar de nuestra negativa, comenzó a recorrer la parcela de al lado, y en unos minutos se paró en seco. «¡Aquí hay mucha agua!», exclamó. Marcó el punto clavando en la tierra una rama de almendro, y mientras recogía su instrumental, nos miraba esperando nuestra respuesta. «Buscaremos al dueño de la tierra e intentaremos comprarla», propusimos nosotros, aunque a juzgar por el abandono en que se encontraba, no teníamos idea de quién sería su dueño, y menos dónde podríamos encontrarlo. «En todo caso», le dije al zahorí, «estaremos en contacto», dando por terminada

aquella extraña visita. Después le acompañé a El Castro y en el coche de línea, esa misma tarde, se marchó a su pueblo, no sin antes insistir en que deberíamos comprar aquella tierra.

Al parecer, la finca pertenecía a una señora alemana que un día, enamorada del paisaje idílico con vistas al lago, decidió comprarla a un hombre de El Castro con la intención de construirse allí una casa, un proyecto que nunca llegó a realizar. Pero ¿quién era aquella señora alemana y dónde podríamos encontrarla? Pronto descubrimos quién era el hombre del pueblo al que la alemana le había comprado la parcela, pero «¿dónde vivirá?», si es que vivía todavía, nos dijo al preguntarle, «porque era muy mayor cuando vino al pueblo», nos aclaró. «¿Cómo que no sabe dónde vive?», le contestó un joven emparentado con la familia y que, por tanto, estaba al corriente de cualquier asunto familiar. «Pues en la capital, ¿dónde va a vivir? En una calle en la que hace unos años hubo un atentado terrorista y el coche de un político muy importante voló por los aires. ¿No se acuerda?», preguntó el joven. «Pues no», dijo el hombre, fingiendo olvido, «ya me empieza a fallar la memoria».

»Tu abuela y yo nos miramos, y supimos que con esa información y un apellido alemán no nos costaría trabajo dar con ella caso de existir la señora. Un día buscamos en la ciudad decididos a encontrarla. Comenzamos nuestro rastreo por la zona que el joven había localizado en el lugar en el que se había producido aquel atentado. Una señora salía de un portal de una casa cercana y como si de dos jóvenes policías se tratara, le preguntamos si en esa zona de la calle conocía a una señora alemana un poco mayor. «¿Saben su nombre?» «Pues no», contestamos. «Precisamente, aunque sería mucha casualidad», nos dijo, «en el último piso de este portal vive una mujer alemana muy mayor, pero este fin de semana no se encuentra en la ciudad. Cuando ella sale de viaje yo me encargo de regar sus plantas». «¿Podría usted darnos su teléfono para ponernos en contacto con ella?» «No, no, ni mucho menos», contestó la vecina. «Lo siento, pero la señora no me perdonaría semejante indiscreción.» «Lleva razón, señora, intentaremos localizarla en otro momento, ya que es un asunto importante para ella.» «¿Ah, sí?», preguntó la mujer con una mal disimulada curiosidad. «Sí», contesté yo. «Pero no se preocupe, perdone las molestias y gracias.» Antes de marcharnos de vuelta a El Refugio, entramos a tomar un café en un bar de la esquina celebrando el éxito de lo que llamamos «Operación alemana».

—Eso parece de película —dijo el niño.

—Aguardamos al lunes para llamar al teléfono que correspondía a esa dirección y a un nombre en alemán; tal como esperábamos, contestó una señora, con acento alemán y la voz cansada, aunque de una gran lucidez. Ella era la alemana que buscábamos y la propietaria de aquella tierra

donde se encontraba presumiblemente el manantial. «Sí, soy yo la propietaria de esa parcela», nos confirmó. «Hace años la adquirí con la intención de construir una casa dada la belleza de aquel paraje frente al lago. Pero nunca construí nada, y ya a mi edad no tengo idea de hacerlo. Así que, como veo su interés en comprarla, preguntaré al señor que me la vendió cuál es el precio que debo pedirles y se lo comunicaré.» Antes de colgar, yo, en un impulso, le prometí ser generoso en el pago, ya que me permitiría unir las dos parcelas en una. Pasados unos días, la señora nos llamó para comunicarnos su decisión de vender. Nuestro abogado redactó el contrato y ese mismo día se firmó la compraventa. A partir de ese momento, aquella tierra formaría parte de El Refugio. Una mañana llegó de nuevo el zahorí a El Castro armado con todos sus cachivaches. Volvió a recorrer la parcela observando un cambio en el terreno que yo había mandado hacer para quitarle la excesiva pendiente que haría más difícil cualquier plantación. Aun sin referencia de la marca anterior, el zahorí volvió a marcar un punto nuevo indicando el manantial que, salvo uno u dos metros de diferencia, coincidía con la marca anterior, lo que nos hizo decidir la perforación del terreno. «El agua está a unos cuarenta metros de profundidad», dijo Serafín con una seguridad pasmosa, lo cual nos sorprendió a tu abuela y a mí. «Y ¿cuál será el caudal?», le pregunté. «No lo puedo asegurar», contestó el zahorí, «pero seguro que aquí hay más agua de la que vais a necesitar». Al día siguiente, una máquina que hacía recordar una nave espacial posaba sus patas metálicas sobre el punto marcado por el zahorí, y con su punta de acero empezó a percutir sobre la tierra. Entretanto, tu abuela y yo aguardábamos el momento en el que el agua brotara de las entrañas de la tierra. Unas botellas de champán se enfriaban en una cubitera esperando celebrar con una gran fiesta el alumbramiento del agua que nunca llegaría. «Diez metros», «veinte metros», «treinta metros», «noventa metros», «cien metros». Mientras, el zahorí cambiaba el gesto buscando una explicación a lo que empezaba a parecer un fracaso y un fallo de sus cálculos. «Ciento diez metros», «ciento veinte metros»... El ritmo de la percusión iba siendo cada vez más lento. De pronto el operador negó con la cabeza anunciando lo peor. La máquina había llegado al límite de sus posibilidades y exhaló un profundo suspiro. Tu abuela y yo nos miramos. El zahorí, con una expresión de profunda tristeza, parecía pedir perdón. La máquina extrajo de la tierra su agujón mientras Serafín guardaba sus bártulos y su carpeta conteniendo sus grandes éxitos, y sin más comentarios, arrastrando su fracaso, el zahorí y el maquinista, después de una triste despedida, desaparecieron por los caminos polvorientos de Vallehondo para nunca más volver.

—Y ¿cuánto le pagaste, abuelo? —preguntó Marcelo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Pues porque como te había dicho que si no salía agua no te cobraría más que la comida y su viaje de vuelta a su pueblo...

—Bueno, le di el dinero que pensaba se había ganado por su trabajo, aunque no saliera agua.

—Como dices que se fue triste, pensé que no le habías pagado nada —dijo el crío con toda su

lógica infantil.

—Se fue triste porque se sintió fracasado como radiestesista.

—Claro, y también porque el resultado de su trabajo en El Refugio no podría formar parte de su cartapacio de grandes éxitos.

—Por El Refugio pasaron algunos especialistas más —prosiguió el abuelo—. Unos ingenieros alemanes con un equipo de lo más sofisticado para captar los yacimientos de agua a cualquier profundidad de la tierra. «Lo sentimos», dijeron. «No hay agua.» Y una vez más, con gesto sombrío, miré a tu abuela, sintiendo que le estaba exigiendo demasiado al compartir conmigo esa locura. Y una vez más, los magos de la radiestesia recibieron un talón de mi banco, y como llegaron, aunque un poco menos pobres, se marcharon de allí. Había pasado mucho tiempo de mi último intento en la captación de agua, aunque no consideraba aquella guerra todavía perdida. Fue la casualidad que un día, cerca de mi casa de la ciudad, conociera de nuevo a un radiestesista de nombre Jesús Figueras, a quien yo observaba cada día a través de un agujero practicado en la valla de una obra, mientras paseaba por el jardín armado con unas varillas metálicas en busca del agua en la profundidad de la tierra, esperando verla algún día alumbrar el agua que regaría aquel jardín. Por fin el milagro se produjo una mañana. El agua era extraída del pozo con una bomba, y como si se tratara de un juego de magia empezó a inundar el jardín, ante la satisfacción de los dueños de la casa que en esos momentos celebraban el nacimiento del agua descorchando una botella de champán y felicitaban al radiestesista por su excelente trabajo. A través de aquel privilegiado agujero compartí aquella alegría, pensando que daría cualquier cosa por celebrar un momento así en nuestra casa del campo, lo que sería para nosotros la consecución de un hito tan soñado. Esperé en la calle a que saliera el zahorí de la obra para proponerle alumbrar el agua en un lugar en donde nadie todavía lo había conseguido. «Si yo no encuentro el agua en ese lugar», me dijo Jesús Figueras, «ya puedes olvidarte de buscarla en ese sitio para siempre. Pero si existe la más mínima posibilidad, yo la alumbraré». Impresionado ante tal seguridad, acordé con él una visita a Vallehondo. Juré a tu abuela que esa sería la última vez que intentaría esa aventura. Tu abuela no sentía ya el interés de otro tiempo en empezar de nuevo con lo del agua: «Tú verás lo que haces», dijo como dando por terminada la conversación, «pero a mí me parece que ya hemos dado a esa casa demasiadas oportunidades como para empezar una nueva aventura».



**E**ra un día de invierno, los campos de Vallehondo estaban solitarios debido al frío. Los campesinos de El Castro se calentaban en sus estufas de leña devorando troncos y cubriendo el cielo de humo con olor a encina, mientras la niebla engullía la tierra y a los árboles dejando encima un manto blanco de escarcha. Fue esa la época elegida por mí para no ser descubierto en la ya vieja tarea de la búsqueda del agua, lo que se había convertido en una burla para los habitantes de El Castro, que habían visto pasar por aquellas tierras a todo tipo de magos, varillas en ristre, que al perforar la tierra solo habían encontrado tierra. Entre las nubes, un sol mortecino iluminó el paisaje cuando faltaban unos pocos kilómetros para llegar a la casa del campo, donde yo había quedado esa mañana con el zahorí, el último milagro del alumbramiento del agua. Al llegar a la puerta de acceso a la casa, el radiestesista esperaba en el interior de su coche mi llegada. «Hola, Jesús», le saludé, «buenos días». «¿Buenos días?», contestó con cierta ironía el hombre. «Los hay mejores, sobre todo para el tipo de trabajo que hemos venido a hacer. La tierra, después de esta lluvia, debe de estar embarrada y difícil para caminar.» Una vez abierta la puerta de acceso a la finca, bajamos a lo largo del camino de gravilla hasta la casa de los guardeses. La casa era un iglú; encendimos la chimenea para caldear el ambiente antes de llegar al punto de congelación. Compartimos un café caliente, que me había preparado en un termo al salir de casa en la ciudad, y una vez entonados, Jesús Figueras y yo nos armamos de valor para enfrentarnos al trabajo para el que habíamos venido. El radiestesista sacó de su coche las varillas metálicas con las que tendría que recorrer paso a paso toda la parcela. Solo yo conocía el lugar donde al anterior zahorí había marcado el punto del nacimiento del agua, que desafortunadamente no resultó ser. El zahorí y yo, vestidos como si fuéramos a una excursión al Polo Norte, empezamos a recorrer la parcela, ya herida de muerte, después de tanto rejón clavado en sus entrañas. Delante, el zahorí caminaba lentamente, concentrando su energía en la percepción del más mínimo aviso proveniente del fondo de la tierra. Detrás, a una distancia prudencial, le seguía yo, tratando de evitar el más mínimo ruido. El humo de la chimenea de la casa de los guardeses iba cubriendo el cielo de Vallehondo. A veces para romper el hielo, nunca mejor dicho, el zahorí, con el barro hasta las rodillas esperando alguna señal, hablaba y hablaba de su novia, un amor tardío que llegó de pronto a su vida cuando, ya separado de su mujer, no esperaba volver a encontrarlo y le cambió todos sus esquemas. Igualmente, ella, viuda por tercera vez, encontró en él lo que no había encontrado en sus tres maridos anteriores, comportándose como dos adolescentes, aun habiendo

superado ya los cincuenta. El frío era tan intenso recorriendo la parcela, que para mí empezó a ser difícil seguirle el paso y la conversación sobre su novia.

—No me extraña, abuelo, estabas tú como para escuchar esa historia de amor entre el zahorí y esa novia, menudo rollo —dijo el niño mientras esperaba el desenlace de la búsqueda del agua.

—Cada vez que el zahorí contaba triunfalista sus diferentes alumbramientos de agua —prosiguió el abuelo—, a mí me hacía recordar la visita fallida de Serafín a El Refugio, mostrando el cartapacio de sus grandes éxitos. Después de un tiempo que se me hizo eterno tratando de seguir los pasos del zahorí, observé cómo aquellas varillas metálicas, al igual que le ocurrió al anterior, de pronto se levantaban golpeando el pecho de Jesús Figueras, cuyo jersey llevaba las marcas de otros golpes como el que le acababan de propinar. Entonces me miró con una sonrisa cómplice. «Aquí está el agua», dijo, «pero no es suficiente, buscaré en un sitio más arriba en la ladera del otero». Yo, menos acostumbrado a ese ejercicio de alpinista, decidí no seguirle y acompañarle, observándolo desde abajo. Quedaba muy poco terreno por inspeccionar y por un momento salió el sol, rompiendo definitivamente el velo de niebla. Desde la ladera del otero, Jesús Figueras contempló a sus pies el paisaje de Vallehondo a punto de perder la esperanza. De pronto le oí gritar mientras agitaba las varillas al aire: «¡Aquí, aquí!». Pero esas palabras ya las había oído yo muchas veces, así que esperé a que el radiestesista bajara de su nube y me concretara más el motivo de tanta alharaca. Jesús Figueras tardó un buen rato en bajar con la mejor noticia que yo podría esperar. Mientras, al calor de la lumbre le esperaba nervioso, cuando me daba la que fue la mejor noticia.

—¿Había encontrado el manantial? —preguntó el niño.

—Sí —dijo el abuelo con la emoción del que ha hallado un tesoro escondido en las entrañas de la tierra.

—Es que el agua en Vallehondo, por todo lo que me has contado, era un auténtico tesoro —comentó el niño, cargado de razón.

—Pues sí, hijo —contestó el abuelo—, Jesús Figueras, el radiestesista, había encontrado el manantial. Al llegar a la casa de los guardeses donde yo lo esperaba, se acercó a la chimenea frotándose las manos tratando de recuperar la temperatura de su cuerpo, a punto de la congelación. Nos dimos un abrazo felicitándonos por el éxito, lo celebramos con una copa de aguardiente que yo guardaba en El Refugio para las ocasiones especiales, y nos despedimos, en tanto empezara la perforación del pozo, cuando la tierra no estuviera tan embarrada.

—Abuelo, y cuando se hizo la perforación del pozo, ¿viste salir el agua? —preguntó el niño.

—¡Y de qué modo, chiquitín! ¡Y de qué modo! Como te he dicho, sería en primavera, cuando la tierra permitió pasar con semejante máquina, que más que una perforadora de pozos parecía una nave espacial que se hubiera posado en aquel lugar insólito de Vallehondo. Ese día madrugué más

de lo acostumbrado —explicó el abuelo—, había quedado con el radiestesista a primera hora de la mañana para evitar a los curiosos, después de haber asistido a tantos intentos en El Refugio.

—Y tantos fracasos —apostilló el niño.

—Y que para nosotros —continuó el abuelo— era un sueño al que por voluntariosos teníamos derecho a conseguir. También ese día se lo di libre a los guardeses. Cuando llegué a la puerta de la casa, después de haber recorrido más de ciento cuarenta kilómetros desde la ciudad, apenas estaba amaneciendo. Allí se encontraba el radiestesista, la máquina perforadora y el hombre que la manejaría, fumando un cigarro en la carretera, dispuestos a clavar aquel agujón en el punto de la parcela marcado aquel día de invierno del que ya habían transcurrido más de dos meses. La mañana anunciaba un día perfecto de sol con el cielo despejado y una temperatura idónea para disfrutar el campo. Bajé del todoterreno y nos saludamos celebrando de nuevo el encuentro, que dadas las expectativas se prometía pleno. Mientras abría la puerta de la casa, Jesús Figueras y el operador de la máquina pusieron en marcha sus motores dispuestos a seguirme por el camino de gravilla. La inclinación de la tierra en la ladera del cerro, vista desde abajo, hacía temer por la estabilidad de la máquina, que, despejando de matas y piedras un camino para trazarlo menos empinado, consiguió llegar al punto señalado por el zahorí, donde él esperaba para ayudar al conductor en la colocación idónea de la perforadora para empezar a trabajar, una vez estuvieran abiertas sus patas para fijarla al suelo, y tras levantar una torre de acero donde albergar las brocas con las que horadar la tierra en busca del agua. El motor de la máquina se puso en marcha y las brocas comenzaron a girar ruidosas. Mientras, desde abajo, alejados del ruido, el zahorí me hablaba optimista, pronosticando un gran caudal de agua en ese punto, aunque tal vez tuviera que descender a gran profundidad. De cuando en cuando, mientras extraía las brocas para su limpieza evitando así que se embotaran, el hombre de la máquina nos informaba de los metros que llevaba perforados. Al mediodía la máquina paró. «Hora de comer», dijo el operario, cuyo anuncio no tenía discusión. Después de una comida frugal y de tomar un café que yo había llevado en un termo, se reanudó el trabajo. La máquina empezó a funcionar y la ansiedad se iba apoderando de mí. La tarde empezaba a caer y la perforación pasaba de los ciento cincuenta metros de profundidad, y aunque el zahorí me miraba confiado, yo empezaba a temerme lo peor, pensando que esta vez, de no salir el agua, no volvería a poner a prueba a tu abuela. Tiraría la toalla. De pronto, el claxon de la máquina sonó como cuando las campanas suenan a rebato. El hombre, desde lo alto de la máquina, agitaba los brazos tratando de decirnos algo en un lenguaje que yo no entendí y que el zahorí, como la cosa más natural del mundo, me tradujo. «Ahí tenemos el agua», dijo.

—¡Qué noticia, abuelo!, ¡cómo mola! —dijo el niño.

—Y en unos minutos, como una serpiente de plata, el agua se precipitaba desde la altura del cerro hasta la tierra menos inclinada de la parcela para buscar un poco de descanso en su largo

viaje. El operario apagó el motor de la perforadora y bajó a nuestro encuentro. Nos abrazamos como quien ha compartido un milagro mientras el agua seguía fluyendo hacia el pinar. Empezaba a oscurecer. «¿Dejará de salir o seguirá saliendo el agua durante mucho tiempo?», le pregunté al zahorí. «Eso solo lo sabremos mañana», me respondió. Llamé a la abuela para decirle que ya no lo intentaría más. Que tal vez no fuera necesario. Después de no dormir, amanecí pensando en el agua. ¿Seguiría lanzándose ladera abajo como una serpiente de plata, tal como la dejamos anoche? ¿Habría sido un sueño? Tardamos en bajar a la casa el tiempo que nos llevó tomar un café. Una vez en El Refugio, corrí hacia la ladera por donde anoche corría el agua, y allí estaba, más limpia y más cantarina, fabricando su propio cauce entre los surcos de la tierra. La seguí por entre los pinos, y al otro lado del bosquecillo la descubrí quieta, como descansando de tan largo viaje durante la noche; se había convertido en una laguna donde se reflejaba el sol, saliendo por entre las montañas azules.

—Y ahora, abuelo, que ya tienes el agua que tanto soñabas, ¿qué sientes cuando la ves irse camino del río después de haber regado tu huerto y tu jardín? —preguntó el niño.

—Por una parte, lo vivo con una alegría inmensa, cada vez que voy a esa casa y veo correr el agua por el arroyo —contestó el abuelo—, y por otra, cuando os veo a vosotros chapotear en la piscina y escuchar a las ranas cantar en el estanque, con la satisfacción del que ha cumplido uno de sus más hermosos sueños. Por otro lado, el agua, después de un viaje tan largo ascendiendo a la superficie, mostró su lado menos dulce en cuanto a su potabilidad. Su excesiva cantidad de sales minerales, según los análisis, no era la más idónea para el riego de la tierra, por lo que siguió necesitando alternar su uso para el riego con el agua del río, como habíamos venido haciendo tiempo atrás, evitando así a la larga su impermeabilización.

Después de un día tan intenso en compañía de su nieto, el sol se estaba escondiendo por el oeste de Vallehondo.

—Tenemos que marcharnos hijo, si no quieres que nos anochezca por el camino.

—Qué pena, abuelo —contestó el niño con un gesto triste—. Deberíamos haber advertido a la abuela que nos quedaríamos a dormir aquí.

—¿Y dejarla dormir sola en ese caserón? Ni hablar —replicó el abuelo acelerando la vuelta a El Castro, donde se empezaban a vislumbrar desde el cerro las primeras luces del alumbrado público de las calles, y como la bajada fue más rápida que la subida al cerro, no tardaron demasiado tiempo en llegar al pueblo.

En la casa, Valentina los esperaba con aspecto preocupado.

—Hola, abuela —saludó el niño con un beso que la mujer le devolvió.

—Hola —contestó—. Deberíais pensar un poco en mí, en lugar de pasar las horas hablando

como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Ha sido culpa mía —contestó el abuelo—, nos hemos descuidado un poco sin pensar que los días, cuando va terminando el verano, son cada vez más cortos.

Mientras, Marcelo, con cara de arrepentimiento, sentado en el salón, hacía su papel de víctima.

Una vez terminada la cena tomaron el fresco durante unos minutos en la terraza después de un día intenso para unos y demasiado largo para ella. Mañana sería otro día que el niño aprovecharía para vaciar de recuerdos, una vez más, la memoria de José Pedraza. Esa noche, Marcelo tardaría horas en conciliar el sueño. Pero aún quedaban unos pocos días de vacaciones y unos minutos más de conversación en la terraza con sus abuelos, sobre esas vacaciones que quedarían en su historia como las más hermosas de su infancia.

—Qué bien se está aquí —dijo el niño—. Me gusta esta casa.

—¿Más que El Refugio? —preguntó el abuelo.

—Bueno. Aquí hay agua corriente, luz eléctrica, teléfono... —Mientras, la abuela asentía con la cabeza las razones de su nieto.

—Y una terraza como esta desde donde contemplar los campos sembrados de girasoles —continuó el abuelo—. Y a lo lejos, las montañas azules... Es cierto que esta casa reúne todas las condiciones necesarias para vivir situada en este balcón privilegiado desde donde contemplar este paisaje inmenso de Vallehondo limitado al fondo por aquellas montañas azules. Una casa que no necesita de quinqués de petróleo para alumbrarse ni un grupo electrógeno para disponer de energía eléctrica ya que basta con pulsar un interruptor para que, como por arte de magia, se encienda la luz. Tampoco necesita extraer el agua desde un río con una bomba para regar el jardín, algo que, en esta casa, solo requiere el mínimo esfuerzo de abrir un grifo para que el agua fluya abundantemente sin tener que pararnos a pensar dónde nació y qué camino ha recorrido hasta llegar aquí.

—Claro, abuelo, entonces estamos de acuerdo en que esta casa es mejor que El Refugio, ¿no?

—Bueno, no exactamente. Digamos que son diferentes. Esta casa la construimos tu abuela y yo para vivir.

—Claro —dijo Marcelo—. ¿Y El Refugio?

—Fue un sueño —contestó el abuelo mientras se le dibujaba en el rostro un cierto aire de nostalgia.

—¿Un sueño? —preguntó el niño.

—No sé si un sueño o una locura, porque solo a un loco se le ocurre algo así.

—Vamos, abuelo, que estabas un poco loco —bromeó el niño.

—Un poco sí, aunque tantas dificultades no nos impidieron ser muy felices en ese lugar y eso es lo más importante.

—Entonces, abuelo, si erais tan felices, ¿por qué lo dejasteis y vinisteis a El Castro?

—Por un lado, el motivo fue que cada vez se nos hacía más difícil encontrar gente dispuesta a hacer ese tipo de trabajo en un lugar tan solitario. Por otro, hubo un tiempo en que proliferaron los robos en toda la comarca y El Refugio, sin la vigilancia habitual, fue objetivo de los ladrones en dos ocasiones, y ya no nos sentíamos seguros. Por esa razón decidimos construir esta casa. Aun así, mis visitas a El Refugio desde la ciudad en donde habitualmente residimos son frecuentes, sobre todo en invierno.

—¿Por qué en invierno?

—Porque siempre ha sido para mí la estación del año en la que he sentido la necesidad de sentarme a escribir. La lluvia en el campo, el olor a tierra mojada, el silencio absoluto, la paz que se respira, el fuego en la chimenea, el aroma del café y, hace años, los cigarrillos de los que ya me he olvidado era como un ritual para llamar a las musas, que, créeme, acudían en tropel a mi lado para decirme al oído la música que yo me apresuraba a escribir y que generalmente se convertía en canciones que, una vez grabadas, presentaría en los teatros de cualquier ciudad del mundo. Ese es para mí el tiempo más feliz.

Marcelo lo escuchaba con la atención de quien asiste a la narración de un cuento en el que el único protagonista era el abuelo y cuyo tema principal era la música.

—Abuelo, ¿a cuántos países has viajado para cantar?

—Pues... no sé..., pero muchos y tal vez algún día vuelva a visitarlos.

Un aire fresco barrió las hojas caídas de la glicinia que tapizaba la pared y empezaban a cubrir el suelo de la terraza.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué? —contestó el niño.

—Que en esta terraza empieza a refrescar y pronto llegará el otoño. Así que no estaría de más, en estos días de vacaciones que nos quedan, ir pensando en encender la chimenea.

**Llega la novela más autobiográfica de José Luis Perales**  
**Una emotiva y tierna historia en la que el cantante y escritor ahonda**  
**a través de la ficción**  
**en su infancia, su formación, sus deseos y el comienzo de su pasión**  
**por la música.**



Marcelo es un niño de siete años inquieto como una cola de lagartija. Lo que más le gusta en el mundo es pasar el verano con sus abuelos, José y Valentina, en el pueblo: El Castro. Juntos dan paseos por el río, pescan, juegan y charlan de todo un poco. En sus conversaciones, el abuelo le cuenta a su nieto historias de su familia y de cómo era El Castro cuando él nació

A través de ellas, José relatará su infancia, la repentina partida del pueblo a los catorce años, la difícil estancia en un internado y el descubrimiento de la música, que consiguió que superara los momentos más complicados de su adolescencia y le dio un objetivo en la vida: ser compositor, cantante y cumplir el sueño de grabar su primer disco..

**José Luis Perales** nació en 1945 en Castejón (Cuenca). Después de más de cuarenta años escribiendo pequeñas historias con música, tanto para él como para otros muchos artistas, en 2015 publicó su primera novela, *La melodía del tiempo* (Plaza & Janés), y *La hija del alfarero* (Plaza & Janés) le siguió en 2017. *Al otro lado del mundo* es su tercera incursión literaria.



Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, José Luis Perales

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Ilustración de portada: © Alexander Grahovsky

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02245-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Al otro lado del mundo

El abuelo y el niño

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Sobre este libro

Sobre José Luis Perales

Créditos